

El misterioso amante de la señorita Brown



BETHANY BELLS



El misterioso amante de la señorita Brown

SERIE

Historias de Little Lake 1

Bethany Bells

Selecta

Índice

¿Puede ser el amor la respuesta a todo misterio?



La señorita Brown acaba de llegar al pequeño pueblo de Little Lake y tres de sus habitantes más jóvenes, Gladys, Helen y Sarah, están convencidas de que, tras su presencia allí, hay un gran misterio.

Y, si no, ¿por qué parece que lo que usa es un nombre falso? ¿Por qué no se relaciona con nadie, siempre tan distante y reservada? Todo eso, sin centrarse en la pregunta más importante de todas: ¿quién es el misterioso caballero que acude cada cierto tiempo a visitarla, y que se queda con ella en la casa?

Todo eso hubiera sido un enigma divertido e interesante, algo que animase sus vidas en aquel remoto rincón de la campiña inglesa, de no ser porque Gladys Strade descubre que hay algo muy intenso que empieza a surgir en su interior, algo que acelera los latidos de su corazón.

Cuando comprende que no puede mostrar indiferencia ante la presencia del misterioso amante de la señorita Brown.

Lo que un hombre puede inventar otro lo puede descubrir.
Frase de *Sherlock Holmes*, sir Arthur Conan Doyle

Capítulo 1

Vamos a descubrir cómo es el misterioso amante de la señorita Brown

—¡No empujes!

—¡Que nos van a ver!

—¡Ssshh, callaos o nos oirán!

Las tres jóvenes que se ocultaban aquel día de primavera de 1883 tras los arbustos que crecían en los alrededores de Lily Garden Cottage se llamaban Gladys Strade, Helen Watson y Sarah Holmes. Eran, respectivamente, la hija del párroco del pequeño pueblecito de Little Lake, la del médico, y la del administrador del propietario de la mayor parte de las tierras de la localidad, el baronet sir Walter Heatherfield.

Las tres eran rubias, muy bonitas y contaban entre dieciocho y veinte años. Por lo general, desde que empezaron a recogerse el cabello y a llevar corsé, también eran muy correctas. Soñadoras, quizá, sobre todo Helen, que hubiese querido estudiar para ser médico como su padre, y hasta seguía peleando por ello en ocasiones; o Sarah, que deseaba ser una escritora famosa, como su admirada Jane Austen, aunque en su caso con tramas en las que se mezclaran a partes iguales el romance y el misterio, sus dos grandes pasiones.

Pero, pese a esas pequeñas excentricidades que podían achacarse sin mayor problema a su juventud, las tres se habían convertido en unas muchachas muy formales, sensatas y trabajadoras, según la opinión general de los habitantes de Little Lake.

¿Qué hubiesen dicho de verlas así, tras los grandes arbustos de gardenias, margaritas y camelias? Ese día parecían otra vez tres niñas en plena travesura. Gladys, que había vuelto el día anterior de la casa de la viuda Larson, una enfermiza tía paterna a la que había estado cuidando durante varios meses, se sentía muy sorprendida. Sus amigas se habían presentado en su casa y la habían arrastrado hasta allí sin mayores explicaciones.

Bueno, al menos Sarah, que era la cabecilla de la incursión, como siempre. Helen, de natural más sensato, parecía reacia a llevar a cabo la fechoría, pero también, de algún modo, se mostraba intrigada. Ese sería siempre su mayor defecto y su mayor virtud. Al igual que la querida Sarah Holmes, la pequeña Helen Watson era una mente curiosa.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Gladys, en un susurro, con los grandes ojos azules muy abiertos. Helen y Sarah intercambiaron una mirada, y luego esta última le dedicó una sonrisa.

—Vamos a descubrir cómo es el misterioso amante de la señorita Brown.

—¡Sarah! —protestó Helen, y se recolocó las gafas, pequeñas y redondas, en su gesto habitual. Las usaba desde que cumplió los doce años, pese a que todo el mundo decía que era una desgracia, y que, por consecuencias como esas, no había que dejar que las niñas leyesen. Y hasta había quien opinaba que tampoco había que dejar que llevasen gafas.

¿Acaso el doctor Watson no se daba cuenta de que algo así espantaría a los posibles pretendientes de la chica? Por suerte, el padre de Helen solía reírse de ello y decir que si se espantaban por tal nimiedad, ya no tendrían que salir huyendo cuando descubrieran que su hija quería ser médico.

—¿Qué? —protestó Sarah.

—¡No digas cosas tan impropias! ¡Puedes perjudicar la reputación de esa pobre muchacha, y no sabes qué relación los une!

Sarah abrió la boca para replicar a eso, pero Gladys no le dio tiempo.

—¿Quién es la señorita Brown? —inquirió, cada vez más sorprendida. Que ella supiera, nadie en Little Lake se llamaba así. Sarah volvió a reír.

—Has estado demasiado tiempo fuera, Glad —dijo, utilizando el diminutivo que usaban a menudo cuantos la querían. —¿No te lo ha mencionado tu padre?

—Pues no...

—No me extraña —aportó Helen, con aprecio sincero, y lanzó a Sarah una mirada de reojo, totalmente admonitoria. —El reverendo Strade siempre ha sido un hombre muy discreto. No como otras.

Eso era cierto: el párroco de Little Lake evitaba siempre las habladurías y era muy respetuoso con la intimidad ajena. Por eso, y por la amabilidad de su corazón, todo el mundo lo quería y, la que más, su única hija.

Gladys lo adoraba. También amaba a su madre, mucho, porque era una mujer maravillosa que vivía por y para ellos. Pero lo que sentía por su padre era algo muy especial, su vínculo más fuerte. No creía

que pudiera llegar a profesar tanto amor por nadie, nunca.

—No importa, mejor, así te lo comentamos nosotras —empezó Sarah, en absoluto afectada por la reprimenda de su amiga. Tenía la expresión de sabidilla que ponía cada vez que se disponía a desvelar un misterio. Gladys sonrió para sí. ¡Las había echado tanto de menos!. —La señorita Brown es una joven muy misteriosa que llegó a principios de marzo y se estableció en esta casita. No se sabe nada de ella, ni de dónde es ni qué la trajo aquí…

De pronto se oyó el crujido de una puerta.

Las tres se agacharon al unísono, con los corazones en vilo. Segundos después, al incorporarse poco a poco para volver a mirar, pudieron comprobar que había salido de la cabaña una joven de cabello castaño y grandes ojos oscuros, una belleza hermosa y elegante incluso a pesar del vestido marrón —sencillo y sobrio— que llevaba. Era la suya una distinción especial, un aura que tenía que ver solo con ella, y no con nada que pudiera ponerse.

«Sofisticada», pensó Gladys, sintiéndose muy tosca a su lado. Eso era, así era, y su visión le provocó una punzada de fuerte envidia. La muchacha, de rasgos menudos y delicados, caminó por el porche pensativa mientras se ataba la lazada del sombrero, bajó la escalinata de madera y se detuvo junto a unos rosales.

—¡Lad… señorita Martha! —Se oyó desde el interior. La puerta volvió a abrirse y se asomó una mujer de mediana edad. Llevaba una tela doblada en el brazo y una sombrilla en las manos. —Señorita Martha, si va a esperarlo fuera, al menos coja el chal y la sombrilla.

La joven agitó la cabeza.

—Un día se le va a escapar, señora White.

—No creo —contestó la otra, —porque no tardaré en morir con tanto disgusto.

—Eso sí que sería una tragedia para mí. —La señorita Brown sonrió con afecto mientras tomaba los objetos. —Hace calor, no necesitaba el chal. Y los árboles dan bastante sombra.

—Da igual. Abríguese, que la brisa es traicionera.

—Está bien. Esperaré en el camino, no debe tardar ya, y quiero estirar un poco las piernas.

—Muy bien, niña. Pero no se aleje más que eso.

Gladys, Helen y Sarah vieron cómo la mujer se quedaba allí, contemplando a la joven que se alejaba caminando hasta la cancela y la cruzaba. Su expresión se había suavizado, incluso parecía triste. Dio media vuelta, agitando la cabeza, y entró en la casa. La muchacha se movió por el camino, de un lado a otro, lo bastante lejos como para que no las oyese si hablaban en voz baja.

—Ahí la tienes, esa es la señorita Brown —susurró Sarah, aunque no era necesario que lo dijera.

—¿Y quién es la otra?
—Ah, sí. —Torció el gesto. —Su ama de llaves, creemos, o su doncella, no sé. Es una mujer muy antipática.
—Es la señora White —intervino Helen, que se mostraba taciturna, claramente molesta por todo aquello. —Y no es antipática, pero impidió que Sarah asaltase a la señorita Brown un día en el pueblo, empeñada en saber de dónde era.
Sarah bufó.
—Eso fue muy al principio. Me molesta la gente misteriosa, y creo que no dar un mínimo de información es hasta descortés.
—Sin duda —convino Helen. —Casi tanto como soltar un montón de preguntas a una joven desconocida a la salida de la iglesia.
Sarah hizo un gesto ecuánime.
—Eso fue una consecuencia por culpa de su secretismo, que no me gustó nada, ni tampoco su actitud. —Entrecerró los grandes ojos azules, con las pupilas fijas en la señorita Brown. —Por eso me empeciné en descubrir quién era y qué la había traído aquí. Y como mi padre se ocupa de todos sus asuntos, no me resultó muy difícil hacerlo.
—¿Y quién es? —preguntó Gladys.
—Martha Brown, de Londres. Buena… amiga de sir Walter, por lo que parece. Fue él, en persona, quien le pidió a mi padre que le consiguiera una casa adecuada y algo de servicio. Quiero decir que se lo pidió por carta, claro, pero la escribió él mismo, sin recurrir a su secretario, como hace por lo general el muy cretino.
—¿Sir Walter? —Sir Walter Heatherfield, el famoso baronet que lo poseía casi todo en Little Lake, desde hacía unos años, tras la muerte de su padre, pero que todavía no había tenido la cortesía de ir a conocer sus dominios. —¿Estás segura?
—Claro. Ya te digo que leí la carta en la que le daba las instrucciones. —No se mostró avergonzada por fisgar en el correo del señor Holmes. Helen y Gladys intercambiaron una mirada de circunstancias. Cuando Sarah estaba decidida a descubrir algo, no se detenía ante nada. —No tiene mala letra, debo reconocerlo.
—¿Y ni siquiera ese servicio sabe de dónde es su señora?
—No. Solo contrataron a la viuda Higgins —en la mente de Gladys surgió la imagen de una matrona viuda que vivía a las afueras del pueblo, siempre activa y dicharachera, —que viene temprano a limpiar y cocinar, y se va a primera hora de la tarde. Pero no ha conseguido descubrir nada. La señorita Brown y su doncella son muy discretas.
—Entiendo… —Gladys estudió a la joven todavía unos segundos antes de comentar—: Qué seria parece…
—Siempre —convino Sarah. —Seria y silenciosa, muy reservada. —

Chasqueó la lengua contra los dientes. —Como te dije, llegó hará poco más de un mes, a principios de marzo, pero todavía no ha tratado con nadie. ¿Te lo puedes creer?

Gladys arqueó una ceja. No, imposible... Había pasado tiempo suficiente como para que la señorita Brown se hubiese integrado en la comunidad, al menos lo bastante como para no resultar una completa extraña. Aunque estaba muy cerca de Portsmouth, a un paseo andando de menos de quince minutos, Little Lake era un lugar pequeño y apartado; precisamente por eso, el trato entre sus habitantes era algo siempre buscado, y continuo.

Además, siempre, todos cuidaban de todos, lo que implicaba una cercanía, una sensación general de familia, entre todos los habitantes del pueblo. Ese era el espíritu que intentaba implantar el reverendo Strade en su congregación.

—Me cuesta... —reconoció. —¿No se le ha acercado la señora Miles con sus tartas? ¿O el grupo de Damas Caritativas de Little Lake a intentar captarla para sus proyectos?

Sarah asintió.

—Claro que sí, pero la señorita Brown rechaza con educación todas las invitaciones, nunca recibe a nadie con la excusa de que no está o de que no se encuentra bien, y solo va al pueblo para asistir a misa, donde apenas comparte un gesto de saludo al salir de la iglesia, algo que no da pie a conversaciones, al menos con ella delante.

—Qué raro —dijo Gladys. Desde luego, tenía que admitir que aquel comportamiento era muy poco habitual.

—Pues eso no es todo... —Sarah hizo una ligera pausa antes de soltar el dato más interesante. —Se comenta, porque nosotras no lo vimos, que a las pocas semanas de establecerse aquí, recibió la visita de un hombre, un caballero que pasó varios días con ella antes de volver a irse. Nadie sabe nada de él, ni siquiera su nombre... —Sonrió como un gato que se hubiese comido varios ratones. —Excepto yo.

—Volviste a mirar la correspondencia de tu padre —la acusó Gladys.

—Por supuesto. Y sus libros de notas y su calendario.

—¡Sarah! ¿No te das cuenta de que hay unos límites que debes respetar?

—Claro que lo sabe —mascullló Helen. —Pero prefiere ignorarlos.

Su amiga se encogió de hombros.

—No es culpa mía. Le pregunté a mi padre y no me contestó, así que me vi obligada a tomar medidas: revisé todo el despacho. Por eso sé de buena tinta que ese hombre en cuestión pasó tres días en Lily Garden Cottage con ella. Y que, de hecho, llegará hoy, para la hora del té, y que se quedará hasta el domingo. En su agenda y su calendario, mi padre se refiere a él como «el señor Black». Y añade «muy puntual». ¡Tiene que estar al llegar!

Gladys frunció el ceño, cada vez más intrigada.
—Señor Black. Señorita Brown. Señora White… ¿Soy la única que piensa que todo es un poco… extraño?
Sarah se echó a reír.
—Exacto. Mucho colorido, ¿verdad? ¡Brown, Black, White! ¿Puede darse una casualidad así? ¡Por Dios, en mi opinión ni siquiera intentan ocultarlo! —Las miró con un gesto de victoria. —Son nombres falsos. Todos.
—Eso supones tú —protestó Helen. —¡Puede ser una coincidencia!
—¡Las coincidencias no existen!
—¡Qué tontería! ¡La vida está llena de ellas!
—¡No discutáis, que os van a oír! —las apremió Gladys, viendo que iban subiendo el tono. Apartó una rama que le hacía cosquillas en la nariz y trató de acomodarse mejor, de rodillas en la hierba. —Vale, ya me ha quedado claro qué hacemos aquí, pero pienso que deberíamos irnos.
—Yo también lo creo —la apoyó Helen. —Ya no somos unas niñas. Si nos descubren espiando de esta manera, pasaremos un gran apuro.
Sarah las miró sorprendida.
—¿En serio no tenéis curiosidad? —Gladys titubeó. No podía negar que un poco sí. Su amiga hizo una mueca. —Pues marchaos si tanto miedo os da. Yo quiero quedarme. Quiero verlo, es… Creo que tiene que ser un hombre horrible —confesó de pronto, y las otras dos la miraron intrigadas por su tono. Se inclinó hacia ellas, para añadir, en confianza—: El otro día vi a la señorita Brown junto al arroyo, en el meandro de Sanders. Estaba sola. Y lloraba.
—Ay, pobre… —musitó Helen, cubriéndose la boca con los dedos de una mano.
—¿Y le dijiste algo? —preguntó Gladys. Sarah asintió.
—Por supuesto. No podía pasar de largo sin más, la pobrecilla parecía un alma en pena. Pero, claro, no sirvió de nada. Ocultó las lágrimas, simuló encontrarse perfectamente, agradeció mi interés con desapego y se fue. No fue desagradable conmigo, ni siquiera antipática, pero sí que dejó claro que no quería mi compañía, porque no se sentía bien. No sé… —Suspiró. —Me dio mucha pena, y creo que deberíamos ayudarla. Por eso tenemos que descubrir cómo es ese hombre que la ronda. Quiénes son todos ellos, en realidad.
—Pues me da la impresión de que tienes tu propia teoría —dijo Gladys.
—Así es, aunque no se trata de una gran deducción. —Alzó las manos, con las palmas hacia arriba. —Sí, pienso que el misterioso amante de la señorita Brown, el señor Black, es el mismísimo sir Walter Heatherfield.
—¿Qué dices? —Gladys la miró atónita. —¿Qué te lleva a pensar tal

cosa?

—Es obvio, querida Gladys, que fue él quien dio instrucciones a mi padre para buscar acomodo a la señorita Brown, claro está. Como ya os he dicho, le pedía encarecidamente que se ocupase de cualquier cosa que la dama necesitase para su comodidad durante su estancia en el pueblo. —Mostró las manos con las palmas hacia arriba. —¡Él, que es un lechuguino que solo se comunica a través de su secretario para saber cuántos beneficios dan sus tierras cada año! ¿Por qué otra razón iba a mostrar tal interés por otro ser humano de no haber una relación muy directa y personal?

Gladys y Helen titubearon e intercambiaron miradas. Ninguna de las dos podía negar que la deducción de su amiga tenía bastante sentido.

—Pues, de ser cierto eso, a tu madre va a darle un desmayo —dijo la primera. —Estoy segura de que no ha perdido la esperanza de que te cases con él.

Sarah descartó eso último con un gesto de desdén.

—No me lo recuerdes. Mi madre siempre ha tenido ínfulas de grandeza, pero yo no me casaría con ese hombre ni atada. No me cae simpático.

—No puedes asegurar eso. No lo conoces.

—Por eso mismo. El infame Heatherfield heredó el título de baronet y las tierras en Little Lake, pero ¿lo habéis visto alguna vez? —Las tres negaron con la cabeza. —No, claro que no. Jamás ha venido por aquí ni se ha interesado por este sitio más que para cobrar las buenas rentas que genera. No es más que uno de esos lechuguinos idiotas que prefieren Londres y sus fiestas, y nos consideran poco menos que tontos a los que vivimos en el campo. Y, para colmo, es un presumido idiota que ha decidido esconder aquí a su amante.

—No sé... —repuso Gladys. —Que le pidiera eso a tu padre no significa nada, en realidad. Es que, para empezar, ni siquiera hay pruebas que demuestren que la señorita Brown tenga un amante. Ese caballero puede ser un familiar cualquiera o...

—Bueno, a ese respecto... —Helen se detuvo y se mordió el labio inferior.

—¿Sí? —la animó Sarah. Gladys también la miró con curiosidad. Bajo semejante escrutinio, la muchacha se ruborizó violentamente. Nadie conseguía ponerse tan roja como Helen Watson cuando pasaba un apuro.

—No, nada. Perdón, perdón. No debo ser indiscreta.

—¡Vamos, Helen! —protestó Sarah. —Yo lo estoy contando todo, y mira que corro el riesgo de parecer fisgona e indiscreta.

—No lo pareces —mascculló Helen. —Lo eres.

—Bah. ¿Y qué? ¿Acaso no estamos en confianza? ¿Acaso no somos más que hermanas?

Gladys sintió una profunda calidez en el pecho. Así había sido desde siempre, así esperaban que fuera por siempre. Era maravilloso pensar que nunca estaría sola, que contaba con dos hermanas que harían cualquier cosa por ella.

—Está bien —aceptó Helen. —Pero, de esto, ni una palabra a nadie.

—Prometido —dijeron al unísono las otras dos, dibujando una equis con el pulgar sobre sus corazones. La firma sobre el alma con la que refrendaban sus juramentos desde niñas.

—Bien. Veréis… mi padre lleva un tiempo muy misterioso. Como sabéis, yo lo ayudo en su trabajo y le organizo las visitas a los pacientes. —Sí, pobre Helen. Soñaba con ser médico, pero tenía que conformarse con actuar como enfermera. —Sin embargo, últimamente ha salido un par de veces con su maletín sin decirme nada. Le pregunté y… bueno, me mintió. —Su cara de desconcierto dejaba claro lo asombroso del hecho. Helen y su padre tenían alguna desavenencia por culpa de los deseos de esta de seguir sus pasos en la medicina, pero eran uña y carne. Estaban tan unidos como Gladys y el suyo. —Y, el otro día, encontré un historial escondido en el fondo del archivador, con las siglas «SB». Sospecho que quiere decir «Señorita Brown».

Gladys y Sarah digirieron la información con expresiones reflexivas.

—Bueno, no es extraño que la trate —concluyó Sarah. —Tu padre es el médico del pueblo. Se ocupa de todo el mundo. Incluso cuando le deriva pacientes al encantador doctor Doyle, se mantiene al tanto de todo.

—Pero ¿a qué tanto secreto? —aportó Gladys.

—Eso sí es extraño. —Sarah agitó la cabeza. —Aunque ya hemos quedado en que es una mujer muy… peculiar, y se está escondiendo, eso está claro. No le gusta tratar con nadie ni que se sepa nada de ella. No es absurdo concluir que le ha pedido discreción absoluta.

Gladys hizo un gesto descartando la idea.

—Pero Helen lo ayuda siempre, aunque solo sea como enfermera, ¿por qué mentirle a ella al respecto? ¿Y por qué…?

Helen ya no pudo contenerse más. En un susurro crispado, soltó:

—¡Es posible que esté encinta!

Capítulo 2

Nadie se muere de pronto de amor. El proceso implica una larga agonía

La brusca declaración de Helen cortó de raíz la discusión. Gladys y Sarah la miraron atónitas. Aunque en sus familias nadie las había instruido en esos temas, habían tenido a Helen, que siempre había leído todos los libros de medicina de su padre, al que luego había hecho innumerables preguntas y había sacado sus propias conclusiones de las respuestas.

Por eso, desde los trece años, ya sabían que quedarse embarazada era algo que también podía ocurrir fuera del matrimonio, pese a lo que pensaban de pequeñas. Incluso tenían unas nociones relativamente claras de cómo era la anatomía masculina y qué pasaba entre un hombre y una mujer cuando se veían impulsados por la pasión.

—¡Encinta! —exclamaron a dúo, quizá demasiado alto. Helen agitó ambas manos.

—¡Chist! —ordenó. —¡No es seguro! ¡Y yo no os he dicho nada!

—¡Pero eso lo confirmaría todo! —replicó Sarah con entusiasmo. —¡Sir Walter ha dejado encinta a su amante y la ha traído aquí para que tenga a su hijo sin que nadie se entere!

Gladys la miró con duda.

—Esa joven parece de buena familia. Si se quieren, ¿por qué no se casan?

—Pues... No lo sé. —Sarah se tocó la barbilla con un dedo. —Quizá es actriz y por eso simula ser alguien de calidad. —Se encogió de hombros ante la mirada poco convencida de las otras dos. La elegancia de la señorita Brown no se ganaba en un escenario. —O puede que les resulte imposible. No sabemos si las familias se odian y jamás permitirían algo así...

—Qué tontería. —Rio Helen. —No deberías leer tanto a

Shakespeare.

—¡Nunca se lee lo bastante a Shakespeare! Además, yo no he dicho que se quisieran, solo que son amantes. Quizá él lo hace por puro sentido del deber y…

—¡Silencio! —ordenó agitada Gladys. —¡Alguien llega!

Efectivamente, un vehículo se acercaba por el sendero que atravesaba el bosque para conectar Lily Garden Cottage con el camino que llevaba a Little Lake. El coche, muy lujoso, negro con apliques dorados, se detuvo frente a la valla de madera que rodeaba la casita, cerca del punto en el que esperaba la señorita Brown.

Al momento, se abrió la portezuela y del carro se bajó un joven esbelto, alto y atractivo, de unos veinticinco años. Con paso firme, se dirigió hacia la señorita Brown, se dijeron algo y se abrazaron. Fue un contacto intenso, estrecho, profundo, sentido…

Íntimo.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Helen, ajustándose las gafas. —¡Qué guapo es!

—Sí, maldición… —bufó Sarah, contrariada. —El lechuguino es condenadamente guapo.

Gladys no dijo nada. Estaba demasiado aturdida. Y sorprendida.

Se consideraba una mujer de gustos exigentes en cuestión de hombres. Quizá por eso, hasta ese momento nunca había sentido el menor interés por ninguno en un aspecto romántico. Freddy Dalton, hijo del difunto herrero del pueblo y ahora convertido en agente de policía de Little Lake, le había propuesto relaciones un año antes, pero Gladys lo había rechazado sin mayor pena, alegando que no era el momento oportuno, puesto que tenía que ayudar a su familia antes de pensar en esos asuntos.

La realidad era que no lo quería. Y sospechaba que él tampoco a ella, que solo buscaba una mujer que se ocupase de su casa y sus hijos, más que una compañera con la que forjar juntos un destino. Era algo que se notaba y, para ser sincera, Gladys no podía reprochárselo.

¿Quién demonios iba a amarla a ella? ¿Quién? ¡Era tan sosa! ¡Tan seria y responsable! ¿Qué podía ofrecer, a no ser una juventud que se disiparía con los años? No tenía la vocación de Helen, esa llama intensa que la iluminaba y daba motivación a su vida, ni la creatividad o la fuerza arrolladora de Sarah, a quien se le quedaba pequeño el propio mundo. Gladys era una joven firme en sus convicciones morales, y valiente para exigirlas, como buena hija de párroco, pero no tenía gran cosa más que aportar al mundo.

Ella no buscaba otro destino que no fuera hacer felices a cuantos la rodeaban, ni aspiraba a una vida diferente a la que ya tenía, ayudando a su madre en la casa y en sus labores sociales, y a su padre en la parroquia.

Por supuesto, sabía que algún día tendría que casarse, pues, a la muerte de su padre, el puesto en la iglesia y todas sus posesiones pasarían a un heredero masculino. Un primo lejano, en concreto, alguien ya mayor, casado y con hijos, que quizá por pura lástima la dejara seguir allí, pero en una situación semejante a la de una criada.

No, no podía ser, no podría quedarse viendo cómo su casa se convertía en la de otro. Llegado ese momento, Gladys prefería irse, y necesitaría poder mantenerse de algún modo. Y, en esos tiempos, el matrimonio era la salida más natural para una mujer que no quisiera limpiar en casa ajena o trabajar en una horrible fábrica, en la ciudad.

Pero ella vivía en un conflicto continuo. Como no tenía un gran concepto de sí misma, no esperaba ganarse el amor de ningún hombre. Y como nunca había sido especialmente romántica y exigía mucho de quien desease ser su compañero, ninguno se había ganado el suyo.

Sea como fuere, todo cambió en aquel instante.

Si alguna vez había tenido un ideal de hombre, estaba viéndolo encarnado en la figura de ese caballero, ese tal señor Black de oscuros orígenes. En su opinión, el misterioso amante de la señorita Brown no podía ser más perfecto. Gallardo, alto y esbelto, tenía un cabello muy cuidado y a la moda, con rizos ensortijados sobre la frente, un rostro hermoso, de rasgos patricios y ojos de un azul oscuro, profundos e inteligentes.

Pero lo que más la impresionó fue su sonrisa, tan luminosa que le robó el aliento. Al verla, el corazón le dio un brinco en el pecho.

Luego, al recordar de pronto que ese canalla iba a tener un hijo con la señorita Brown y que la tenía allí escondida, de un modo tan vergonzoso, se sintió embargada por una oleada de amargura. ¿Cómo podía alguien tan bello por fuera ser tan ruin en su interior? No debería sorprenderse, así era la naturaleza humana. Recordó las palabras del apóstol Mateo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad».

Esa cita retumbó tanto en sus pensamientos que se preguntó por qué no la oían todos. Y quizá así fue, porque hubo un momento en que el joven, que se estaba dirigiendo con la señorita Brown hacia la puerta de la casita, dudó y miró en su dirección, como si percibiera su presencia y la de sus amigas. Pero ellas contuvieron la respiración, muy quietas, y ellos continuaron su camino.

En cuanto desaparecieron dentro de la casa, Gladys empezó a retroceder.

—Deberíamos irnos —susurró apresuradamente y, sin esperar respuesta, se giró para alejarse agachada. Solo se puso en pie cuando

estuvo segura de que no podrían verla desde la casa.

Detrás oyó las voces contenidas de sus amigas.

—¿Qué? —protestó Sarah. —¡No, no, Glad! ¡Espera!

—Gladys tiene razón —la apoyó Helen, bendita fuera. —Ya lo hemos visto, no debemos seguir siendo indiscretas.

Sarah lanzó un bufido.

—¡Oh, sois insufribles! —Durante unos minutos, caminaron las tres a buen paso a través del bosque, en dirección al pueblo. —¿A qué viene tanta prisa? Tienen abiertas las ventanas, quizá hubiéramos podido escuchar algo de su conversación.

—¡Sarah!

—¿Qué? Me hubiese gustado escuchar cómo lo llamaba.

—¿Para qué? —preguntó Helen.

—¿Para qué va a ser? Para confirmar que se trata del infame Heatherfield, por supuesto, aunque estoy segura de ello. Mi padre dice que es uno de los solteros más cotizados en Londres, por su apostura. Y no podéis negar que ese hombre es muy guapo.

—¿Y qué más te da que sea Heatherfield o no? —preguntó Gladys.

—Oh, porque, si lo es, podré evitar los planes de mi madre.

—¡No puedes hablar de esto con nadie, y menos de lo que os he contado! —protestó Helen. —¡Lo has firmado sobre el alma!

—Bueno, sí, es verdad. Pero lo plantearía de alguna forma, no sé, algo me inventaría. Es que está empeñada en que mi padre me lleve con él la próxima vez que vaya a Londres, aprovechando una reunión que tiene prevista con ese hombre, para que así pueda verme y quedar fascinado por mi arrolladora belleza, o algo así —añadió, con voz cada vez más ampulosa, dándose aires. —Se supone que tengo que conseguir que caiga de espaldas, atónito, pero sin cometer el exceso de matarlo de amor a primera vista. ¡Agh! —Hizo unos aspavientos, como si sufriese los efectos de un veneno, o quizá eran convulsiones por algo, a saber. —¡No sé cómo me las voy a arreglar para no hacerlo!

Helen se echó a reír, y hasta los labios de Gladys se curvaron en una sonrisa.

—Mira que eres tonta —dijo Helen. —Nadie se muere de pronto de amor. El proceso implica una larga agonía.

—¡Qué cosas horribles dices! —Ambas rieron. —¿Y qué...?

—Yo me voy por aquí —dijo Gladys bruscamente, al llegar a la bifurcación. Como era algo inesperado, y bastante absurdo, ya que la alejaba de su casa, buscó rápidamente una excusa. Por suerte, la había: en el poco rato que había pasado con su madre, esta había hecho un comentario que no podía ser más oportuno—: Voy... voy a acercarme hasta la cabaña de la señora Perkins. Oí a mi madre decir que tenía que ir a verla mañana sin falta, para comprobar cómo está,

porque sospecha que no la ha visitado nadie en la última semana. Ya que estoy aquí, me pasaré por allí. A ver si puedo evitarle el paseo.

—Oh, claro —asintió Helen.

—¿Quieres que te acompañemos? —preguntó Sarah, aunque seguro que a ninguna de las dos les apetecía lo más mínimo. La cabaña estaba en dirección contraria a la entrada del pueblo, la lengua de tierra llamada El Puente, en una zona con bastante cuesta —aunque no muy alta, nada quedaba muy alto en todo Hampshire— a la que llamaban «la colina de la bruja», por el mal genio de la señora Perkins.

—No, no, tranquilas. Iré dando un paseo y luego volveré a casa. Llegaré a tiempo para la cena.

En cualquier otra circunstancia sus amigas se hubiesen limitado a despedirse sin más. Pero el tono y su actitud hicieron que la mirasen preocupadas.

—¿Te ocurre algo, Glad? —preguntó Helen. —No tienes buena cara.

—¿Yo? ¡No! Estoy bien. —Se forzó a sonreír. —Es solo que quiero ir rápido. Daos cuenta de que acabo de llegar y he estado mucho tiempo fuera. Mis padres se preguntarán dónde me he metido. Cuanto antes suba, antes bajo —terminó, empezando a alejarse. —Nos vemos mañana por la mañana en la plaza, a las diez, si es que no me necesita mi madre.

Las otras asintieron con la cabeza.

—Muy bien —concedió Sarah, yéndose también, aunque volvió a girarse casi al momento. —Ah, intenta no faltar, porque hemos quedado con Touie. —Era el apodo cariñoso de Louisa Hawkins, una amiga de Portsmouth que salía con ellas siempre que le resultaba posible. —Le dijimos que volvías y está deseando verte. Dijo que vendría sin falta.

—Estupendo, también tengo muchas ganas de abrazarla. —Sonrió, al recordar aquella historia. Qué entrañable era regresar al hogar. —¿Sigue suspirando por ella el doctor Doyle?

Las otras dos se echaron a reír. El doctor Arthur Doyle era un joven médico escocés que había llegado a Portsmouth en junio del año anterior para abrir una consulta. Era tan pobre que, al principio, apenas había podido amueblar la sala de espera y la de atención a los pacientes de su casa alquilada. Le había costado salir adelante, pero lo estaba consiguiendo, sobre todo gracias al doctor Watson, que le pasaba pacientes siempre que podía.

Helen, Sarah y ella lo habían conocido a través de Touie, que a la sazón era la hermana pequeña de uno de sus pacientes. La familia Hawkins se había arruinado en la búsqueda de una cura para el joven, que sufría un caso grave de meningitis, por lo que el doctor Doyle los había invitado a establecerse con él en su casa.

Aquel acto de profunda generosidad había encandilado a Touie, que

no podía estar más enamorada del médico. Por suerte para ella, el doctor Doyle retribuía de forma notoria ese interés.

Y eso que, como a él también le gustaba escribir, al principio Gladys pensó que podría surgir algo romántico entre Sarah y él, por esa afinidad de vocaciones. El doctor Doyle incluso había publicado ya algún relato de misterio cuando vivía en el norte, el sueño al que aspiraba Sarah.

O con Helen. Al fin y al cabo, Doyle era médico, y Helen adoraba la medicina. Hubieran hecho juntos una buena pareja.

Pero no podía haber estado más equivocada con aquellos tres. Sarah, que tenía muy claro su futuro independiente, solo lo consideraba un amigo; Helen no mostraba mayor interés por él, tan centrada estaba en la idea de sus estudios; y Doyle, transparente como el cristal, reservaba todas sus atenciones para la dulce Touie. No se atrevía a proponerle relaciones, quizá por esa inestabilidad económica que todavía le rondaba, pero no podía resultar más evidente.

—Así es —dijo Helen, contestando a su pregunta. —Vamos a tener que obligarlo algún día a dar el paso y declararse, porque se nos acaban las tretas para que puedan verse «por casualidad».

—¡Y eso que viven en la misma casa! —exclamó Sarah, poniendo los ojos en blanco. Las tres amigas volvieron a reír.

—Algo haremos, sí. —Gladys alzó una mano en despedida. — Hasta mañana.

—Adiós, Glad —dijeron ambas, y Helen añadió—: ¡Saluda a la señora Perkins!

Gladys se alejó a buen paso por el sendero que cruzaba el bosque hacia la parte norte de Little Lake. El paisaje, a su alrededor, no podía ser más hermoso, sobre todo en momentos como ese, cuando la primavera lo llenaba todo de una intensa variedad de colores vibrantes y con aquel aroma a vegetación llena de vida; pero Gladys Strade no veía ni por dónde iba, ni los campos cubiertos de flores, ni el esplendor de la espesura. Ella, siempre tan serena y sensata, estaba totalmente centrada en el caos de emociones de su interior.

¿Por qué tenía que ser tan injusta la vida? No conseguía sacarse esa pregunta de la cabeza. ¡Para un hombre que le gustaba, resultaba ser un crápula capaz de una atrocidad como esa! ¡Llevarse lejos a su amante para que tuviese a su hijo a escondidas! Si fuese un hombre casado, podría tener una explicación, aunque fuera una lamentable. Pero todo el mundo sabía que sir Walter Heatherfield era soltero. Por eso la madre de Sarah andaba como loca por atraparlo para su hija.

Bah, tenía que apartarlo de su cabeza, y para eso nada mejor que estar ocupada.

Capítulo 3

Mi mal se llama «tiempo» y no tiene cura, niña

Gladys caminó hasta la casa de la señora Perkins solo para descubrir que los temores de su madre eran ciertos: la pobre mujer llevaba varios días sola. En consecuencia, estaba hecha un desastre, hambrienta y en un extraño estado de nervios.

—¿Sabes si el señor Holmes mandó mi carta? —le preguntó la anciana a bocajarro, todavía medio adormilada, pero muy ansiosa. Gladys no quiso ni imaginar la de tiempo que llevaría sin levantarse. Resignada, descubrió que había mojado las sábanas. —¿Lo sabes?

—No lo sé, señora Perkins. Acabo de volver de casa de mi tía y...

La señora Perkins la aferró por el brazo y apretó tanto que le hizo daño. No hubiera podido imaginar que tuviera tal fuerza, aunque solo fuera de un modo puntual, por la excitación.

—¿Has visto a sir Walter en el pueblo? ¿Sabes si ha venido?

Eso la sorprendió.

—Pues... ahora que lo dice, creo que sí, que está en el pueblo.

—¡Oh! —La expresión de la mujer se relajó y se llenó de alivio. La soltó y se llevó la mano al corazón. —¡Gracias, gracias, Dios mío! ¡Lo sabía! ¡Menos mal! Vendrá a verme, entonces. Vendrá.

—¿Vendrá? ¿Aquí? —Le costaba imaginar a aquel dandi entrando en semejante cabaña. —¿Cómo está tan segura?

—Porque yo lo llamé.

—¿Usted lo llamó? —Gladys no cabía en sí de asombro. —¿Para qué?

La sonrisa desapareció. Hubo un brillo extraño en sus pupilas de ojos viejos, que nunca le habían parecido tan cerca de la muerte.

—Para arreglar las cosas, claro está, niña. Para dejarlas bien, tras mi marcha. Ya va siendo hora...

¿Se referiría a la situación de la señorita Brown? Pero ¿qué podía tener que ver una mujer como Edna Perkins con aquellas gentes de la

capital, de una clase social muy superior a la de cualquier habitante de Little Lake? Dado su propio interés en el asunto, Gladys se quedó muy intrigada, por lo que hasta se atrevió con un par de preguntas —pese a que nunca le gustaba la idea de ser chismosa, —pero a medida que la señora Perkins se fue despejando, también despertó su mal humor, y dejó claro que aquel tema no quería tratarlo con ella.

Dado que no pudo sacarle nada más, Gladys prendió leña en la vieja cocina, calentó agua que llevó del pozo, la aseó pese a sus protestas, cambió la cama y la acostó, le preparó un guiso aceptable con las pocas cosas que encontró en la despensa, fregó los cacharros amontonados por la cocina y finalmente puso la ropa sucia en remojo.

Decidió que volvería al día siguiente —hubiera tenido que hacerlo de todos modos, porque había que llevarle comida, —por la mañana, para terminar de lavar la ropa y tenderla al sol. Limpió los muebles, barrió y se deshizo de la basura.

—No debería vivir sola y tan aislada, señora Perkins —le dijo, antes de irse, mientras le preparaba un té con unas galletas, para hacer las veces de cena. —Muchos vecinos le buscarían acomodo, y en todo caso, sabe que siempre puede venir a la casa parroquial. Nuestra puerta siempre estará abierta para quien nos necesite.

—Tonterías —farfulló la anciana desde la cama. Limpia, y tras comer algo, tenía mucho mejor aspecto. Siempre había sido una mujer fuerte, más que dispuesta, según sus propias palabras, a convertirse en centenaria. No debía estar lejos. —Ya te aseguro yo que esos vecinos de los que hablas no querrían saber nada de mí. Una cosa es traerme algo de comida de vez en cuando y otra muy distinta cargar con una vieja como yo día y noche. Los actos de caridad ocasionales se realizan fácil y nos hacen creer que somos buenos; pero la ayuda real, la que de verdad vale, cuesta mucho y pocos quieren afrontarla.

—No sea así, eso no...

—Sé más de la vida que tú, niña. Además, yo no quiero irme de aquí. Esta es mi casa. —Miró alrededor. —Crucé esa puerta con trece años, cuando me casé con Perkins, hace ya varias vidas. Aquí murió él, aquí nacieron y murieron todos mis hijos. —Su voz no se quebró, pero sí que estuvo cargada de sentimiento. —Los ocho.

—¿Tuvo ocho hijos? —preguntó asombrada.

—Uno tras otro. Duraron poco. Nacer, suspirar, morir... Solo mi niña vivió lo bastante como para convertirse en mujer. Aunque fuera a costa de mi alma. —Los dedos de sus manos esqueléticas se crisparon, arrugando las sábanas. —No importa, volvería a entregarla.

Gladys meditó un par de segundos sobre todo aquello, intentando desentrañar el sentido de sus palabras.

—¿Hizo algo por su hija, señora Perkins? ¿Algo que lamenta?

—¿Lamentar? No. Nunca. Todo lo que hice mereció la pena. No me

arrepiento de lo hecho. Solo lamento que tuviera que ser así, y que al final no sirviese de nada. Y de eso, no tengo la culpa yo. Mi niña, Alice, era una artista —añadió, al cabo de un segundo. Señaló una de las acuarelas clavadas en la pared, sin marco. Mostraba una plaza, con unos edificios de líneas elegantes. Un lugar pulcro y bonito. —Tan delicada y sensible como una flor...

—Pintaba muy bien —admitió Gladys, pasando las pupilas por las diferentes vistas que mostraban las acuarelas, algo infantiles pero con cierto encanto: fachadas, parques, plazas... Las conocía de siempre, la señora Perkins las tenía allí ya cuando ella era pequeña y acompañaba a su madre a llevarle cosas, o a ayudar, cuando la anciana estaba enferma. Eran muy bonitas, aunque tenían aspecto ajado por el tiempo. El papel estaba sucio y los colores habían perdido fuerza. —¿Son todas del mismo lugar? ¿De cuál? Portsmouth no es, desde luego.

La señora Perkins pareció no haberla oído.

—Por eso no puedo irme. Aquí siguen todos mis seres queridos. Sé que, si me voy, ya no podré volver, y no quiero morir lejos de ellos.

—Oh, señora Perkins. —Gladys tragó saliva, profundamente emocionada por aquellas palabras. Trató de imaginarla como la jovencita de trece años que había llegado allí llena de ilusiones, pero no pudo; trató entonces de ver cómo había sido esa cabaña cuando estaba llena de gente, de risas de niños. Tampoco. Al fin y al cabo, quizá murieron de bebés recién nacidos, tal como lo había expresado tendía a creer que sí. Qué dolor más grande debió sentir, y tantas veces. Lo extraño era que no hubiese enloquecido. O quizá sí lo hizo... Se descubrió pensando que ella no se lo hubiera perdonado a Dios, nunca. —No se preocupe, nos las arreglaremos. Volveré mañana.

—Supongo que no podré impedirlo. Pero si vienes y tocas mis cosas, haz el favor de dejarlas donde yo las tenía. Ese costurero —señaló con enfado hacia la mesita baja donde Gladys lo había puesto, tras ordenar los hilos y trozos de viejos lazos— no estaba ahí. Siempre lo he tenido encima del armario.

—Pero pensé que aquí lo tendría más a mano. Para alcanzar allí tiene que subirse al taburete, y no quiero que lo haga. Menos todavía si está sola.

—Niña, haz el favor de poner el costurero en su sitio. Si me caigo, que no me voy a caer, será por mi culpa, pero yo habré tomado la decisión, que soy una persona adulta y me lo he ganado. Y si hay que cambiarlo de sitio, yo seré quien decida dónde y cuándo.

Gladys cerró un momento los ojos, suplicando por un poco de paciencia. Por razones como esa, no era muy querida la señora Perkins. Ibas a ayudarla y te reñía por no hacer las cosas a su modo, y jamás daba las gracias.

Pero Gladys había aprendido junto a su padre a ponerse en la piel de los demás, y así entender mejor sus razones. Sabía, por ejemplo, que la señora Perkins había sido una luchadora incansable, y podía imaginarse lo que suponía para ella la rendición de la vejez. Por eso, peleaba con uñas y dientes por cada milímetro de control que se le iba escapando de entre los dedos. El costurero no era un costurero, era un símbolo, y tenía que ser comprensiva con ella.

Lo cogió y lo subió donde estaba en un principio.

—Perdone, señora Perkins. Debí preguntarle primero.

La anciana la estudió en el resplandor amarillento formado por la lámpara y las llamas de la cocina de piedra.

—Eres muy buena chica, Gladys Strade —gruñó. El único agradecimiento que conseguiría de ella, seguro. —Pero ten cuidado. El mundo se come a los que no saben hacerle frente, y para eso se necesita, aunque solo sea, una pizca de maldad.

Ella sonrió arropándola.

—Usted no es mala, señora Perkins. Solo gruñona.

—Te equivocas de nuevo. —Su mirada se veló por algún recuerdo que la inquietaba. —No me arrepiento, hice lo que debía hacer, pero sí que tengo miedo, ¿sabes? El Juicio de Dios se acerca —añadió, en un susurro.

Gladys le acarició una mano.

—No debe tener miedo. Él es comprensivo.

—No sé si en casos así se puede esperar que lo sea. —Su expresión se llenó de pena. —Supongo que ya no importa, que ya habrá muerto, pero...

—¿Ya habrá muerto? ¿A quién se refiere?

Ella la miró como si se hubiese olvidado de que estaba allí.

—No quiero ir al infierno, niña. No quiero. Pero asumiré el ir, sin arrepentimientos, porque tenía que elegir y lo hice, y... —Parpadeó, como dándose cuenta de algo, y con alarma. —Pero espera, espera, ahora que lo pienso... En el infierno no estará Perkins, no estarán mis hijos... ¡No me había parado a pensarlo, pero es así! —Otra vez la agarró por la muñeca, con tanta fuerza que le hizo daño. —Y yo quiero estar con ellos. ¡Al menos, en la vida eterna, poder estar con ellos!

—Señora Perkins, suélteme, por favor...

—No lo entiendes, me he equivocado y voy a ir sola al infierno. —Sollozó. Empezó a agitarse de nuevo. Hasta intentó sentarse. —¡Quiero estar con ellos...!

—¿Por qué va a ir al infierno, mujer? —preguntó Gladys, forcejeando para que no se levantase. —Ya le digo que el Señor es comprensivo y...

—¡No! ¡Cuando murió mi hija, renegué de Él! ¡Lo maldije y no volví

a pisar una iglesia jamás! Preferiría seguir maldiciéndolo, preferiría matarlo con mis propias manos, destrozarlo todo en su maldito Cielo perfecto —Gladys había abierto mucho los ojos, espantada, —pero no puedo arriesgarme a llegar al Juicio con esta carga, cuando llevo tanto tiempo esperando la muerte para reunirme con los míos. Debo confesarme cuanto antes. ¿Cómo no lo pensé? ¿Cómo no me di cuenta? Ay, Edna, estás vieja, vieja, vieja...

—Señora Perkins, tranquilícese. ¿Qué le ocurre?

—Date prisa, niña. Dile a tu padre que avise a algún sacerdote católico, el que sea. Sir Walter tiene derecho a saberlo, y se lo contaré, se lo contaré todo, pero no puede perdonar mis pecados. Un sacerdote católico, sí.

Gladys recordó que la señora Perkins era católica, y que, para ellos, la confesión era un sacramento en sí por medio del cual el sacerdote podía invocar el poder del Espíritu Santo para perdonar los pecados. Era algo que, a Gladys, como anglicana, le resultaba difícil de entender. En su religión, hablar con un sacerdote y confesarle los errores cometidos solo era una ayuda espiritual a la que pocos solían recurrir. No servía, ni mucho menos, para conseguir el perdón de unos pecados por los que se tendría que responder ante el propio Dios, llegado el momento.

Muy por el contrario, aquella anciana creía realmente que si un sacerdote católico le daba la absolución, quedaría libre de toda culpa, y moriría en paz. No importaba lo que hubiera hecho, podría salvarse y reunirse en el Cielo con su marido y sus hijos.

—Pero, señora Perkins... ¿No sería mejor avisar al doctor Watson? Puede que él...

—¿Un médico? ¿Para qué? Mi mal se llama «tiempo» y no tiene cura, niña, lo entenderás algún día, si vives lo suficiente. Yo lo he hecho. Y, en el camino, he tenido más de lo que merecía.

—¿Por qué dice eso?

La otra agitó la cabeza.

—Nada, no importa. Avisa a tu padre, demonios, es urgente, que la muerte me ronda.

—Lo haré, no se preocupe. Mañana mismo tiene que ir a Portsmouth, puede visitar la catedral de San Juan Evangelista, el templo católico que empezó a funcionar el año pasado. Sé que es amigo del obispo. Seguro que mandan de inmediato un sacerdote.

—¿Lo harás? ¿De verdad?

—Claro que sí. Lo prometo.

La anciana asintió, empezando a tranquilizarse. Su mirada logró enfocarse de nuevo. Respiró un par de veces, recuperándose. Al ver que arreglaba las mantas y se apartaba de la cama, añadió, con voz cansada:

—Y hazme caso. En esta vida, piensa lo peor y saca tu carácter, niña. No creas en la bondad de nadie. He visto rostros sonrientes, falsamente sinceros, que ocultaban tras ellos la mayor de las perversiones.

—¿Lo dice por algo en concreto?

—Sí... No... Estoy en deuda y comparto contigo algo del conocimiento que he reunido en una larga vida, nada más.

—Oh. Yo también tengo mi mal genio, no se crea. —Por alguna razón, se sintió impulsada a añadir—: Ahora mismo, estoy muy enfadada.

La señora Perkins ahogó una risa seca que apenas fue más que un gesto de los rasgos de su rostro.

—Me alegra oír eso. ¿Y puedo saber con quién?

Gladys se encogió de hombros.

—Con un hombre que se está portando muy mal con una joven.

La anciana lanzó una mirada directa a su vientre.

—¿Contigo?

—¡No!

—Ah... Ya... Por eso estás enfadada. Si se hubiese portado mal contigo estarías furiosa, pero también satisfecha. Tus ojos tendrían otro brillo, muchacha. —Le costaba hablar y empezaba a quedarse otra vez dormida, pero se esforzó por terminar lo que quería decirle—: Déjate de hombres ajenos y búscate uno con el que reñir para ti sola.

Aquel comentario la puso de peor humor todavía, triste y melancólica. No tardó en salir y caminó un trecho bajo un hermoso atardecer, pero estaba todavía en la parte superior de la colina cuando se detuvo, con una fuerte opresión en el pecho. Definitivamente, no quería ir a casa, no todavía. No tenía ánimos para mantener una charla intrascendente con sus padres.

Salió del camino y se movió por la ladera de la colina hasta llegar al grupo de rocas desde donde se avistaba por fin el pueblo y se sentó en el suelo, sobre la hierba. Ese había sido siempre su lugar preferido, al que iba para estar sola y pensar.

Desde allí, contempló las casitas que conformaban Little Lake. Solo unas pocas se levantaban junto al ayuntamiento, arracimadas alrededor de la pequeña plaza; el resto se veían como salpicaduras dispersas por los prados y los bosquecillos cercanos. Entre ellas la iglesia de Saint George y la casa parroquial en la que vivía la familia del reverendo Strade. En esos momentos, el sol resplandecía sobre la superficie del lago, en su camino hacia el horizonte de suaves colinas que había al oeste, donde no tardaría en ocultarse.

Pese a sentirse tan triste, Gladys logró por fin abrirse a la belleza que la rodeaba y sonrió.

Volvía a estar en casa.

Capítulo 4

El atractivo Sackville y su romance con un fantasma

—No, al contrario. Me ha contestado diciendo que no quiere volver todavía —había dicho días antes lord Edward Barrows, conde de Sackville y futuro marqués de Northway, mientras aceptaba la copa de jerez que le ofrecía su amigo, el baronet sir Walter Heatherfield, en la casa que este último tenía en Londres. —Así que iré yo.

—¿Has hablado con Tee para que te lleve?

—Sí, gracias también por eso.

El baronet hizo un gesto descartando la necesidad de todo agradecimiento. Tee era el ayuda de cámara de sir Walter, pero también un buen conductor y un hombre de su absoluta confianza. Por eso había pensado en él cuando hubo que trasladar a Martha y a la señora Wilson a Little Lake; ahora, llevaba y traía a Edward cuando lo necesitaba.

De ese modo, no tenía que recurrir a los coches familiares ni a los conductores de Northway House, dejando posibles pistas. Lo último que quería era que sus padres descubrieran qué estaba pasando. No antes de resolverlo.

—Lo que necesites —dijo sir Walter.

—Gracias, hermano. —Se sonrieron. —Salgo para Little Lake mañana a primera hora, y te aseguro que no pienso regresar sin ella. ¡Aunque tenga que arrastrarla atada tras el coche todo el camino!

El otro se echó a reír. Estaba algo resfriado y su voz sonó un poco rasposa.

—Eso me gustaría verlo. Tu hermana es una mujer con mucho temperamento, Sackville, dudo que puedas convencerla de nada, si se empeña en seguir en Little Lake. —Tosió con discreción. —¿No irás esta noche a la ópera, entonces?

Walter lo dijo con sorna, sabedor de que, a ese paso, ganaría la apuesta que se habían hecho respecto a cuál de ellos lograría probar

antes los encantos de una joven diva. Pero, en esos momentos, poco le importaban esos asuntos. Edward, un joven alto y moreno, poco dado a complicarse la vida con nada, arrugó el pequeño bigote que adornaba su hermoso rostro —había también disputa por el título de «caballero más atractivo de Londres» entre Walter y él, —con un gesto contrariedad.

—No. Y tú tampoco deberías ir. Tendrías que estar en cama.

—Ah, qué burdo intento. Ni lo sueñes. Hoy, la hermosa Daliah me acompañará al paraíso.

Edward bufó.

—Ojalá hubieras escondido a Martha en algún lugar más cercano. Uno en el que no tuviera que hacer noche de camino. La otra vez, volví agotado por la experiencia.

Agotado y enojado. ¡Maldición! ¿Qué le pasaba a Martha? ¿Qué hacía su hermana pequeña escondida en Little Lake, un pueblo recóndito del sur de Inglaterra cuyos únicos méritos eran estar cerca de Portsmouth y haber formado parte de una imagen encantadora en un cuadro del salón de la casa de Walter? ¡Se suponía que estaba en Francia, visitando a unos tíos que llevaban muchos años allí establecidos!

Walter hizo un gesto de excusa.

—Lo siento, no se me ocurrió otra cosa. Ella quería cierta distancia, asegurarse de que nadie conocido pudiera localizarla. Estábamos aquí, miré el cuadro de mi abuelo… —Señaló con la mano que sostenía la copa hacia uno de los grandes óleos del elegante salón. El cuadro de Little Lake. —A ti siempre te ha gustado esa pintura.

No podía negarlo. Mostraba un pueblecito encantador situado entre suaves colinas y visto desde un alto. Su pequeño núcleo de casitas de piedra gris con tejados de pizarra o paja y fachadas cubiertas de hiedra y flores, salpicado de jardines, estaba situado en una entrada de la tierra —conformando una especie de reducida península— que se adentraba en el pequeño lago irregular que le daba nombre: Little Lake.

En el cuadro, sus aguas reflejaban las últimas luces de un crepúsculo perdido en el tiempo, y unas cuantas ventanas se encontraban iluminadas, pero la mayor parte estaban ya en sombra, indicando que sus pobladores dormían, porque era gente madrugadora. La imagen irradiaba paz, incluso magia, esa impresión de nueva maravilla que siempre provocaba la belleza del mundo, aunque no era aquello lo que más le fascinaba del cuadro.

En un primer plano, a la izquierda, iluminada por el último rayo dorado del sol, podía verse una muchacha, una joven dama sentada en la hierba, con un sombrerito de paja adornado con flores. Estaba de espaldas, por lo que no podía ver su rostro, ni siquiera su cabello, pero

su aire grácil y su deliciosa sencillez —pese a su vestido elegante, muy a la moda de 1830, que bien hubiese podido llevar cualquier joven de buena familia londinense en sus paseos por Hyde Park o Saint James — encajaban bien con las emociones que inspiraba la estampa del pueblo.

Era como contemplar la unión de dos mundos muy distintos, pero que armonizaban por completo, porque ambos estaban llenos de belleza.

La primera vez que vio aquel cuadro fue durante unas vacaciones que les habían dado en Eton, y que Edward iba a pasar con Walter en Heatherfield House. Nada más ver ese cuadro, el corazón adolescente del niño que había sido supo, sin lugar a dudas, que aquella joven representaba para él a la Mujer Amada, así con mayúsculas, ese ideal romántico que esperaba encontrar algún día, en algún lugar, en algún momento.

El hecho de que no pudiera ver cómo eran sus ojos, o la línea de sus labios, acrecentaba tanto su interés, como aquella deliciosa tortura. ¿La reconocería, de verla? ¿Sabría que era ella, sin lugar a dudas? ¿Estaría a la altura de sus expectativas, una vez se diera la vuelta? ¿O descubriría, con amarga decepción, que el amor no era más que una ilusión, algo que no podía arraigar en su corazón voluble?

Ni siquiera el hecho de que Walter le dijera que aquella había sido su abuela, lady Pamela —¡una abuela!, se había mortificado desde la visión del mundo de sus catorce años. ¡Qué cosas! Edward tenía dos abuelas propias, y no eran así. De hecho, no podían haber sido nunca así de jóvenes, ni mucho menos, —había alterado sus sentimientos, nada en absoluto. No consiguió borrar aquel enamoramiento absurdo.

Desde entonces, él había cambiado y se había convertido en un hombre adulto, un hombre de veinticinco años con mucha experiencia en asuntos galantes y más de un pecadillo sobre la conciencia; pero la joven del lienzo seguía igual, con la misma pose serena, atrapada en aquel instante infinito.

En aquel crepúsculo eterno.

—No puedo evitarlo —reconoció Edward, y bebió un sorbo del excelente jerez de su amigo, con la absurda idea de que ya era el momento, que sus edades habían ido acercándose hasta convertirse en las apropiadas para… ¿Para qué? ¿Para un romance con un fantasma?. —Tu abuela es la única mujer que ha logrado conquistarme por completo.

Walter se echó a reír.

—Lo sé. Me consta que lord Edward Barrows, conde de Sackville, puede ser acusado de muchas cosas, pero no de la de poseer un corazón interesado en mantener con el resto de damas algo que no sea una efímera relación carnal.

—Exactamente igual que el perverso sir Walter Heatherfield.

Ambos rieron y brindaron, cínicos, aunque Edward sintió, como siempre, que estaba interpretando un papel, un personaje en el gran teatro de Londres. Algo falso, que no era él mismo, y que últimamente empezaba a cansarle.

—En todo caso, no me sorprende que quedaras prendado de la hermosa lady Pammy. —Walter echó un vistazo de reojo al cuadro. Edward lo conocía muy bien. Algo le rondaba la cabeza. —Por lo que dicen las leyendas familiares, mi abuelo estaba muy enamorado de ella. Debía ser una joven encantadora, que despertaba pasiones allá donde iba. —Frunció el ceño, pensativo. —Por cierto, no recuerdo cuál de mis horribles tíos me comentó una vez que hay un retrato suyo en mi mansión de Little Lake. No sé si es cierto, porque mienten más que beben, que ya es decir, pero si lo deseas, pídele al señor Holmes que te lleve a verlo.

—¿A tu administrador? —Aunque le tentaba la idea de ver aquel rostro, no acababa de considerarlo prudente. —No sé. ¿Tú crees que pediría algo así el señor Black? —Ese era el nombre falso que Edward había usado en Little Lake, y solo con el administrador de Walter, que se ocupaba de la comodidad de Martha en el pueblo. Había evitado al resto de lugareños y pensaba seguir haciéndolo. —No lo creo. Y, aunque esta vez pienso traerme a mi hermana conmigo, preferiría no levantar susceptibilidades por allí.

—Bueno. Entonces le escribiré para que me mande el cuadro aquí, si es que existe. Así los dos veremos su rostro, por fin. Debería haberlo pensado antes. Pero, claro, pienso poco en los temas familiares. Cuanto menos, mejor.

—Eso estaría bien —replicó, haciendo caso omiso de los comentarios ácidos sobre la familia. Walter se había llevado bien con su padre, pero no con el resto, tíos y primos, sobre todo por parte de aquella abuela, con los que había tratado poco. —Seguro que es un retrato tan magnífico como este cuadro. Tu abuelo era un gran pintor.

—Sí… —Walter estudió el óleo con expresión sombría. —Por cierto, hace poco, mi tío abuelo Oscar me contó algo que no sé si es cierto o no, pero me dejó… No sé, impresionado.

—¿El qué? —preguntó Edward, algo impaciente. Y curioso. A Walter le estaba costando llegar a lo que daba vueltas a su cabeza.

—Oh, perdona, creo que tengo fiebre y divago un poco —titubeó. —Júrame que lo guardarás en secreto.

—Oh, vamos… —Pero, viendo que su amigo esperaba, asintió. —Muy bien. Te lo juro.

—Estupendo. —Señaló hacia la joven del óleo. —Ese gordo insufrible me dijo que lady Pamela fue asesinada en Little Lake, poco después de posar para este cuadro.

Él lo miró horrorizado.

—¿Qué dices? ¿Cómo...?

—Arsénico —replicó Walter, aunque la pregunta interrumpida no se había referido al método, sino a que, simplemente, no podía creerlo. No podía concebir que nadie quisiera hacerle daño a una criatura así, tan bella y etérea. —El llamado «polvo de la herencia», ya sabes. —Edward apretó los labios. Sí, raro era el periódico que no mencionaba algún crimen terrible cometido con esa sustancia maldita. Y eso pese a los esfuerzos que había hecho el gobierno por regular su uso y posesión. —Aunque, en este caso, el delito no tuvo motivaciones económicas. Por lo que parece, un hombre se encaprichó de ella y, al no poder tenerla...

—Dios mío...

—¡Si es que fue así! —Walter se encogió de hombros. —Ni mi padre ni mi abuelo me dijeron nada al respecto, yo tenía entendido que la abuela murió muy joven de unas fiebres. Y tío Oscar es realmente detestable, capaz de inventarse cualquier historia escabrosa con tal de impresionar al interlocutor y salir de su eterno aburrimiento. Pero no sé, me dio demasiados detalles. No es tan imaginativo.

—¿Qué te dijo?

—Que la asesinó un médico local. Al parecer, la envenenó porque no quiso fugarse con él. Ah, y que fue condenado a más años de prisión de los que puede sobrevivir un ser humano.

—¿Prisión? —Edward frunció el ceño. —Siendo un asesinato, y de una joven dama, la esposa de un baronet...

—Te recuerdo que los baronet no somos nobles.

—Bah, tonterías. Es un título incluso mejor, significa que quien lo porta y su familia se han ganado el reconocimiento de la Corona por méritos realmente... meritorios. —Walter rio y le hizo una inclinación, en agradecimiento. —En todo caso, hubiera supuesto que sería condenado a muerte. No es que me guste semejante pena, pero es la que parecería lógica, según nuestras leyes.

—Sí, cierto. Pero, aunque él tampoco era noble, tenía contactos, y el pueblo lo quería. Debía ser un buen médico, ya ves. Como si eso tuviera algo que ver... —añadió enojado. —Al menos, de la cárcel no se libró.

—Me alegro.

—Yo también. Pero, siempre según el tío Oscar, por eso mi abuelo dejó de sentirse cómodo allí. Cogió a mi padre, que entonces era pequeño, y se vino a Londres. Ningún Heatherfield ha vuelto a pisar Little Lake jamás. —Agitó la cabeza, incrédulo. —Y yo sin saberlo. ¿Por qué no me lo dirían? Si no he ido, simplemente es porque me pillaba a desmano y siempre tenía algo mejor que hacer.

—Creo que tu abuelo y tu padre no querían que lo supieras. O quizá

ni siquiera querían recordarlo. —Edward hizo una mueca, evocando algo más. —Y es probable que por eso mantuvieran mala relación con la poca familia de tu abuela.

—Sí, es muy posible…

En el silencio profundo que siguió a sus palabras, la llamada de unos nudillos resonó de tal modo que le provocó un sobresalto. La puerta se abrió y dejó paso a la señora Tee, el ama de llaves de la familia Heatherfield desde hacía mucho tiempo. Llevaba una taza enorme de porcelana con plato a juego y una cuchara de plata. Olía a algo fresco, muy agradable.

—Sir Walter, disculpe que los moleste, pero es la hora de su medicina.

—¡Oh, mi querida Mimi! —Cualquier otro se hubiera sorprendido ante tal muestra de confianza, pero Edward sabía que la señora Tee había sido la niñera de Walter. Al heredar el título, él la había nombrado ama de llaves, y llevaba la casa como si fuera la señora. —¡Qué haría yo sin ti!

La mujer se echó a reír mientras dejaba la bebida en una mesita.

—Pues disfrutar de una vida más desordenada todavía, sir Walter, ambos lo sabemos. Por favor, tómese esto enseguida. Le ayudará a sentirse mejor. ¡A ver si conseguimos eliminar ese resfriado! —Sonrió a Edward. —¿Va a quedarse a cenar, lord Sackville? He ordenado su asado favorito.

—Oh, demonios. No me tiente, señora Tee. Se lo agradezco mucho, pero salgo de viaje a primera hora. Bueno, ya lo sabe… —Tee, el ayuda de cámara y conductor ocasional, era su hijo mayor. El ama de llaves estaba al tanto del favor que les estaba haciendo y, aunque no decía nada, seguramente no aprobaba que un ayuda de cámara se rebajara al trabajo de cochero. Carraspeó. —Pero prometo traerle a su hijo sano y salvo muy pronto. Y disculpe todo este lío. Sabe que respeto mucho la posición de su hijo en la casa.

—No se preocupe, milord. —La señora Tee agitó una mano en el aire, quitándole importancia. —Él está encantado de servirle. Aunque sea de un modo tan peculiar.

—Gracias, señora Tee —replicó, genuinamente agradecido. Edward volvió los ojos hacia el gran reloj de pared que presidía una de las paredes. Casi las ocho. —Será mejor que me vaya. Todavía tengo que hacer algunas gestiones antes de volver a casa.

—Les dejo, entonces, que se despidan. Buen viaje, milord.

—Gracias.

La señora Tee salió, cerrando la puerta con suavidad. Walter probó un sorbo del brebaje. Puso cara de aprobación, así que debía estar rico. Aun así, fue a la mesita de las bebidas y añadió un chorrito de coñac.

El segundo trago indicó un gran deleite.

—Ahora sí. Mimi siempre ha sabido preparar remedios, pero sigue pensando que soy un niño. —Ambos rieron. —En fin. ¿De qué hablábamos? Ah, sí… Viejas historias que ya no tiene sentido recordar. —Volvió a mirar el cuadro. —A veces… a veces me planteo ir a Little Lake, ¿sabes? Desde que me enteré de lo ocurrido. Es curioso que antes no me interesara lo más mínimo visitar ese pueblo, pero ahora sí. Supongo que por exorcizar esa oscura historia familiar y todo eso… ¡Ah, a qué engañarnos! —añadió, en tono más ligero, y le guiñó un ojo, seguro que intentando aliviar el ambiente. —¡Quiero ir porque aquello tiene que estar plagado de bonitas lugareñas!

Edward ahogó una carcajada y lo miró con aprecio.

—No tienes remedio.

—Eso es cierto.

Estornudó sonoramente y se echó a reír. Así era Walter.

Capítulo 5

El domingo volvemos a Londres. O quizá, no

Tras un nuevo viaje agotador, Edward llegó por fin a Little Lake.

Eran casi las cinco cuando su carruaje abandonó el camino principal para internarse por el secundario —tan lleno de baches el uno como el otro, malditos fueran— que conducía al bosquecillo en el que estaba la casita de su hermana.

Martha lo estaba esperando junto a la cancela de la valla que marcaba el terreno del bonito *cottage* en el que la habían alojado, un edificio pequeño, de piedra gris cubierta de hiedra y tejado de paja oscura, casi por completo rodeado por toda clase de flores. El jardín del Lily Garden Cottage tenía lirios, pero también muchas otras clases de flores, desde rosales hasta gardenias. Era un auténtico vergel.

La primera vez que vio el lugar, pensó que, en definitiva, Walter había acertado: sería un buen sitio para su hermana. Un lugar encantador en el que pudiera pasar unos días a solas con la señora Wilson, reflexionar sobre sus problemas, si es que alguien tan privilegiado como ella podía jactarse de saber lo que eran, y luego, ya renovada, volver a Londres y retomar la temporada social, antes de que terminase con la llegada del verano.

Pero al verla esa tarde, comprendió que el mal que estaba sufriendo, fuera cual fuese, no había hecho más que empeorar. Martha tenía un aire tan triste y desvalido que Edward bajó incluso antes de que el coche llegara a detenerse del todo, se abrazaron con fuerza, tanto como solo pueden abrazarse dos hermanos que se aman, y luego caminaron juntos hacia la puerta, aunque él titubeó un momento antes de llegar al porche.

—¿Ocurre algo? —preguntó su hermana.

—Me había parecido… —No fue ni capaz de formularlo en voz alta. ¿Que había alguien allí, acechando escondido tras los arbustos cuajados de grandes margaritas, gardenias y camelias? No, menuda

tontería. Nada se movió por ningún lado mientras miraba, y no tardó en desdeñar la idea. —Nada, estoy cansado del viaje. Perdona.

Martha agitó la cabeza.

—No debiste venir.

—No. *Tú* no debiste venir —replicó, mientras se quitaba el abrigo, ya en el vestíbulo. Se lo entregó a la doncella de su hermana, que había estado esperando allí, con gesto sereno. —Buenas tardes, señora Wilson. Digo, señora White —corrigió con ligera burla dirigida a Martha, que puso los ojos en blanco, pero no dijo nada. Ella había sido la que había decidido que estuviesen allí con nombres falsos. En realidad, no era mala idea, pero lo de los colores…

—Buenas tardes, milord… perdón, señor Black. —Sonrió la mujer. —Bienvenido.

—Gracias. Tee traerá enseguida mi bolsa de viaje. Por favor, ocúpese de todo.

—Por supuesto, milord.

Martha arqueó una ceja.

—¿Solo una bolsa? ¿Vas a estar poco tiempo, entonces?

—*Vamos* a estar poco tiempo —volvió a corregir. —Por eso no te he traído nada a ti. El domingo me vuelvo a Londres y tú vendrás conmigo. Señora Wilson… White, por favor, ocúpese de tener listo el equipaje de milady. —Las dos mujeres se miraron. —Espero no haber dado pie a que piensen que es una sugerencia. Nos vamos a Londres, Martha. Esta locura ya ha durado bastante.

Su hermana cruzó las manos a la altura de su cintura.

—Tenemos que hablar, Eddie —le dijo. Y cuando usaba ese diminutivo significaba que pasaba algo de verdad importante.

—¿Qué ocurre? —se preocupó. Al estudiarla con más atención la vio pálida, más delgada, y se le encogió el corazón. —¡Dios mío, Marthy! ¿Estás enferma?

—¡No! No, no, yo… Tengo algo que decirte.

La señora Wilson hizo un gesto invitándolos a seguir pasillo adelante.

—Pasen a la salita, por favor, milord. Les llevaré un té.

—Gracias, señora Wilson.

Martha le precedió hasta la bonita sala de estar de la casa, aunque fuera tan pequeña como el más pequeño de los baños de Northway House. La luz del sol entraba tamizada de verde por el bosque, dándole un aire casi mágico; y la decoración en general quizá era algo recargada, pero no dejaba de estar acorde con el sitio: tanto el papel pintado como los cuadros o el estampado de los sillones mostraban flores de toda clase y tamaño, en una sucesión continua.

La chimenea estaba encendida, y Edward se alegró. Aunque ya estaban a mediados de primavera, la temperatura era fresca y húmeda

en aquel sitio tan perdido en el bosque. El ambiente ligeramente caldeado resultaba de lo más agradable.

Martha paseó nerviosa de un lado a otro y terminó sentándose frente al fuego.

—¿Y bien? —preguntó Edward, ocupando el otro sillón. Cruzó las piernas con aire negligente y buscó sus cigarros. Encendió uno antes de seguir—: Esta vez no me voy a conformar con vaguedades, Marthy. Quiero respuestas.

—Has tenido mucha paciencia —reconoció ella. —Y yo me siento mucho mejor.

—Me alegro, aunque no lo parece, la verdad. —Ella apretó los labios. —¿Vas a explicarme, por favor, a qué viene todo esto? ¿Por qué has huido de Londres? ¿Por qué les has dicho a nuestros padres que te has ido a Francia? ¿Es que has perdido el juicio? Hasta que llegó tu primera carta estaban como locos, aunque tampoco puede decirse que ahora estén mucho más tranquilos. Sé que te escriben a Francia, a las direcciones que vas dando, ordenándote que vuelvas de inmediato. Una pena que no puedas leer esas cartas porque no estás allí.

Martha frunció la boca en un gesto terco.

—No entiendo tanto barullo. No veo qué hay de raro en aceptar una invitación de nuestros tíos franceses.

—Desde luego que no. Pero, a ver, deja que piense… —Se llevó un dedo a la barbilla de forma teatral. —¡Ah, sí! ¿Que, que yo sepa, nunca nos han invitado a nada? ¿Te parece bastante razón? Porque, a ojos de nuestros padres, los ancianos condes de Bas-fonds siguen siendo esos viejos desagradables de siempre, a los que ya ni enviamos felicitaciones navideñas, dado que nunca contestaban. El único vínculo de sangre que tenemos con ellos es esa tía abuela lejana, que se casó jovencita con un francés y jamás volvió a pisar Inglaterra.

Ella hizo un gesto de desdén, apartando aquel argumento.

—Da igual. Necesitaba tiempo para mí y fue lo primero que se me ocurrió. Además, saben que siempre he querido conocer Francia y que estaba deseando tener la ocasión de hacerlo, así que tan extraño no les parecerá…

—¿En pleno inicio de tu primera temporada? No me hagas reír, Marthy. Una jovencita como tú, en su primera temporada, *nunca* hubiera iniciado un viaje como ese sin que su madre lo hubiera organizado todo. Y hubiese ido con más acompañantes que una simple doncella, lo sabes tan bien como yo. —Agitó la mano con el cigarro, harto del asunto. —Basta de darle vueltas, maldición. Tu plan no tiene ni pies ni cabeza. Menos mal que, al menos, les llegó tu primera carta antes de provocar un desastre, porque estaban a punto de denunciar tu secuestro en Scotland Yard. ¡Menuda locura! Esto no puede seguir,

es…

—Estoy embarazada.

La frase, muy breve, impactó en Edward con la fuerza de un balazo.

Se quedó allí, totalmente paralizado, durante varios segundos, sin acabar de entender su significado. Y, en realidad, hubiera dado igual que siguiera así más tiempo, todo el posible, porque, cuando por fin empezó a reaccionar, su mente solo fue capaz de proceder a trompicones, negándolo todo.

No había oído bien. No era cierto.

No estaba allí. Se había quedado dormido en el coche, de camino.

No, más aún: se había muerto de camino, al caer el coche por un despeñadero mientras iba dormido… Normal, solo a él se le ocurría llevar un ayuda de cámara de conductor.

—¿Qué…? —barbotó finalmente.

—Que espero un hijo, Eddie —replicó ella, con fingido aplomo. —Lo sospechaba cuando decidí abandonar Londres, por eso me fui, pero ahora estoy completamente segura.

¡Encinta! ¡Su hermana! ¡La hija del marqués de Northway!

¡Estando soltera!

Imposible. Martha no tenía siquiera un pretendiente en firme. Solo había empezado un coqueteo general, era su primera temporada…

Eso lo llevó a pensar lo peor. ¿La habían seducido? ¿La habrían… la habrían violado? La idea lo horrorizó. «¡Oh, Dios! ¡No!». Pero… imposible. ¿Cuándo había estado sola Martha? Nunca. Era la flor más preciada de la casa Northway, la más protegida. Nadie hubiese podido atacarla sin que él se enterase.

—Pero… —Nada, le resultaba imposible reaccionar. Buscó preguntas y salieron a borbotones. —¿Cuándo? ¿De quién? ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Te atacaron?

—¡No! Fue… fue consentido. —Sus labios adoptaron una mueca amarga. —Me arrepiento de ello, pero esa es la verdad. Y estoy acercándome a los tres meses. No sé si…

—¿Qué? ¿Tres meses?

—Sí. Vine cuando empecé a sospecharlo, y llevo mes y medio aquí.

Edward se tiró del nudo de la corbata, sintiendo que le faltaba el aire. ¡Tres meses ya! En breve sería imposible ocultar el escándalo. Pensó en la pena y la vergüenza que sentirían sus padres, y en el desprecio general con el que tendría que convivir Martha el resto de su vida si no encontraban una solución drástica al asunto.

«Vamos, Sackville, piensa». Necesitaba hallar una solución que evitase las lágrimas de su madre y una mirada de profundo dolor en su padre. Si algo quería Edward más que a la imagen de dandi perfecto de Sackville era a su familia.

Pero cuando abrió la boca no fue para tratar de evitar las

consecuencias, sino para aliviar su enfado con reproches.

—¿Cómo es posible, Martha? —Ya no era Marthy. Ya no era la hermana pequeña, esa niña cariñosa que siempre había adorado. —¿Cómo… cómo has podido? ¿Hasta ese punto se han equivocado tus padres, al educarte? ¡Por todos los demonios! ¡Apenas estabas iniciando tu primera temporada! ¿Tenías que lanzarte ya a los brazos del primer indeseable que te lo propusiera?

Ella lo miró horrorizada.

—¡Edward!

—No. No te creo. Es imposible que hayas hecho algo así, no es propio de ti. —Ante eso, ella sí que se había ruborizado. —Además, conozco a todo el mundo en Londres. Ningún caballero se hubiese atrevido a afrentar así a nuestro padre ni a mí.

Martha abrió mucho los ojos.

—¿Afrentaros, a vosotros? Pero ¿qué dices? ¿Acaso tus devaneos por ahí me han afrentado a mí?

Él frunció el ceño.

—No es lo mismo, y lo sabes.

—Y tú sabes que semejante comentario es totalmente injusto.

—Nadie habla de justicia, Martha. Es la realidad. —Se miraron enojados. —¿Quién es el padre? —Ella dudó. —Si temes que lo rete a duelo…

—No. No lo temo. No sería posible. —Suspiró. —Tuve una aventura con lord Bellamy Thorton. El barón Greylock.

—¡¿Qué?! —Edward se puso en pie de un salto. ¡Greylock! Claro que no podría retarlo a duelo, ya estaba muerto. Lo habían matado en una disputa de borrachos, en un burdel de Whitechapel. Por las fechas, supuso que mientras se corría aquellas juergas, a la vez dejaba embarazada a su hermana. Apretó los puños, furioso, y su voz sonó helada. —Lo que yo decía. Ningún caballero hubiera hecho algo así.

Martha apretó los labios.

—Siéntate, por favor.

—No quiero sentarme —replicó Edward, alzando la voz, algo totalmente impropio de él. —¿Cómo has podido? ¡Con semejante canalla!

—No voy a hablar de él. Está muerto, y me consta cómo murió. —Por las pupilas de su hermana pasó un brillo que hablaba de un dolor profundo. Edward parpadeó, conmovido a su pesar, y perdió la mayor parte de su beligerancia. —Pero basta ya de todo esto, Edward. No te atrevas a juzgarme. No he hecho nada que no hayas hecho tú miles de veces.

—Insisto en que yo no soy una joven dama. A las pruebas me remito. Yo no espero ningún hijo.

—Eso habría que verlo. Por lo que dicen de ti, podrían ser tuyos

todos los bebés de Londres.

—¡Martha!

—¿Qué? Es la verdad. No voy a pedir disculpas por haberme enamorado, aunque sí sé que cometí un terrible error. Pero ya me lo reprocho yo misma, no te preocupes. Ni siquiera yo entiendo cómo pude enamorarme así, hasta ese punto, de alguien que no se lo merecía. —Agitó la cabeza. —Pero supongo que así es el amor. Lo he aprendido por las malas y es una lección que jamás olvidaré.

¡Maldito Greylock! ¡Maldito por siempre! Edward nunca había simpatizado con él, había algo en su encanto frívolo y descarnado que le había desagradado profundamente. Pero Martha era joven, y estaba claro que se había enamorado, y se había entregado a él como jamás podría volver a hacerlo, o eso se temía.

Solo había que verla. Ahora lo entendía: estaba languideciendo en Little Lake, abrumada por la vergüenza y la traición. Y sola. Sintiéndose muy sola. Y cuando se decidía a compartirlo, él se ponía como un basilisco.

Se llevó una mano a la frente.

—Lo siento mucho, Martha —susurró en el silencio profundo que se había hecho en la salita. —Disculpa. No debí ponerme así.

Ella asintió.

—No te preocupes. Ya me imaginaba que así iba a ser el primer momento. Por eso intentaba retrasarlo. —Trató de sonreír, sin éxito. Esperó a que Edward volviera a sentarse, casi dejándose caer en el sillón, antes de continuar. —Supongo que ahora podrás entenderme un poco mejor. Cuando empecé a sospechar mi... situación, comprendí que debía irme de Londres cuanto antes. Fue pura casualidad que un día en el que estaba especialmente triste, tras la muerte de Greylock, tuviese que llevar un encargo de mamá a casa de Walter.

»Él no estaba, pero volvió mientras me tomaba un té allí. Yo... no quería ir a ningún sitio, no quería volver a casa, y la señora Tee había sido tan amable de atenderme y dejarme sola. Walter me sorprendió llorando en el salón. No preguntó, pero cuando le dije que quería irme, que odiaba a todo el mundo, que odiaba la vida en general, señaló el cuadro de Little Lake y me ofreció venir aquí. Me hizo reír. —Sonrió con cariño. —Es un hombre maravilloso.

—Sí que lo es —murmuró Edward. ¿Y si se casaba con él? ¿Podría pedirle ese favor a Walter? Sí, sabía que sí. Pese a todo, pese a que no estuviesen enamorados, Walter y Martha se querían. Se casaría con ella solo por ayudarla a salir de la situación, le daría su apellido a la criatura y cuidaría de su familia por siempre, no tenía duda alguna al respecto. —Se me ocurre que...

—No —repuso ella, firme, y no parpadeó cuando la vio con el ceño fruncido. —No me mires así. Sé que vas a sugerir que Walter y yo nos

casemos, y no lo voy a hacer, Eddie.

—Pero...

—He dicho que es un hombre maravilloso, pero debí decir «un amigo maravilloso». Dudo que fuera igual de bueno como marido, y no quiero arriesgarme a descubrir que no. —Edward no pudo seguir insistiendo. En eso tenía razón. Un mal matrimonio entre Walter y Martha destruiría a la familia. —Además, insisto en que soy perfectamente capaz de ocuparme de mis propios asuntos, gracias. Encontraré una solución.

—¿Seguro? Hay que buscar alguna salida, y cuanto antes. Pronto se empezará a... Bueno, a notar. —Los dos se removieron incómodos. —Da igual, Martha. Tienes que volver conmigo. Lo solucionaremos.

—Sabes lo que harán. Mamá insistirá en que lo mejor es enviarme al continente a tener a mi hijo y darlo en adopción. —Alzó los hombros, determinada. —No pienso permitirlo.

—Pero... es que es la única manera, cariño. ¿No lo entiendes? Sola, soltera, no podrás quedártelo, Marthy. No puedes enfrentarte a todo el escándalo que se desatará si lo intentas.

Ella frunció el ceño.

—Eso lo veremos. Me da igual todo el mundo. Me da igual mi propia vida. No voy a renunciar a conservarlo a mi lado.

—¡Te destrozará la vida! ¿Cómo vas a lograr casarte, habiendo sido madre soltera? ¿Cómo vas a afrontar todos los chismes que correrán por Londres? Y la pobre criatura... —Su rostro se ensombreció por los recuerdos. —Había un bastardo en Eton, hijo de un conde. No te gustaría para nada que te cuente cómo era cada uno de sus días. Y eso que él al menos estaba reconocido. No puedes desear eso para tu hijo, y al haber muerto Greylock sería algo peor.

Martha parpadeó conmovida.

—Por supuesto que no querría eso. Y sé que tú tratarías de apoyar a tu sobrino.

—Martha... En el caso de mi compañero, su padre trataba de apoyarlo en lo posible.

—Lo sé, lo sé. Pero no tienes por qué darle vueltas a esas cosas, no es necesario. No pienso volver a Londres.

—¿Qué dices? Eso es imposible.

—¿Por qué? No me gustan la ciudad ni la gente. No soporto la hipocresía, y aquello está lleno de hipócritas. Sé cómo me van a mirar, cómo me van a censurar por tener a mi hijo, y no puedo soportarlo. No quiero soportarlo. Los detesto. —Hubo algo definitivo en su tono, algo que le dejó claro a Edward que hablaba en serio. —Aquí he descubierto que soy feliz. Me gusta este lugar, y quiero estar así, sola. Sola por completo. — Justo entonces llamaron a la puerta. La señora Wilson entró sin más ceremonias, con una bandeja en la que llevaba el

té, emparedados y algunos dulces. Martha la miró de reojo. —O tanto como me sea posible.

Por supuesto, hubiera sido imposible dejar atrás a la señora Wilson, que había sido su niñera, su doncella y su amiga desde siempre. Una versión alternativa de la señora Tee de Walter, con la que, por cierto, congeniaba poco. Entre las dos mujeres, de edades similares, había demasiada competencia respecto a cómo debían hacerse las cosas en una casa. Y fuera de la casa. Y en todas partes. Por suerte, raramente tenían que coincidir.

Pero, volviendo al momento, Edward se dio cuenta de que, al margen de la señora Wilson, Martha no quería ver a nadie más. Ni siquiera a él, tuvo que aceptar con amargura. De no haberle contado Walter la situación, seguiría creyendo que su hermana estaba en Francia. Ella así lo había decidido.

—Si necesitan algo más, usen la campanilla, por favor —dijo la señora Wilson, volviendo hacia la puerta.

—Puede quedarse si lo desea, señora White —dijo Martha. —No estamos hablando de nada que usted no sepa.

—Lo sé, milady... señorita Brown —se corrigió al momento, con expresión de estar viviendo un infierno con aquella historia. —Pero es mejor que lo hablen a solas.

Salió, y Edward agitó la cabeza.

—Al menos, me tranquiliza saber que ella está aquí contigo. Y entiendo tu deseo de conservar a tu hijo, Marthy... Pero tienes que comprender que no puedes apartarte de todo sin más.

Ella asintió.

—Lo entiendo. De verdad que sí.

—¿Entonces?

Martha se encogió misteriosamente de hombros.

—Tengo planes.

—Pues ya va siendo hora de que me los cuentes.

—Todavía no —repuso, evasiva. —Es una decisión que requiere pensarlo bien.

—¿Y lo vas a pensar hasta tener al niño correteando por aquí? —le soltó, irritado. —¡Ah, no, que habrá detalles que delaten la situación mucho antes! Porque ¿quieres decirme qué harás cuando ya no puedas ocultarlo? ¿Cuando ya no puedas ni ir a misa los domingos, porque tu estado sea evidente?

—Si llegara a darse semejante situación, me quedaría aquí —replicó ella, indiferente. —Mi hijo y yo podremos sobrevivir plantando patatas en el jardín.

—Martha...

—Edward... —Se miraron mal y, esta vez, ella reculó un poquito. —Ya te digo que tengo planes. Desde que llegué, no he dejado de

estudiar posibles soluciones para mi situación, y hay una que me agrada especialmente. Incluso he dado ya ciertos pasos al respecto.

—¿Pasos? ¿Qué pasos?

—Es una decisión importante y necesito estar muy segura. No me presiones.

¿No presionarla? ¿Se había vuelto loca? Imposible. El tiempo corría en su contra.

—Como quieras. Pero ten clara una cosa, Marthy: o me los cuentas para el domingo, o te vienes a Londres conmigo.

No sabía qué iba a hacer si ella se le enfrentaba y se negaba a obedecer. ¿Amenazarla con contárselo a sus padres? ¿Maniobrar para que dejara de recibir la asignación o privarla de su dinero? ¿Atarla, amordazarla y meterla por la fuerza en el coche? Todo ello conduciría a una ruptura con ella, y no estaba dispuesto a tanto.

Vio en los ojos de su hermana que estaba valorando las mismas posibilidades, y que no la asustaba, pero lo entendía.

—El domingo, pues —aceptó. —Si para entonces no me he decidido, te diré cómo van las cosas, y lo hablamos.

—De acuerdo.

Sin más, cogió la tetera y empezó a servir su contenido con elegancia. Los años estudiando en la Escuela de Señoritas de lady Acton, en Minstrel Valley, habían dado buenos frutos, aunque Edward sospechaba que aquella forma tan… moderna de pensar, tan independiente, también se la habían inculcado allí, entre servicios de té y lecciones de baile. Las famosas «Damas Selectas» de las que se jactaban.

—¿Té, verdad? —preguntó su hermana.

—No, creo que no. Tengo el estómago revuelto de tanto traqueteo. —Y, a esas alturas, también le dolía la cabeza. Estaba cansado, pero tenía que estirar las piernas o no podría dormir bien esa noche. —Creo que voy a salir a dar un paseo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, tranquila, no me alejaré mucho. Toma el té. Ahora tienes que comer por dos. —La frase, tan manida, casi se le atascó en la garganta. ¡Qué infierno! Dudaba de que pudiera tomárselo a la ligera algún día, pero desde luego, no ese. Lo mejor que podía hacer era irse, cuanto antes. Se dirigió hacia la puerta. —Volveré para la cena.

—Muy bien.

Capítulo 6

Bienvenido de nuevo al campo, Sackville

Ya con el abrigo puesto, Edward salió de la casa. En el exterior, justo en medio de la escalinata del bonito porche, se detuvo un momento para contemplar el paisaje, y, a pesar de su ánimo apagado, no pudo por menos que aspirar con fuerza.

¡Qué bien olía aquel sitio! ¡Qué agradable! Ese era uno de los detalles que más le habían gustado cuando llegó por primera vez a Little Lake: su aire limpio y fragante. La parte mala era que, al volver, se le hacía más evidente que nunca que Londres apestaba, aunque sus habitantes se acostumbrasen al hedor y hasta llegasen a olvidarlo.

—Bienvenido de nuevo al campo, Sackville —se dijo en voz alta, mientras se colocaba bien el sombrero y se ajustaba los guantes, sujetando el bastón bajo el brazo. —Te recuerdo que, aunque es precioso y huele de maravilla, también resulta mortalmente aburrido a partir de la tercera hora. Es lo que tiene lo bucólico.

—¿Decía algo, milord?

Sorprendido, Edward miró hacia un lado, buscando el origen de la voz. Allí estaba la pequeña caballeriza de la casa, poco más que una caseta de perro en la que, si metían su coche, no podrían meter su caballo. Visto lo visto, el equino ganaba la posición, pero Tee, el ayuda de cámara reconvertido en cochero, un hombre alto, de rostro atractivo aunque algo severo y cuerpo atlético, iba a ocuparse de que el carruaje volviera sin mácula a Londres.

En esos momentos estaba de pie sobre su techo, cubriéndolo con unas mantas enormes, y Edward envidió la fuerza y el equilibrio con los que llevaba a cabo la tarea. Si solo hubiera sido eso… Pero la noche anterior, como siempre que pernoctaban en algún sitio, Tee y él jugaron al ajedrez, y rara era la ocasión en la que Edward conseguía vencerlo.

Un hombre muy inteligente, Tee. Muy astuto organizando celadas

por todo el tablero.

¿Podría ser…?

¡No, qué absurdo! ¿Tan desesperado estaba que hasta se planteaba la posibilidad de casar a su hermana con el ayuda de cámara de Walter? ¡Pues menuda solución! Sería cambiar un escándalo por otro. No solo necesitaba un marido para Martha: necesitaba uno conveniente. Y, de escoger un plebeyo, sería uno desconocido, al que poder dotar de un abolengo presentable al volver a Londres. No había nada que el dinero no pudiera comprar, ni siquiera un buen linaje.

—No, Tee, perdona. Hablaba conmigo mismo. —Alzó el bastón, en un gesto de despedida. —Voy a dar un paseo.

—Muy bien, milord. —El hombre se rascó la nuca. —¿Va a necesitar el coche? ¿Quiere que vaya a buscarlo más tarde a algún sitio?

—En absoluto. Iré y volveré andando, algo que espero poder hacer en los próximos días. Estoy anquilosado de tanto carruaje.

—En ese caso, si no me necesita, quizá me acerque hasta el pueblo, milord. La otra vez hice un par de amistades, veré si puedo encontrarlos para invitarlos a unas cervezas.

—Por supuesto. Habla con la señora Wilson, por si ella necesita alguna cosa, y luego puedes hacer como quieras. Solo te pido que seas discreto y no menciones nuestros nombres.

—No, milord, lo tengo muy en cuenta, disculpe. Puede confiar en mí.

—Gracias. Pues diviértete. Ya te digo que no creo que necesite el coche hasta la vuelta. Por suerte, aquí todo está muy cerca.

—Gracias, lord Sackville. ¡Espere un momento! —Saltó del vehículo con un movimiento ágil, fue hacia él y le recolocó el nudo de la corbata, además de sujetarle mejor el reloj que cruzaba su chaleco. Finalmente, con un pañuelo, sacudió los hombros del abrigo. —Debió llamarme para que lo atendiese antes de salir, milord.

—No te preocupes, no creo que me vea nadie. No me voy a alejar mucho, estoy cansado. Aunque quizá te suplique una revancha después de la cena.

Tee se echó a reír.

—Muy bien, milord.

Edward asintió y echó a andar con buen paso por el camino del bosque, muy consciente de cada uno de los sonidos que surgían de la densa espesura. Pájaros, insectos, el suave rumor de la brisa entre las ramas… Y, en pocos minutos, cuando ya perdió de vista la casa, nadie, ningún ser humano por ningún lado.

Así debía haber visto el mundo Adán, antes de la creación de la propia Eva. Y eso era lo que debía sentir Martha en sus paseos por allí. ¡Qué paz, cuánta armonía! Por eso le gustaba tanto el sitio.

Edward agitó la cabeza. Ojalá hubiera podido disfrutarlo de verdad,

pero le resultaba imposible. La noticia que le había dado Martha lo ensombrecía todo. Era, seguramente, lo peor que podía pasarle a una jovencita, y a su familia. Una enfermedad era algo enojoso y terrible, pero al menos no provocaba el rechazo social. Esto sí. Tenían que afrontarlo de un modo definitivo, para asegurarse de que no hubiera consecuencias, jamás.

Estaba tan sumido en sus pensamientos que el bosque se le terminó casi bruscamente, aunque el sendero seguía recto, atravesando unos bonitos prados que resplandecían en esos momentos bajo el sol de la tarde, para unirse al camino del norte. Pero, si no se equivocaba, Little Lake estaba más a su izquierda, más allá de la loma cubierta de hierba que ondulaba hacia el oeste.

Edward subió por la ladera de la colina. En su primera visita a Little Lake, había buscado el punto exacto desde el que el abuelo de Walter había pintado aquel cuadro que tenía en el salón, el que tanto le gustaba, y creía haberlo encontrado. Era allí, sin duda, estaba un poco delante, en la bajada.

Entonces, llegó a lo alto y se quedó petrificado...

En la bajada, sentada sobre la hierba a pocos metros, estaba la joven del óleo.

No, no era ella, no se trataba de lady Pamela. ¡Qué tontería, claro que no! El vestido era totalmente distinto, en corte, tejido y color; y el sombrero era de tela, y no de paja. Pero la postura resultaba casi idéntica, y también el aire grácil de su cuerpo, que armonizaba con la imagen del pueblo al fondo, con todo el paisaje envuelto en la luz de un atardecer que se estaba convirtiendo en crepúsculo.

Era como estar ante una versión distinta del cuadro, viendo a la misma joven en otro de sus muchos días tranquilos, vividos en Little Lake.

Antes de que la asesinaran...

—Maldición... —murmuró por lo bajo, luchando contra sí mismo, contra el deseo de contemplar su cara. ¿Cómo serían sus ojos? ¿Cómo, sus labios? Sabía que su hermana y él debían mantenerse alejados de los lugareños; cuanto más, mejor. No era fácil que alguien allí pudiera reconocerlos, pero lo más prudente era no dar pie a posibles problemas. Cualquier error podría delatarlos y, de descubrirse que la hija del marqués de Northway estaba allí escondida bajo nombre falso, los obligarían a dar muchas explicaciones.

Pero no pudo evitar el impulso. Avanzó hacia allí.

La muchacha —tendría unos veinte años— lo sintió llegar y se giró hacia él, lo que permitió que Edward contemplase por fin su rostro de rasgos dulces, finos, los grandes ojos azules y el hermoso cabello de rizos dorados.

«¡Qué joven tan bonita!», pensó, aunque sin sorpresa, con la absurda

sensación de que no podía ser de otro modo. ¿Acaso no era una figura llegada de otro tiempo, surgida de la magia de un cuadro de amor pintado hacía varias décadas?

Al principio, el gesto de la muchacha fue tranquilo. Por la ligera sonrisa, hubiese dicho que esperaba encontrar a alguien conocido, quizá a una amiga. Pero, al verlo, su expresión se llenó de alarma y empezó a incorporarse.

—No, por favor, no se asuste, se lo ruego —pidió él. No habían sido presentados y no quería comprometerla, pero le pareció tan encantadora que deseaba saber quién era, al menos su nombre. Adelantó una mano, como calmando a una gacela asustada a punto de echar a correr. —Por favor, espere un momento.

—Señor, esto no es apropiado —replicó ella, nerviosa.

—Lo sé, lo sé. Discúlpeme. Pero estamos solos, podríamos presentarnos nosotros mismos, aunque sea de una forma tan irregular, ¿no cree? Soy…

—Me consta quién es usted —lo cortó la muchacha. Eso lo sobresaltó. ¿Lo sabía? ¿Cómo era posible? ¿Acaso Walter se habría ido de la lengua en su correspondencia con su administrador? Empezaba a temerlo. —Es mejor que continúe su camino. Dirá que es el señor Black, y yo odio las mentiras, no las soporto. —La suave regañina logró algo que hubiese creído imposible hasta ese momento: que el conde de Sackville se ruborizase por haber sido pillado en falta. —¿Se dirige a ver a la señora Perkins? Se lo digo porque estará dormida ya, supongo. Le di la cena y la dejé acostada. Quizá fuera mejor que lo dejase para mañana.

—¿La señora Perkins? —¿Quién demonios sería? ¿Y por qué tendría que ir a verla?. —No, yo no voy a…

—¿No? —La censura de su expresión aumentó más todavía, de ser posible. —Pero recibió su carta y va a ir, ¿no?

—Yo… —Finalmente, rio, nervioso. No se había sentido así desde que la institutriz de Martha lo riñó tras descubrirlo en su dormitorio, mirando su ropa interior. Claro que, entonces, la situación se había resuelto de la manera más satisfactoria, con él y la institutriz en la cama, iniciando una larga aventura que duró todo el verano. Ahora era peor, con diferencia. Sospechaba que estaba lejos de poder retozar con aquella joven sobre la hierba. —Si le digo la verdad, no sé qué contestar. No sé quién…

—Oh. Ya entiendo. No ha venido a Little Lake por ella, sino solo por su… *amiga*. Le da igual lo inquieta que esté esa pobre anciana. Y debo añadir, señor, que no me sorprende algo así. Por lo que tengo entendido, su comportamiento es indigno de un caballero.

Edward tardó un segundo de más en replicar, ya por completo atónito.

—¿Perdone?

La muchacha podía parecer frágil, pero, desde luego, no lo era. Se le encaró con firmeza.

—No soy yo quien lo tiene que perdonar, sino la señorita Brown, si es que es capaz de encontrar la piedad suficiente en su corazón. Yo, en su caso, no lo vería posible. —Alzó la naricilla. —Claro que, yo, en su caso, ya le habría dado a usted un buen escarmiento a sombrillazos.

—No me diga. —Edward consideró la situación. Le irritaba aquella inesperada hostilidad, pero no pudo por menos que admirar su coraje. Además, había llamado a Martha «señorita Brown», por lo que dudaba que supiera que él era el conde de Sackville. Sintió un cierto alivio, aunque seguía sin tranquilizarse del todo. ¿Quién demonios pensaba que era? ¿Y qué sabría de aquel asunto?. —Creo que no tiene ni idea de lo que habla, señorita...

—Strade. Gladys Strade. Soy la hija del párroco de Saint George.

—¡Ah! Ahora entiendo lo del sermón. —Tuvo la satisfacción de verla enrojecer. —Supongo que aun así debo decir que estoy encantado de conocerla, señorita Strade, pese a que...

—¡Señorita Strade! —Se oyó, en el aire del atardecer, para disgusto de Edward. Y no solo por el hecho de que era peligroso conocer a más lugareños todavía. A qué negarlo: lo que más le molestó fue que interrumpieran su charla.

La joven y él se volvieron en dirección a la voz y vieron a un hombre que se acercaba por la subida desde el pueblo. El desconocido debía contar unos veinticinco años y era moreno, con un bigote poblado, apuntado en los extremos, y un cuerpo fornido y flexible. Tenía un caminar firme, incluso atlético, y llevaba una bolsa de médico, un cabás.

—¡Qué agradable sorpresa, señorita Strade! —añadió sonriente al alcanzarlos, y esta vez se notó que tenía un ligero acento escocés. —Hacía semanas que no la veía.

—Buenas tardes, doctor Doyle —replicó ella, devolviéndole una amplia sonrisa. Edward disimuló una mueca. ¿Quién era aquel individuo? ¿Y por qué tenían que mostrarse tan contentos de verse?. —Sí, he estado unos meses en York, en casa de mi tía, atendiéndola.

—Eso me dijeron las señoritas Holmes y Watson. —Su rostro adquirió una expresión de interés cortés. —Espero que la dama se mejorase.

—No mucho, pero como tampoco estuvo nunca realmente enferma, no es grave la cosa.

Ambos rieron y Edward sintió otra vez aquel disgusto. Estaba celoso, reconoció. Envidiaba aquella intimidad, aquella relación encantadora y sana que parecía unirlos como un lazo de intensa alegría. ¡Qué diferente de las amistades que tenía él en Londres, tan socavadas por

el alcohol, el juego, el sexo y el puro interés por quién era o qué podían conseguir de él!

Solo Walter se salvaba, y estaba en su misma situación, hastiado de todo.

Quizá notaron que le ocurría algo, porque tanto la señorita Strade como el doctor Doyle lo miraron intrigados, y se produjo un momento incómodo que el médico se encargó de romper al tenderle la mano, afable.

—Perdón, no nos conocemos. Soy el doctor Arthur Conan Doyle. Disculpen si he interrumpido su charla.

Edward estrechó su palma y abrió la boca para responder, pero la señorita Strade fue más rápida.

—No se preocupe, doctor Doyle, no era nada importante. —Ahí estaba, un nuevo varapalo para su amor propio. Qué mujer, no perdía ocasión. Estuvo a punto de fruncirle el ceño. —Pero supongo que es lo educado, así que le presento al baronet sir Walter Heatherfield.

—¿Qué? —¿De dónde habría sacado semejante idea ridícula? Los otros dos lo miraron desconcertados. —Me confunde con otro, señorita Strade. No niego mi amistad con sir Walter, pero él está en Londres. Yo soy... —Nunca había pensado un nombre de pila para su apellido falso, ni un lugar de origen para su personaje. Dijo lo primero que se le ocurrió, estrechando con fuerza la mano del médico antes de soltarla por fin. —Soy John Black, de Devonshire.

—John Black... —repitió ella, como si aquellas dos palabras le produjeran mal sabor. El doctor Doyle los miró con curiosidad, pero optó por ser discreto.

—Un placer, señor Black. —Sus pupilas inteligentes recorrieron cada detalle de su ropa, incluido el bastón con empuñadura de oro, antes de volver a fijarse en sus ojos. —¿Está de visita en el pueblo?

—Así es —respondió, cada vez más incómodo.

—Entonces, espero verlo pronto.

«Pues yo espero que nunca nos volvamos a encontrar, amigo», pensó él, sin decidirse por ninguna cortesía.

—¿Tiene otra vez pacientes en Little Lake? —preguntó ella, por suerte. El médico dejó de escudriñar a Edward y asintió.

—Sí, ya sabe que mi consulta funciona de un modo un tanto irregular —dijo, con sencillez. —Me temo que ahora mismo paso por otro pequeño bache y el bendito doctor Watson ha tenido la amabilidad de volver a compartir conmigo algunos casos del pueblo, de modo que vendré por aquí un par de veces por semana durante un tiempo.

—Lamento mucho que no le vayan bien las cosas, doctor.

—No se preocupe. No hay mal que por bien no venga, ahora tengo más tiempo libre. —Rio entre dientes. —¡Hasta he dispuesto de

margen suficiente para retomar mis escritos!

La señorita Strade sonrió, divertida por su optimismo.

—Lo sé. Sarah me ha hablado de sus relatos en sus cartas. Me decía que son estupendos, lo felicito.

—Gracias, aunque la señorita Holmes es demasiado amable conmigo. Supongo que tengo cierta habilidad para la ficción, como sabe ya había publicado en Escocia. —La muchacha asintió. —Si veo la cosa muy mal, quizá pueda salir adelante con alguna historia. Pero ¿qué puedo decir? Preferiría vivir de mi profesión, a ello me aplico.

—Verá cómo mejoran las cosas. Y, en todo caso, será muy grato verlo de nuevo por aquí, de un modo habitual.

—Gracias —titubeó, con aire repentinamente tímido. —Por cierto, el sábado jugamos un partido. ¿Por qué no viene con sus amigas? Así podrían acompañar a la señorita Hawkins. Se lo comenté, pero nadie de su familia puede escoltarla, y no le parece apropiado ir sola.

La señorita Strade asintió con una sonrisa sabia.

—Precisamente voy a estar con Touie mañana. No se preocupe, le propondré quedar el sábado para ir a verlo jugar. Será divertido.

Los ojos del doctor Doyle brillaron de forma inequívoca. «Ay, amigo», pensó Edward. Allí estaba un hombre enamorado. Qué feliz parecía. Hasta le dio envidia.

—Estupendo —dijo. —Cuento con ustedes, entonces. Al terminar, las invitaré a un refresco. ¡Aunque algún día deberé hacerles un homenaje mayor todavía! —Carraspeó, algo apurado. —He pensado poner sus apellidos a algunos de mis personajes. Espero que no lo consideren un atrevimiento.

La señorita Strade rio.

—Al contrario —aseguró, divertida. —Sé que hablo en nombre de todas al decirle que eso nos encantaría, señor Doyle. Avísenos para conseguir un ejemplar.

—Cuente con ello. —Volvió el rostro para sonreírle a él. —Anímese a venir también usted, señor Black. ¿Le gusta el fútbol?

—Eh... No soy muy aficionado, pero puedo disfrutar de un buen partido. ¿En qué equipo juega?

—Soy portero en el Portsmouth Association Football Club.

Edward jamás había oído hablar de semejante equipo, pero tampoco se había interesado mucho por ningún deporte ni por nada que quedase fuera de Londres, así que no era de extrañar. Y el domingo tenía previsto partir a primera hora de la mañana, no era cosa de irse a Portsmouth el sábado, seguro que hasta tarde.

En todo caso, asintió, cortés.

—No sé si seguiré en Little Lake para entonces, pero, de ser así, intentaré asistir. Gracias por su invitación.

—A usted. —Doyle empezó a alejarse y alzó un brazo como

despedida. —¡Los espero!

La señorita Strade y él se quedaron quietos, viéndolo alejarse. Luego giraron para mirarse el uno al otro.

—*John Black* —recalcó ella. Parecía una acusación. Edward alzó una ceja.

—¿Qué tiene de malo ese nombre?

—No sé. ¿Que es falso?

Bueno, sí, no podía negar que eso era algo bastante malo para cualquier nombre. Pero no tenía por qué admitirlo sin pelear.

—¿Cómo está tan segura?

—Lo leo en su rostro.

—Ja. ¡Por favor! No me conoce lo más mínimo.

—Es una suerte que tampoco desee conocerlo, señor.

La muchacha dio media vuelta para irse, y él se sintió incómodo. No estaba acostumbrado al desprecio, a que lo trataran así. Él era el niño mimado de Londres, el joven Sackville, apuesto como pocos y rico como casi ninguno. Todo el mundo trataba de ganarse su beneplácito. ¿Por qué no esa mujer?

Porque no sabía quién era, claro.

Menuda contrariedad. Pero, según lo pensó, se dio cuenta de que, en realidad, esa conclusión lo empeoraba todo, porque dejaba en evidencia que los otros solo lo alababan por su posición y su fortuna, o lo deseaban por su físico, pero no estaban interesados en él, en descubrir quién era realmente.

Por eso cargaba con aquella sensación de desagrado y de hastío de la que no había hablado con nadie, oculta tras la sonrisa.

La famosa sonrisa Sackville.

Su escudo…

—¡Espere! —llamó. La joven se detuvo y giró el rostro para mirarlo por encima del hombro, con gesto hosco. Edward luchó con lo conveniente y lo inconveniente, lo aconsejable y lo equivocado. Perdió, porque necesitaba desesperadamente sentirse cerca de alguien. Alguien real. Qué curioso que la primera persona que se lo parecía acabara de surgir de la ilusión de un cuadro—: Edward. Me llamo Edward.

La señorita Strade se dio la vuelta hacia él.

—¿Edward qué más?

«No seas loco», se dijo, con la sensación de caminar por arenas movedizas. Tenía que ser cauto. Pensar en Martha, en su situación vulnerable que no podía traicionar, lo ayudó a recuperar el control.

—Me temo… —Tragó saliva. —Me temo que con eso tendrá que servir.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo, señorita Strade. De verdad, no puedo. Le

ruego que lo dejemos en que me llamo Edward Black. No es mi verdadero apellido, lo admito —hizo un gesto ecuánime, —pero es el que he elegido para mi estancia en este lugar.

Ella lo miró durante tanto rato que pensó que no sería suficiente, que lo querría todo o nada. Pero quizá fue capaz de sentir la tormenta que estaba teniendo lugar en su interior, y se apiadó de él.

—¿Tiene usted… tiene relaciones amorosas con la señorita Brown? —preguntó la joven de pronto, con esfuerzo. Se ruborizó de tal forma que Edward no pudo por menos que sonreír, aunque no le gustó nada la pregunta.

—No del tipo que insinúa.

—¿Qué quiere decir?

—Exactamente lo que he dicho. Que amo de todo corazón a la señorita Brown, pero no de esa manera. —La señorita Strade pareció confusa. —Le diré qué me une a ella, si me jura, si me da su palabra de honor, de que no traicionará ese secreto.

La muchacha asintió.

—Lo juro —dijo, sin vacilación alguna. Y dibujó una cruz a la altura de su corazón.

—¿Y eso? —preguntó sorprendido.

—Lo he jurado sobre mi alma. —Sonrió, algo avergonzada. —Lo siento, es una costumbre que tengo con mis amigas, desde niñas.

—¿Y qué pasará si rompe el juramento?

—Que perderé mi alma. Escapará por aquí —volvió a tocar a la altura de su corazón— y se desvanecerá por siempre.

—Oh. No queremos que eso pase.

—No. Desde luego. Puede confiar en mí.

Edward suspiró. Ya había roto una de sus reglas diciéndole su nombre de pila. ¿De verdad iba a romper otra? No quería, no era prudente, pero ya había ido demasiado lejos y uno no podía luchar contra el destino, ni contra las necesidades de la naturaleza.

Y, ese día, bajo un nombre falso y frente a esa mujer que exigía la verdad, el verdadero Sackville estaba empezando a despertar de su profundo sueño.

—Es mi hermana —afirmó. —La señorita Brown es mi hermana.

—Oh. —Aquello sí que la tomó por sorpresa. Su expresión severa se suavizó como las aristas de un bloque de hielo junto a una chimenea, y sus ojos refulgieron. —¿De verdad? ¿Lo dice en serio?

—Por completo. No bromearía con algo así.

—Sí, perdone, le creo. Ahora que pienso en ello, hay cierto parecido entre ustedes. —Edward asintió. Tanto Martha como él habían heredado los ojos oscuros de su madre, y su llamativa belleza, aunque él los tenía azules, como su padre. —Entonces, la está ayudando.

—Eso intento, contra viento y marea. Pero es difícil, en su situación.

—Ya… —La señorita Strade se mordió el labio de un modo muy tentador, aunque seguro que ella no se dio cuenta del detalle. Edward sí. De hecho, notó que su cuerpo se enardecía de forma involuntaria. Por suerte, llevaba un abrigo amplio y la joven no llegaría a enterase de la incipiente erección que estaba desatando con el gesto. —Está bien. Y disculpe el modo en que lo he tratado.

—No se preocupe. —La miró con curiosidad. —¿Cómo es que me confundió con sir Walter? ¿Qué sabe usted de todo esto?

—Oh, nada, nada —replicó ella, apurada. —Fue un error que… da igual, no sé nada.

—Ahora es usted la que miente —acusó, y la joven se removió inquieta. —Creí que odiaba las mentiras.

La señorita Strade hizo una mueca.

—Y las odio. Mucho.

—Ha quedado claro. Y también que estaba indignada conmigo —le recordó. —Por lo tanto, algo sabe. ¿Qué es lo que le han dicho?

Ella apretó los labios. Seguro que estaba protegiendo a alguien.

—Dejémoslo en que pensaba que un hombre de cierta posición mantenía aquí oculta y abandonada a su amante, la pobre señorita Brown. La vi antes, tan triste… —Él no pudo por menos que estar de acuerdo. Martha estaba triste, y le agradeció de corazón a aquella joven desconocida que se preocupase por ella. —Y pensé que usted… bueno, que usted era el responsable.

—Sir Walter.

—Sí, bueno… Creí que era sir Walter Heatherfield.

—Y me iba a dar de sombrillazos.

Ella sonrió de un modo que pareció iluminar el incipiente anochecer.

—Ganas no me faltaban.

Edward le devolvió la sonrisa.

—Me encantaría invitarla a cenar en algún sitio, pero no puedo dejar sola a mi hermana la primera noche y…

—¡Cenar! —exclamó ella. Miró el cielo. —Debo irme, disculpe. Mis padres se preguntarán dónde me he metido.

—Oh. Por supuesto, por supuesto. No se preocupe. —La miró con fijeza. —Ha sido un placer. Incluso la parte de la regañina.

—También para mí. —Sonrió. —Incluso la parte de las mentiras.

Edward tuvo tiempo de hacerle un último gesto de saludo antes de que ella le diera la espalda y empezara a alejarse, corriendo ladera abajo. Pero solo pensar en no volver a verla se le hizo un nudo en el pecho.

—¿Le gustaría que nos viésemos mañana, aquí mismo, a las seis, por ejemplo? —le gritó Edward, antes de saber siquiera que iba a hablar. Una pregunta más, una de tantas que bullían por su mente:

«¿Qué demonios haces, Sackville?».

«¿Dónde tienes la cabeza, Sackville?».

«¡A quién se le ocurre, Sackville!». Vale, esa no era una pregunta, pero expresaba bien lo que sentía. Se estaba volviendo loco. Lo estaba arriesgando todo por unos bonitos ojos azules y aquella sensación absurda de renacimiento, de cambio y renovación que lo había envuelto mientras estaba a su lado.

Por suerte o por desgracia, la hermosa señorita Strade se detuvo y giró el rostro hacia él, con una curiosa expresión de anhelo. Asintió.

—Es posible, señor Black. Lo intentaré. —Sonrió, y él olvidó todas sus preguntas. Solo le importaba esa respuesta. —Me gustaría mucho.

Capítulo 7

Dos hombres dejaron sus huellas en el barro

—Le agradezco mucho que haya accedido a acompañarme, doctor Doyle.

—Es un placer, señorita Strade.

Gladys y el doctor Doyle ascendían por la ladera de la colina de la bruja, en dirección a la casa de la señora Perkins. Eran poco más de las ocho y media, y el sol ya brillaba con fuerza en un día que iba a resultar luminoso, de cielo despejado, aunque algo frío.

Ella estaba disfrutando del paseo. El médico, quizá no tanto, porque cargaba con una bolsa grande, llena de comidas que había preparado esa mañana la madre de Gladys, para llevárselas a la señora Perkins. Pesaba lo suyo, y Doyle se empeñaba en llevarla para que ella no tuviera que hacerlo. Qué hombre más amable. Ojalá encontrase uno así, pronto. Uno con el que reñir, como había dicho la señora Perkins.

La mente voló al señor Black, a la cita que tenía con él. Pero no, no podía hacerse ilusiones. Quizá ni fuera esa tarde. Se llevaría una decepción, pero también sería un alivio. Una preocupación menos.

Lo apartó de un manotazo de sus pensamientos. Ahora debía centrarse en el asunto de la señora Perkins. Gladys había transmitido a su padre la petición de confesión de la anciana y, tal como había supuesto, él dijo que se ocuparía. Se fue a primera hora a Portsmouth, a la reunión que tenía con uno de sus superiores —Gladys no sabía si con el obispo, —y prometió acercarse luego a la diócesis católica del lugar, establecida en la catedral de San Juan Evangelista, para solicitar que enviasen un sacerdote.

Pero, pese a eso, Gladys no había querido dejar de avisar a un médico, por si podía hacerse algo por ella, lo que fuera. El día anterior, al encontrarse con Doyle, había pensado decirle directamente, pero no le pareció correcto. La señora Perkins era paciente del doctor Watson, y había que intentar avisarle primero a él.

Sin embargo, para cuando llegó esa mañana a la consulta, el doctor Watson ya no estaba, porque lo habían llamado para una urgencia. Dada la situación, Helen había insistido en que se ocupase de ello el doctor Doyle, si lo deseaba, ya que sí se encontraba allí, revisando el informe médico de uno de sus nuevos pacientes.

Bien sabía Dios que la señora Perkins no estaba para muchas esperas. Y la había visto tan agitada el día anterior que pensaba que sería bueno que le echaran un vistazo.

En cuanto le explicó la situación, Doyle se ofreció a acompañarla. No lo desalentó en absoluto saber dónde vivía. Era un hombre muy corpulento, pero estaba en buena forma, gracias a todo el deporte que hacía, y lo cierto era que apenas jadeaba al llegar al punto en el que el día anterior había conocido a Edward Black.

Y allí estaba, el mismísimo señor Black, para secreta alegría de Gladys.

Edward Black, tal como había decidido llamarlo de momento, se encontraba de pie en la ladera de la suave colina, contemplando el paisaje, impecable en su traje caro, con su abrigo de excelente calidad, su bastón de empuñadura dorada y su sombrero de copa. ¿Quién era ese hombre, ese desconocido con nombre falso? No podía saberlo, pero por su forma de hablar y de comportarse debía provenir de una excelente familia. Quizá incluso fuera noble.

Aquella idea apagó un poco el entusiasmo que había sentido al verlo. Así que Edward Black, o era un canalla o era un noble, pero en todo caso seguía sin ser alguien adecuado para ella. Pues qué bien. Se preguntó si la vida iba a estar siempre poniendo obstáculos en su camino.

—Buenos días, señor Black —saludó el doctor Doyle, ajeno a sus pensamientos.

El otro sonrió. ¡Qué guapo estaba! Su bigote le gustaba mucho más que el de Doyle, tan grueso. El de Black era pequeño, lo suficiente como para hacerse notar, pero no para ser lo que más llamaba la atención en su rostro. Para eso ya estaban sus rasgos patricios, sus hermosos ojos de aquel azul nocturno y, sobre todo, su radiante sonrisa.

Aquello era lo que más le gustaba de él, el modo en que sonreía.

—Buenos días, doctor Doyle —replicó, dedicándole precisamente una totalmente arrebatadora, antes de inclinarse con elegancia. —Señorita Strade, qué afortunada casualidad. Está usted encantadora esta mañana.

Gladys se ruborizó y trató de mirar para otro lado.

—Gracias, señor Black.

Él pareció algo sorprendido, pero recuperó rápido el ánimo.

—¿Puedo saber adónde van tan temprano?

—Oh… A ver a una anciana, la señora Perkins —explicó el médico, al ver que ella no decía nada. —Queremos asegurarnos de que se encuentra bien.

—¿La señora Perkins? ¿La misma que escribió a sir Walter? —preguntó el señor Black a Gladys. Ella asintió. —Pues, si no les importa, voy a acompañarlos. Me gustaría mucho hablar con ella y desvelar ese misterio. Si lo que le quería pedir está en mi mano, quizá pueda serle de ayuda o, en su caso, puedo transmitirle su mensaje a sir Walter, cuando regrese a Londres.

—Por supuesto, venga si quiere —aceptó ella, disgustada porque el corazón no dejaba de brincar con alegría en su interior. ¡Qué tonto! ¿Es que no se daba cuenta de que aquello no tenía ningún futuro?. —Aunque no sé si su calzado será adecuado para el terreno —comentó, fijándose en los elegantes zapatos con grandes hebillas de oro. —Se le puede estropear.

—No se preocupe. Son de excelente factura, aguantarán lo que sea. ¡Escalarán una montaña, de ser necesario!

Montañas no había por la zona. Y, romperse, no se rompieron, pero apenas llevaban recorrida la mitad de la distancia que los separaba de la cabaña, cuando ya estaban cubiertos de barro, hasta tal punto que Gladys dudaba de que nunca pudieran volver a ser usados en los más elegantes salones de Londres. Además, habían perdido una de las hebillas. Cuando se dieron cuenta, ella propuso volver sobre sus pasos, buscándola, porque seguro que eran muy caras, pero él no le dio importancia.

Algo más que podía saber del señor Black, algo más que los situaba en extremos opuestos de la Creación, tan lejos el uno del otro que se sorprendía de que pudieran verse: debía ser tremendamente rico.

Gladys suspiró resignada.

—Allí es —dijo, alegrándose de poder pensar en otra cosa, mientras señalaba la casa pequeña y de aspecto humilde que se alzaba en lo alto de la colina, entre un grupo de árboles. —Seguro que no conocía el sitio, doctor Doyle.

—No. Nunca había subido aquí. —El médico se detuvo, se dio la vuelta y contempló el paisaje que se extendía a su alrededor: el pueblo, incrustado en su lago de aguas limpias, que en esos momentos reflejaba la luz del sol en mil destellos dorados; las casitas, en la isleta y en los alrededores, tan coquetas siempre, de aire tan romántico. Cuando habló, lo hizo casi con reverencia. —Esto es precioso.

—Sí que lo es —lo refrendó el señor Black, del mismo modo.

—Gracias —replicó ella, henchida de amor por su pueblo natal. Buscó con la mirada la casa parroquial. ¡Qué bonita era, con el gran roble a su lado! ¡Qué pena iba a darle tener que dejarla algún día!. —No hubiese querido nacer en ningún otro lugar. ¿Y usted? —le

preguntó al doctor Doyle, por temor a poner en un aprieto al señor Black. —¿Echa de menos Escocia?

—No demasiado, si le digo la verdad. Escocia es una tierra preciosa, pero demasiado fría. Prefiero el clima del sur.

—No puedo estar más de acuerdo —convino el señor Black.

—¿Conoce Escocia, amigo mío? —preguntó el médico. El otro asintió.

—Tenemos un cast... una casa en las tierras altas —se corrigió rápidamente. Un castillo. ¡Ja! Tenía un castillo en las tierras altas. Él parecía maldecirse por el desliz y Gladys hubiese querido arrancarse el moño a tirones. —Unos tíos. Lejanos. Ellos viven allí.

—Comprendo —replicó el doctor Doyle divertido. —Yo también tengo por allí unos tíos lejanos. Puede que seamos familia.

El señor Black lo miró con sorpresa y, por primera vez, dio la impresión de que aquellos dos hombres, tan distintos, podrían llegar a ser amigos. Ambos rieron mientras la seguían hacia la puerta de la cabaña. Gladys se fijó en que no salía humo por la chimenea. La señora Perkins no había tenido fuerzas o ganas de levantarse a encender un fuego y, aunque ya era primavera, seguía haciendo bastante frío.

Le calentaría un tazón de leche con pan desmigado y luego, una vez que la examinara el doctor Doyle, insistiría en prepararla para bajarla a la casa parroquial. Definitivamente, no podía seguir estando allí sola.

—La señora Perkins ha tenido visita —dijo entonces el médico, de pronto.

—¿Ah, sí? —le preguntó con sorpresa. —¿Y cómo lo sabe?

—Por esas huellas.

Señaló hacia la entrada. No había un sendero propiamente dicho hasta la casa. Lo hubo en tiempos, y se adivinaba a tramos, pero desde la muerte del señor Perkins nadie se había ocupado de limpiar de hierba su dibujo, y no era recorrido por la suficiente gente como para marcarlo de forma natural.

Por eso, ya prácticamente no se veía, y la vegetación solo clareaba en los alrededores de la casa: al pie de la propia puerta, en los alrededores del pozo, en la zona donde estaban los postes donde la señora Perkins colgaba la ropa...

Allí donde indicaba el doctor Doyle, justo en el último metro junto a la puerta, el barro mostraba varias marcas de calzado.

Gladys parpadeó.

—Es cierto... Parecen botas, ¿verdad?

—Sí —convino el señor Black, tan admirado como ella. —Por el tamaño, diría que son de hombre.

—Así es. —El doctor Doyle se tiró de un bigote, pensativo. —Dos

hombres.

—¿Dos? —Gladys lo miró asombrada. —¿Y cómo puede precisar tanto?

—Por pura suerte, mi querida amiga. —Soltó el bigote y señaló con un dedo. —Esa bota es de un pie derecho y tiene el tacón muy desgastado. Esa otra, sin embargo, es todo lo contrario, un tacón perfecto. Diría que se trata de calzado nuevo.

—Es verdad… —murmuró el señor Black. —Es fascinante, doctor Doyle.

Él rio.

—Se aprende mucho escribiendo historias de misterio, señor Black. Hace tiempo tengo en mente hacer algo con un protagonista detective, alguien que se dedique a analizar los detalles más nimios y sea capaz de deducir sus conclusiones con gran perspicacia. Un hombre inteligente y, precisamente por eso, muy atormentado… —Sus ojos se volvieron soñadores, como siempre que hablaba de sus historias y las vislumbraba en el fondo de su mente. Agitó la cabeza. —Pero todavía está todo muy nebuloso, no sé qué saldrá.

—Seguro que algo estupendo. —Gladys pasó por encima de las huellas, intentando no pisarlas, por si le importaba a Doyle, ya que las había descubierto, y tomó la manilla de la puerta. —Vamos, preguntemos a la señora Perkins quién la ha visitado. ¿Podría ser sir Walter? —preguntó al señor Black, al ocurrírsele la idea. —¿Habrá venido, en respuesta a esa carta?

Este negó con la cabeza.

—Imposible. Dejé a sir Walter en Londres, y con un buen catarro. No estaba en condiciones de ponerse en viaje. Y no me habló de ninguna carta. Si se la han enviado, no le ha llegado.

—Entiendo. ¡Señora Perkins! —llamó para avisarla. —¿Señora Perkins? Soy Gladys Strade, vengo con el doctor Doyle. Vamos a entrar.

Silencio. Suponiendo que se habría quedado dormida, Gladys abrió la puerta y dio un paso al frente. Casi todo el interior de la cabaña podía verse de un solo vistazo desde allí, excepto la parte del dormitorio, oculta tras un tabique que solo cerraba la mitad del espacio. Fue hacia allí, giró y vio que la mujer seguía en la cama, dormida.

—Señora Perkins —llamó con amabilidad, tocándole un hombro. Nada. No se movió. Estaba muy pálida. Gladys tuvo un mal presentimiento. —¡Señora Perkins!

—Déjeme ver, señorita Strade —dijo el doctor Doyle, que había dejado la cesta sobre la mesa de la cocina y seguro que ya sospechaba lo que pasaba. Buscó el pulso de la señora Perkins y comprobó su aliento y sus pupilas. Agitó la cabeza. —Lo siento, está muerta. De

hecho, diría que lleva unas cuantas horas muerta.

—Oh, no... —sollozó ella. De forma inconsciente vio que el señor Black la miraba apenado. Hasta intuyó que se contenía, para no abrazarla. —Pobre mujer. ¡Me lo dijo! Ya sentía que se le acercaba la muerte. Me pidió un sacerdote, para poder confesarse, y yo no fui lo bastante rápida. Debí pedirle a mi padre anoche que enviase un muchacho a Portsmouth, que era urgente...

—¿Confesarse? —preguntó confuso el señor Black.

—Era católica. Quería confesar sus culpas a un sacerdote y conseguir de ese modo el perdón de Dios. No sé si saben que los católicos lo creen posible...

—En mi caso, desde luego —asintió el médico, que seguía examinando el cuerpo de la señora Perkins. —Yo también nací en una familia católica y, para nosotros, la confesión es un sacramento. En todo caso, lo ocurrido no es culpa suya, señorita Strade. —Estaba palpando con cuidado la nariz del cadáver. —No lo sería en ningún caso, pero menos en estas circunstancias.

—¿A qué se refiere? —Él agitó la cabeza. —¿Qué ocurre?

Doyle agitó la cabeza.

—Debemos avisar a las autoridades. Aunque tendría que examinar el cuerpo con más detenimiento, yo diría que esta mujer ha sido asesinada.

—¿Qué? —exclamó Gladys.

—¿Asesinada? —repitió el señor Black, atónito.

—Eso estimo. Creo que la han asfixiado con la almohada. Han hecho tanta fuerza que el tabique nasal se rompió. No ha habido hemorragia, al menos externa. Posiblemente no se dieron cuenta.

—Oh, Dios mío... —Gladys los miraba horrorizada. —Pero... pero ¿quién iba a querer matar a la pobre señora Perkins? Vivía sola, no tenía nada... —Hizo un gesto a su alrededor. —Ni siquiera han intentado robar. Está todo como lo... —se interrumpió, los ojos fijos en la caja de la costura. Estaba en el aparador— dejé... No, espere. Aquí ha habido alguien. Precisamente ayer me riñó por cambiar de sitio su costurero y me hizo colocarlo en su lugar, allá arriba. Pero ahora está aquí. Y dudo mucho que ella tuviera fuerzas suficientes como para traer una banqueta, subir para bajarlo y llevarse otra vez el asiento. ¿Para qué?

Los tres miraron alrededor, contemplando la apariencia de normalidad. Gladys tuvo la sensación de estar en un escenario donde todo estaba dispuesto por una razón.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Black, dirigiéndose hacia las acuarelas de la pared.

—Pinturas. De su hija, Alice —explicó Gladys. —Murió hace muchos años. Estaba enferma. Del corazón, creo, pero no estoy segura.

—¿Vivían entonces en Bath?

—¿Eh? ¿Bath? No, no creo. Que yo sepa, la señora Perkins nunca salió de aquí. Creo recordar que me contó que su hija fue enviada a un pueblo costero cercano, a vivir con una tía.

—Puede ser. Pero esto es Bath.

—¿Está seguro?

—Por completo. Yo... Bueno, conozco bien Bath. Estos son los Parade Gardens, y esto, salones del Bath Assembly Rooms. Aquí está Gay Street. Es el número 40.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó intrigado el doctor Doyle.

—Está pintado. —Le mostró el dibujo. —Sobre la puerta.

—Ah... Bien visto, señor Black.

—En Gay Street vivió Jane Austen —aportó Gladys. —En el 27, creo recordar. —Los dos hombres la miraron, y se sintió avergonzada por el dato tan tonto. ¿Qué podría tener eso que ver con lo que estaba ocurriendo?. —Pero no tendrá ninguna relación, por supuesto.

—No creo, pero fue una gran escritora —replicó amablemente el doctor Doyle. —Merece formar parte de toda conversación, sin importar las razones.

—Estoy completamente de acuerdo. —Sonrió ella, agradecida. Qué hombre más encantador. No como el señor Black, que miraba alrededor, pensativo, sin hacerles mayor caso.

—Entonces —sugirió de pronto, —visto lo visto, podemos suponer que la mataron, registraron el lugar y luego trataron de disimular su presencia aquí.

—Eso pienso —asintió el doctor Doyle.

—¡Las huellas! —exclamó Gladys, y volvió hacia la puerta. Abrió y miró el barro. Seguían intactas. —Puede que sean de los asesinos. Y que indiquen que eran dos.

Doyle asintió.

—No lo sé. Pero es muy posible. Hay que llamar a la policía.

—Yo iré —se ofreció el señor Black. Dudó un momento y miró a Gladys. —Si me dice dónde está el puesto más cercano.

—En el centro del pueblo, en la plaza. No tiene pérdida, pero lo acompañaré. ¿Le parece bien, doctor? ¿No le importa quedarse aquí solo?

—En absoluto, mi querida amiga. —El doctor Doyle sonrió con tristeza. —Lamentablemente, la muerte y yo somos viejos enemigos. Mi profesión consiste en una lucha continua contra ella. Algún día me especializaré en algo que no me obligue a pasar tan malos momentos. Me haré oftalmólogo, seguramente.

Gladys asintió.

—Es una decisión sensata. —Se dirigió a la puerta. El señor Black llegó antes y se la abrió, cortés. —Volveremos lo antes posible.

Capítulo 8

El año pasado me pidió que me casase con él y le dije que no

Edward no podía dormir, de modo que había madrugado mucho —algo que hubiese sorprendido a todos en Londres, ya que no era dado a ver el amanecer más que cuando todavía no había llegado a acostarse, —había desayunado con Martha —que lo había observado silenciosa y divertida por encima de su taza de té— y había salido a dar un paseo.

Sus pasos lo llevaron de nuevo por el bosque y de nuevo al punto desde donde había sido pintado el cuadro, mientras en su mente se mezclaban las imágenes de la señorita Strade y de Martha, cada cual por sus propias circunstancias. Ojalá le hubiese estado permitido dedicar todos y cada uno de sus pensamientos a la hermosa Gladys, pero no era posible. De hecho, ese era un asunto menor, algo meramente galante, que hubiera debido ignorar por completo.

Lo que importaba de verdad, lo único en lo que debía centrar todo su ingenio era lo que iba a ocurrir con Martha.

Fueran cuales fuesen los planes de su hermana, Edward había decidido —tras muchas vueltas en la cama— que le convenía ir tomando posiciones y preparando la situación.

Para empezar, el niño debía ser legítimo. No había alternativas: a ojos de Londres debía haber nacido dentro de un matrimonio. Con lo cual, iban a tener que buscar alguien por puro compromiso, y cuanto antes, para llevar a cabo un matrimonio de conveniencia.

Otro punto era que, para evitar habladurías y posibles futuros chantajes, lo mejor sería descartar a todos los buenos partidos de Londres. Tendría que ser alguien de Little Lake, de Portsmouth o de los alrededores. Pena de que aquel médico, Doyle, estuviese tan enamorado de aquella amiga de la señorita Strade, porque hubiera sido un candidato perfecto.

Porque, a la vez, Edward deseaba que fuese alguien a quien Martha pudiera llegar a querer. Alguien afín a ella. No quería verla atrapada en un matrimonio infeliz, en el que cada día fuese una condena. Tenía razón con lo de Walter, si se casaban la haría llorar, y si la hacía llorar él tendría que pegarle. Mejor omitir esa alternativa en la línea de su historia.

Era preferible, con mucho, un médico escritor y deportista, que se esmeraba por salir adelante en su profesión. Estaba convencido de que Martha podría llegar a querer a alguien así. Pero tendrían que buscar a otro.

En cualquier caso, esos iban a ser los únicos requisitos que iba a exigir: que fuera de aspecto aceptable y que Martha sintiera que podría llegar a quererlo. El linaje, el dinero, daban igual, porque, fuera cual fuese el origen de su marido —comerciante, abogado, médico o lo que mejor le conviniese, —Martha volvería a la capital debidamente casada con un joven de buena posición, quizá un rico terrateniente… Sí, buena idea. El heredero de un linaje respetable, aunque modesto, de pequeños terratenientes en el sur, muy ajenos al barullo de la urbe.

No sería lo ideal, todos dirían que se había casado por debajo de sus posibilidades, pero al menos no habría escándalo.

Contarían que se habían conocido en una iglesia, a su vuelta de Francia, y que se habían enamorado de tal modo que no habían tenido más remedio que contraer matrimonio de inmediato. Un sacerdote lo había entendido así y había procedido a los trámites y la ceremonia.

Sus padres se disgustarían mucho, por supuesto, más que por la posición por el hecho de que se hubiera llevado a cabo de un modo tan precipitado, sin contar con ellos para la ceremonia, al menos. Pero saber la verdad los disgustaría todavía más, así que había que mantenerlos en la ignorancia. Definitivamente, más valía un mal matrimonio que un hijo estando soltera.

Todas esas cosas ocupaban su mente que apenas había descansado por la noche y, por eso, Edward estaba del peor de los humores esa mañana, peor aún que el del día anterior. Pero, entonces, por una de esas circunstancias mágicas que se daban en la vida, pese a que muchos pensasen que las casualidades no existían, se encontró con la señorita Strade y con aquel agradable médico escocés, el doctor Doyle.

Y, juntos, descubrieron un asesinato.

Lo lamentaba mucho por la pobre mujer, la anciana muerta, pese a que, de alguna forma, su expresión transmitía que había tenido muy mal carácter; pero no podía negar que aquello había conseguido apartarlo de sus propios problemas y había despertado en él una gran intriga. ¿De verdad la habían matado? ¿Allí, en aquel pueblecito encantador? Doyle parecía muy convencido, pero al fin y al cabo era

un médico que se dedicaba a escribir relatos de misterio, quizá había visto en el cuerpo lo que quería ver: los indicios de un crimen.

Mientras caminaba con Gladys hacia el pueblo, para alertar a la policía, no pudo por menos que agitar la cabeza. De tener Doyle razón, ya sería la segunda muerte provocada con la que se topaba en Little Lake. Para ser un lugar tan bucólico y agradable, estaba envuelto en unas sombras un tanto oscuras.

—Sir Walter me habló del asesinato de su abuela, lady Pamela —dijo, más que nada pensando en voz alta. La señorita Strade arqueó una ceja, sorprendida.

—Es una vieja historia de la localidad, sí.

—¿Sabe qué ocurrió?

—Claro, lo sabe todo el mundo, aunque no hay mucho que contar. Según se dice, el baronet de la época, sir Francis Heatherfield, fue a Londres a buscar una esposa adecuada a su dignidad y volvió con la hija pequeña de un conde, lady Pamela. Pese a haberse forjado por puro interés, durante un par de años debió ser un matrimonio feliz. Ya sabe, una pareja joven que se apreciaba y compartía la vida como... bueno, como a todos nos gustaría poder hacer, de encontrar a la persona adecuada.

Lo miró de reojo, y él a ella. «Como a todos nos gustaría poder hacer». Era curioso lo bien que le sonaba eso en aquel remoto lugar. Jamás hubiera pensado algo así estando en Londres, donde la música atronadora de las fiestas lo había arrastrado de un salón a otro, de una mujer a otra, entre risas desaforadas, alcohol y caricias tórridas, sin tener nunca la menor intención de detenerse en ninguna para concederle un segundo pensamiento.

Pero allí estaba, en el campo, en compañía de la sencilla señorita Strade, y no había música que le interesase más que el susurro del viento sobre la suave hierba de la colina, y en las ramas de los árboles.

—Entiendo —dijo. —Pero algo se torció.

—Sí, así es. Lady Pamela era una joven hermosa y alegre, pero, por lo que parece, de constitución enfermiza, algo que se agravó cuando tuvo su primer hijo, bueno, el que fue su único hijo.

—¿Estaba enferma? Vaya, lo lamento...

—En realidad, el padre de mi amiga Helen, el doctor Watson, dice que muchos médicos diagnosticaban tonterías a las damas para poder mantenerlas como pacientes y sacarles dinero de continuo. Algo que se extendía a venderles algún que otro supuesto tónico fortificante, como era el caso. —La joven puso los ojos en blanco de un modo muy cómico. —Pobre lady Pamela. Un médico de Londres y otro de Portsmouth se ocupaban de enviarle regularmente nuevas formulaciones de brebajes para mantenerla debidamente vigorosa. O algo así.

Edward ahogó una carcajada.
—Estoy seguro de que eso es cierto, entonces y ahora.
—Yo también. La cuestión es que, en un momento dado, llegó a Little Lake un médico joven y entusiasta, el doctor John Sinclair. Los más ancianos del pueblo, entre ellos mis abuelos, siempre han afirmado que era un hombre encantador, muy consagrado a su profesión, con grandes ideas para mejorar la vida de los lugareños. Una buena persona, en general, con altos valores morales y una vida ordenada. Alguien como el doctor Doyle, ya que estamos.
»Lady Pamela lo consultó, le explicó sus problemas de salud y él, tras examinarla, le restó importancia. Le recomendó ejercicio, una alimentación sana y que disfrutase de la vida. Pero como ella estaba acostumbrada a los brebajes e insistió en que le diera algo, el doctor Sinclair le recetó un tónico reconstituyente, pero cambió la fórmula y lo empezó a preparar él mismo, sin encargarlo en la botica. Al parecer, era algo que hacía con todos sus pacientes.
»No sé qué era, pero todos aseguran que, tras tomarlo, lady Pamela estaba más radiante y más activa que nunca. Más sana y feliz. Y, como no podía ser de otro modo en una historia de tragedia, el doctor Sinclair se enamoró de ella. —Negó con la cabeza. —No, decirlo así no hace justicia a lo que sentía. Se enamoró perdidamente de ella. Por completo, en cuerpo y alma.
—Salvando las distancias, puedo entenderlo.
—¿Cómo dice?
Edward rio, algo apurado.
—Me temo que siempre he estado enamorado de lady Pamela. Sir Walter tiene un cuadro en su casa, pintado por sir Francis. En él, la dama aparece de espaldas, no se le ve el rostro, pero aun así… es sublime. Resulta encantadora. —Apretó los labios, pensativo. —No sé… Siempre me he preguntado cómo sería.
—Hay un cuadro en Heatherfield House —dijo ella. —Era una mujer muy hermosa.
—Sir Walter me habló de ese cuadro, sí. —Se le ocurrió una idea. —Quizá pueda llevarme a verlo en algún momento.
—Oh, claro que sí. Lo haré encantada.
—Gracias. —Esa línea de conversación pareció terminar. Tras unos segundos de silencio, preguntó—: ¿Y qué ocurrió? Con lady Pamela.
—Un día, ella empezó a sentirse mal y, casi a continuación, murió. Se afirmó que había sido envenenada con arsénico, y que estaba en ese tónico. Se dijo que Sinclair había querido huir con lady Pamela, pero que ella no le correspondía, y jamás hubiese querido dejar a su esposo y su hijo. Lleno de rabia, puso arsénico en el tónico, para vengarse y matarla. Eso alegó la acusación, al menos. Él solo dijo que había empezado a beber, la infelicidad lo llevaba a estar borracho casi

de continuo, y que no estaba seguro de nada, excepto de que amaba a lady Pamela y jamás le hubiera hecho daño conscientemente. Estaba destrozado por lo ocurrido.

Algo en aquel patético alegato logró conmover a Edward. Pobre diablo. ¿Sería inocente? De serlo, qué terribles circunstancias haber perdido así a su amada y ser acusado ante un tribunal por ello.

—Pero lo condenaron.

—Sí. Me temo que se demostró que había encargado el arsénico en la botica. Alegó que tampoco lo recordaba, pero no sirvió de nada. De hecho, tanto olvido lo llevó a parecer mucho más sospechoso. Eso lo condenó.

Edward asintió.

—¿Cree usted que era inocente?

—No puedo saberlo. Pero sí que creo que no se investigó demasiado. En el deseo de cerrar cuanto antes el asunto, se juzgó a un hombre de forma muy precipitada.

Poco más hablaron mientras llegaban al pueblo, ambos pensando en la desdicha de aquel hombre enamorado. En Little Lake se dirigieron a la pequeña plaza. Junto al ayuntamiento estaba el edificio de la policía. Dentro, un joven agente de cabello negro y hombros anchos estaba apoyado en un mostrador, leyendo un periódico.

—Buenos días, Freddy —saludó la señorita Strade con repentina reserva.

—Gladys… —dijo él, sin mayor simpatía, tras echar un largo vistazo a ambos. —¿En qué puedo ayudarla?

—Hemos encontrado muerta a la señora Perkins, en su cabaña. —El agente arqueó una ceja. —El doctor Doyle se ha quedado con el cuerpo.

—Hum… No me sorprende. Era muy mayor. Pero no sé en qué puedo servirla yo. Imagino que la Asociación de Damas Caritativas y su padre se ocuparán del entierro.

—Sí, claro. Pero es que… El doctor Doyle cree que la han matado.

El llamado Freddy parpadeó.

—¿Es una broma?

—No. Sabe bien que no me gusta bromear con los temas serios.

Hubo algo, una tensión entre ellos, que no pasó desapercibida a Edward.

—Lo sé. Pero lo parece. ¿Qué pretende, que se inicie una investigación? ¿En base a qué? El doctor Doyle no deja de ser un medicucho que acaba de terminar sus estudios, apenas sabe por qué lado se coge un bisturí.

Ella entrecerró los ojos.

—Qué ofensivo y qué injusto. No voy a degradarme respondiendo a eso.

—Sí, ya sé que son ustedes buenos amigos. —Aquello sonó a acusación. Edward, que la tarde anterior había estado celoso de Doyle, comprendió en ese momento lo ridículo de semejante sospecha. —Y supongo que quiere darle algo de fama en el pueblo, a ver si al final consigue convencer a suficientes pacientes como para poder mantenerse comiendo al menos una vez al día.

—¡Freddy!

—Pero lo único cierto es que la señora Perkins era más pobre que las ratas y vieja como Matusalén, Gladys. Le ha llegado su hora, pues ya está. Los fondos públicos deberían reservarse para asuntos de verdad importantes, ¿no cree? Además, ¿quién podría querer matarla? Bueno, casi todo el pueblo, cuando se ponía a gritar y a insultar, que mal carácter no le faltaba. Pero, por suerte para todos, vivía sola allá en la colina, donde no molestaba a nadie...

—¿Me está diciendo que, como no era alguien relevante, o como ya era anciana, podía ser asesinada impunemente?

Él hizo una mueca, pillado en falta.

—Yo no he dicho eso, maldición.

—En realidad, sí lo ha... —intentó aportar Edward, pero se le adelantó Gladys.

—En realidad, sí lo ha dicho.

—No. He dicho que ni siquiera sabe si ha sido asesinada.

—Cierto también. Por eso hay que investigarlo.

—Oh, por todos los demonios. —Golpeó con la mano abierta el mostrador, estampando la palma sobre el dibujo de un político. —Siempre ha sido usted terca como una mula, Gladys Strade.

—Sobre todo cuando creo tener razón. Mi deber como ciudadana es venir a avisar de un posible delito, y a usted le corresponde la obligación de investigarlo. Voy a recalcarlo por si no le ha quedado claro, agente Dalton: *obligación*.

El otro ahogó una risa seca.

—Así que, ahora, además de saber cuándo hay indicios de delito, también sabe cuáles son los deberes de un policía. —Hizo un gesto de rendición. —¿Quiere mi puesto, señorita Strade?

—Quizá deberíamos hablar con su superior —sugirió Edward, con voz fría, harto de aquel majadero. El otro lo miró. Durante un momento, tuvo la desagradable impresión de que sabía quién era. Pero entonces dijo:

—¿Y usted es...?

Peor todavía. Aquello no era como presentarse a un lugareño con un nombre falso, estaba en una comisaría. ¿Cómo no se le había ocurrido pensarlo antes de entrar allí? Porque no estaba acostumbrado a tener que temerle a nada, claro. Y, en definitiva, tampoco era un asunto tan grave. Podía reconocer quién era y nadie volvería a molestarlo en todo

Little Lake.

Pero Martha… Miró el periódico que estaba leyendo el tal Freddy. Seguro que a más de uno se le ocurriría la forma de ganar un buen dinero con todo aquello: vender la historia a cualquier publicación de esas. Martha aparecería en los periódicos de Londres con la pregunta: «¿Por qué se esconde la hija del marqués de Northway?». No podía consentirlo.

—Solo un amigo —dijo. —Estaba con la señorita Strade y con el doctor Doyle cuando han encontrado el cuerpo. Pero si necesita más detalles, el señor Holmes y sir Walter Heatherfield responderán por mí. Dicho lo cual, avise a su superior, por favor, agente Dalton. Queremos hablar con él.

La amenaza estaba servida. Edward no había dicho su nombre pero sí había dejado caer que tenía buenos respaldos, y que él sí que sabía quién era él, para el caso de que hubiera que tomar represalias. Freddy afirmó la mandíbula, con un claro gesto de rabia, pero terminó bufando.

—Esperen aquí —ordenó, yendo hacia una de las puertas del fondo.

—Qué tipo más encantador —murmuró Edward. —Y parece enfadado con usted. ¿Acaso le dio de sombrillazos?

—Algo así —replicó la señorita Strade en el mismo tono, aunque sus ojos brillaron de risa por la broma. —El año pasado me pidió que me casase con él y le dije que no.

«Acabáramos», pensó él. Claro, de ahí tanta hostilidad. Había hombres que no sabían perder y el agente Freddy Dalton era uno de ellos.

—¿Y por qué le dijo que no?

Ella lo miró de reojo.

—Porque no lo quería.

Así, tan sencillo, tan simple y tan real. Sorprendido por una extraña emoción, Edward pensó cómo sería ser querido por la señorita Strade. Ser el objeto real de su interés, el destinatario de sus sonrisas, de sus miradas más tiernas. De sus caricias. Por todos los demonios… Notó que se excitaba, allí, en un maldito puesto de policía, en un pueblo remoto del sur de Hampshire. Si el agente Dalton volvía con intenciones de cachearlo, iba a descubrir que sí, que lord Sackville iba armado.

—Me alegra que no lo quisiera —soltó, antes de pensar en lo que estaba diciendo. Ella lo miró con sus ojos inmensos, pero no replicó nada. Edward buscó rápidamente algo más que añadir, algo que los acercara, que siguiera estrechando el vínculo. —¿Sigue en pie nuestra cita de esta tarde?

Ella lo miró como si estuviera secretamente divertida.

—Es posible, señor Black.

Capítulo 9

He pensado que podemos quedarnos otra semana

Viendo que llegaba el viernes y que Martha seguía sin intención de hacer o decir nada, Edward decidió concederle otra semana.

Se planteó que, al fin y al cabo, no tenía responsabilidades en la ciudad, que Little Lake era un lugar muy agradable y que el buen clima acompañaba. Además, estaba intrigado por lo que había ocurrido: la extraña muerte de la señora Perkins. Tras las reticencias del agente Dalton, el capitán Miles —cuya esposa hacía unas tartas deliciosas, como no había tardado en comprobar— se había mostrado interesado y bastante eficiente para ser un policía destinado a un pequeño pueblo sin demasiados recursos.

Al final, el forense de Portsmouth que se ocupó del asunto ratificó las sospechas del doctor Doyle. Se tomó buena nota del resto de las pruebas —las huellas de la entrada, básicamente, que indicaban dos posibles participantes en la fechoría— y se registró la cabaña, por si hubiera alguna otra pista que pudiera ayudar.

También, a propuesta de Edward, se acordó enviar un mensaje a Bath, para investigar en la zona si alguien llamada Alice Perkins se había alojado años atrás en la casa del 40 de Gay Street, o quizá en alguna otra. Y, de ser el caso, cómo había pagado los gastos. Quizá la señora Perkins tenía dinero y lo mantenía oculto, algo que descubrieron sus atacantes y fueron a buscarlo. La señorita Strade encontraba muy graciosa semejante teoría, dado el modo en que vivía la pobre mujer, pero tampoco era que hubiera muchas otras.

La policía se puso también en contacto con el señor Holmes, respecto a la carta que supuestamente había enviado la señora Perkins a sir Walter, por si acaso de ahí se pudiera llegar a deducir algo, pero, aunque él admitió estar al tanto de la existencia de dicho mensaje, se había ocupado de todo su secretario, Peter Walker, y tendrían que esperar a su regreso. El señor Walker había pedido unos días para ir a

visitar a su familia, dada la mala salud de su madre, y se lo esperaba en quince días como muy tarde.

Por todo eso, por aquel fascinante aura de misterio que tenía el asunto, Edward quería seguir un poco más de lo previsto en Little Lake. O eso se decía. Cualquier cosa antes de admitir ante sí mismo que el tiempo junto a la señorita Strade se le pasaba volando, que disfrutaba tanto de su ingenio como de sus conversaciones más profundas, de historia o de política, y que no quería que aquello se acabase cuando apenas había empezado.

Incluso, cuando más disfrutaba era cuando le hablaba de las pequeñas cosas de su vida.

—Helen quiere ser médico; y Sarah, escritora —le contó, por ejemplo, hablando de sus amigas. —Touie y yo, sin embargo, no aspiramos a nada tan ambicioso. Me temo que yo, sobre todo, soy alguien muy simple.

—¿Simple?

Se echó a reír, algo tímida.

—Y sosa. —¡Sosa! Edward la miró incrédulo, y a punto estuvo de lanzar una carcajada. No se le ocurría nadie menos soso que aquella mujer divertida y culta. —De sueños sencillos. Solo me preocupa ayudar en la labor de mis padres y hacer algo más felices a los que me rodean.

—¿Y eso le parece un sueño sencillo, señorita Strade? A mí me parece algo muy bello y tan complicado que no se me ocurre nada más ambicioso. Lamentablemente, el mundo está muy necesitado de ambiciones como esa. —La señorita Strade lo miró de un modo que casi le robó el aliento. —Créame: no tiene nada que envidiar a las de sus amigas.

Edward lo había dicho de corazón. Aquella mujer lo fascinaba. Cierto que lo primero que le había atraído de ella habían sido su belleza y su determinación, que hablaba de un fuerte temperamento, pero lo que más le sorprendió, y le llegó al alma, fue su bondad. Gladys Strade era la primera persona genuinamente buena que había conocido. Era lógico que la hubiese ido a encontrar fuera de su círculo londinense, en un lugar tan encantador como Little Lake.

Por todo eso que lo iba uniendo a ella, el sábado, mientras cenaba con Martha, le anunció su nueva decisión:

—He pensado que bien podemos quedarnos otra semana, Marthy. —Probó un bocado más del excelente asado de pescado que estaban cenando, antes de añadir—: Pero solo una.

—¿Quieres descubrir quién mató a esa mujer? —preguntó ella, algo divertida.

—Pues mira, no estaría mal. El que lo está deseando es el doctor Doyle. No he visto un médico al que le guste más la investigación

detectivesca. Dice que algún día va escribir unas historias con un detective, no sé... —Mejor reconducirse, porque, de otro modo, seguirían allí por siempre. —Pero no quiero que te duermas en los laureles, Martha. Sigo esperando que compartas conmigo tus supuestos planes, y más vale que sea cuanto antes. Te recuerdo que papá y mamá no tardarán en enterarse de todo esto, no puedes alargar mucho más la mentira de que te has ido a Francia...

—Sí que puedo —declaró ella, con tranquilidad.

—¿Ah, sí? —Edward arqueó una ceja, burlón. —¿Qué vas a hacer, seguir enviando cartas como si estuvieras allí? Eso no puede funcionar. Tarde o temprano, te descubrirán. Cometerás un error y te descubrirán.

—Yo no voy a escribir nada, no será necesario. ¿Recuerdas a mi doncella irlandesa, Anne Mary? ¡Pero qué pregunto! —añadió, algo ácida, llevándose una mano a la mejilla. —Claro que la conoces, intentaste seducirla las navidades pasadas.

Por la mente del desconcertado Edward pasó la imagen de una joven alta y pelirroja, con vibrantes ojos verdes. Sí que había intentado seducirla, sí. De hecho, le gustaba tanto que le hubiera puesto una buena casa en Londres, de haber aceptado ella. Pero no quiso. Tras lo ocurrido, Edward había llegado a sospechar que algún hombre había hecho ya un daño previo en aquel corazón.

Esa doncella tenía su propio Greylock. Y allí había aparecido él, para terminar de hacer daño.

—La recuerdo, sí —replicó, tratando de disimular con una mueca la vergüenza que sentía por aquel episodio. —¿A qué viene mencionarla?

—A que está en Francia ahora mismo. —Sonrió de oreja a oreja al ver su confusión. —Tiene previsto viajar por toda la Europa continental con mi nombre y con una doncella, siguiendo mis instrucciones. Lleva con ella varias cartas escritas ya, para ir enviando desde distintas localidades, aunque, como tiene la habilidad de imitar la letra de cualquiera, irá añadiendo otras, antes o después.

Edward no pudo por menos que mirarla con admiración.

—Has sido muy astuta, hermanita. Pero ya veremos si esa doncella tuya cumple bien con su trabajo.

—Se llama Anne Mary —le repitió Martha, molesta. —Y más que una doncella es una amiga. Antes de trabajar para mí fue maestra de escuela. Por eso tiene muy buena ortografía.

—Ya veo. Lo que no sabemos es de dónde le viene el saber imitar bien tu letra. De algún familiar falsificador ahora encarcelado con cadena perpetua, posiblemente. ¡Claro! ¡Por eso tenía que trabajar de doncella, pese a ser poseedora de semejantes virtudes!

—Te agradecería que no la difamases más. Me está haciendo un gran favor.

—Ah, perdona. Debe ser terrible para ella estar viajando lujosamente por Francia con cochero, lacayo y doncella, y diciendo a todo el mundo que es lady Martha Barrows. —Se detuvo bruscamente, con el tenedor a medio camino de su boca. —Espero, por el bien de todos, que pusieras algún límite a sus gastos.

—Pues no...

—Dios mío... ¡Martha!

—No te preocupes. Me enviará un informe cada tres meses, en eso quedamos. De modo que estará a punto de llegar el primero.

—Entonces, si de verdad llega tal documentación, sabremos si, una vez más, has decidido confiarlo todo a la persona equivocada. —El tono sonó tan desabrido como lo fue el comentario en sí. Ella lo miró dolida y Edward abandonó parte de su beligerancia. —Perdona, perdóname, Marthy. Estoy preocupado y de mal humor.

—Aunque no lo creas, yo también. Te entiendo.

—Ya. —Había perdido el apetito. Jugó con el tenedor un poco más y terminó dejándolo. —Espero que no tengamos que lamentarlo. Tendría poca gracia que nos llenase de deudas por ahí, gastando locamente en tu nombre, hasta el punto de que terminemos teniendo que vender Northway House para vivir en un tugurio de Whitechapel. —Miró alrededor. —O en un pueblecito remoto, lejos de toda civilización.

—Lo dudo. A mi lado, siempre fue muy prudente con el dinero. De verdad, confía en ella, ya que no confías en mí.

—Más te vale tener razón. Se me da fatal cosechar... cosechas.

Ella rio la broma.

—Qué tonto. No te imagino de campesino, Eddie.

—Ni yo. —Edward suspiró. —Todo esto es un maldito desastre.

—¡No es ningún desastre! —protestó su hermana. Se llevó una mano protectora al vientre. —¡Es lo que no acabas de entender, Eddie! ¡Al margen de lo que hiciera su padre, es una vida nueva y maravillosa, y yo la adoro!

Edward apretó los labios. Era inútil discutir ese punto. Él también iba a adorar a su sobrino. O sobrina. Imaginó una niñita hermosa y dulce, correteando entre risas por ese porche y arrojándose a sus brazos, y se le enterneció el corazón.

Pobre criatura. A qué mundo terrible iba a llegar.

El sábado no fue al fútbol a ver jugar al doctor Doyle. Lamentó mucho perdérselo, pero consideró que era muy arriesgado ir a la ciudad, donde podría haber más posibilidades de que alguien lo reconociese. Era un poco absurdo, estando tan lejos de Londres, pero cosas más extrañas habían pasado y no pensaba aventurarse.

Había quedado con la señorita Strade en que, de serle posible, acudiría a su cita donde siempre y a la hora de siempre, pero que no

era seguro, porque estaría con sus amigas y no sabía a ciencia cierta cuándo volverían de Portsmouth. Bien podía llegar a ocurrir que fuera tan tarde que ya se tuviera que ir directamente a casa, para cenar con sus padres, con lo cual se verían al día siguiente, el domingo.

¡No verla! Se había acostumbrado a su cita —en qué pocos días se habituaba uno a lo bueno— y se le hacía muy cuesta arriba aceptarlo. Edward lo había lamentado en secreto, y había pensado quedarse encerrado en el *cottage*, en su dormitorio, tumbado mirando con melancolía al techo y reflexionando sobre el miedo que le daba el estar empezando a sentirse de un modo tan extraño con aquella mujer. De uno que no podía controlar.

Pero finalmente se había preparado y había aprovechado el tiempo para dar un largo paseo por los alrededores del pueblo.

Había disfrutado contemplando cómo pasaba la tarde tranquila sobre los campos, en los que se habían movido campesinos, viajeros, pastores, rebaños de ovejas y un par de caballos. También le había agradado ver en la distancia, en la casa parroquial, a los que sin duda eran los padres de Gladys, el reverendo Strade y su esposa, paseando del brazo bajo el sol de ese bonito día. Se los veía tan felices...

A la hora estuvo en el lugar de la cita, y el corazón se le llenó de júbilo al verla llegar. Tenía las mejillas sonrosadas de la caminata hasta la ciudad, y unos mechones rebeldes escapaban de su recogido, por lo general impecable. ¡Estaba tan hermosa!

Edward alzó el bastón para llamar su atención y se alegró al comprobar que la expresión de la muchacha, grave y alicaída al principio, se iluminaba como el sol al verlo.

—¡Qué bien que esté aquí, señor Black! —dijo, alegre, al alcanzarlo. Él se quitó el sombrero y se lo llevó al corazón, para saludarla galante.

—Nada hubiese podido evitarlo, señorita Strade. —Hizo un gesto hacia su derecha. —¿Le gustaría dar un paseo? Así podría contarme cómo ha ido el día. ¿El doctor Doyle ganó su partido, tal como espero?

La muchacha se echó a reír.

—Sí, ganaron, y gracias a él, que paró tres goles. ¡Tres! ¡Fue de lo más emocionante! Claro que voy a contárselo todo, con pelos y señales.

Y él se sintió feliz.

Capítulo 10

Se ha desvelado un antiguo misterio

Gladys lo vio como siempre, esperándola en la distancia. Y, como siempre, la alegría se entremezcló con un destello de miedo. ¿Qué haría el día en que no estuviera más? Porque no le quedaba ninguna duda, aquel hombre no pertenecía a su ambiente, ni a Little Lake. Por más intentos que había hecho, probando a sacarle información, seguía sin revelar su auténtico apellido, por lo que no podía confiar demasiado en sus intenciones.

Y, sin embargo, allí estaba cada día, llenando su vida de destellos de pura felicidad, porque no podía llamar de otro modo a aquellos momentos únicos que estaban compartiendo.

¿Estaba enamorada? Sin duda. Enamorarse era algo repentino y mágico, pero fútil. No tenía la fuerza, la densidad del amor hecho a fuego lento, con tiempo, como el que compartían sus padres. Era más algo químico, como decía Helen. Algo que tenía una gran fuerza, pero que, con el tiempo, se iba disipando si no lo cuidabas lo suficiente.

Aun así, sin duda era una sensación maravillosa, y quiso darle algo para recordar, algo que sabía que había deseado. Lo organizó todo con Sarah y fue a su cita con Edward, vibrando de pura excitación.

—¡Me temo que hoy no podemos dar nuestro paseo! —le dijo, nada más llegar, y se alegró de ver la decepción en su rostro. ¡Oh, lo adoraba!

Iba a ser terrible cuando se fuera...

—Entiendo... —dijo él. —¿Está ocupada? Quizá pudiera acompañarla...

—No. Digo, sí. —Rio encantada al ver su confusión. —Venga conmigo, señor Black, voy a darle una sorpresa. Tenemos que cruzar hasta el otro lado del valle. —Miró alrededor. No se veía a nadie en la distancia. Aun así, le indicó una dirección, hacia los árboles más cercanos. —Pero mejor vamos por ahí. Le recuerdo que ninguno de los

dos deseamos que nos vean juntos demasiado a menudo. Podría dar lugar a deducciones incómodas.

—Así es, desde luego —admitió él, aunque por alguna razón su expresión se había ensombrecido. ¿Acaso hubiese preferido pasear con ella del brazo por el centro del pueblo? Qué absurdo... Gladys se riñó mentalmente. Tenía que recordarse de continuo que no podía permitirse semejantes ilusiones.

Caminaron juntos, charlando de mil cosas distintas, como hacían siempre, hasta que tuvieron a la vista la gran casa de piedra blanca construida en la ladera, entre los árboles.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó él, antes de deducirlo por sí mismo. —Espere... Es Heatherfield Manor.

—Así es —replicó ella, los ojos brillantes por la emoción. —Hablé con Sarah para que le pidiera la llave maestra a su padre. Así podremos entrar y enseñarle el cuadro de lady Pamela, e incluso su dormitorio. ¿Qué le parece, señor Black?

Él sonrió ampliamente, aunque algo le dijo que no estaba pensando en lady Pamela. Sus pupilas estaban clavadas en las de Gladys, y brillaban de aquel modo tan intenso que tenían a veces. ¡Por Dios, cómo la hacía sentir aquel hombre, sin razón alguna, puesto que pretender razonar con los sentimientos era siempre un sinsentido! Lo único que tenía claro era que deseaba besarlo, quería hacerlo, con todas sus fuerzas.

Quizá él se dio cuenta, porque el brillo no disminuyó, pero sí que cambió de sentido, y la sonrisa vaciló en sus labios.

Pasó un segundo, pasaron dos...

—¡Glad! —Se oyó, a lo lejos. Ambos reaccionaron al momento, mirando en la dirección de la voz. En una de las ventanas de la gran casa, una figura agitaba un brazo. —¡Hola!

—¡Hola! —exclamó Gladys, agitando también la mano. —Es Sarah... Sarah Holmes —le explicó a él.

—Ya... —Como dio la impresión de que quería añadir algo más, le concedió otro segundo, pero Edward se limitó a un gesto de desaliento que desbarató toda la alegría que acababa de sentir. Gladys trató de disimular su desencanto caminando con determinación hacia la casa y Edward la siguió.

Sarah estaba esperándolos junto a las grandes puertas, que estaban abiertas. Las dos amigas se sonrieron con cariño.

—Hola, Sarah.

—¡Hola! Buenas tardes, señor Black, soy Sarah Holmes —le dijo la muchacha a Edward, presentándose por su cuenta. Incluso le tendió la mano para estrechársela, en un gesto algo varonil. Gladys puso los ojos en blanco, pero no dijo nada. —Y ya sé que usted no es sir Walter, de lo cual me alegro.

—¿Eh? No, no soy sir Walter. —Las miró alternativamente. —¿De dónde salió semejante idea?

—Oh, de mí, me temo —reconoció Sarah. —Saqué unas conclusiones que se demostraron erróneas. —Edward arqueó una ceja. —No me lo tenga en cuenta, señor Black, siempre me veo obligada a manejar una parte ínfima de la información. ¡Es terrible! Pero venga, que le enseñaré la casa. Glad me ha dicho que quiere ver el retrato de lady Pamela, aunque, ya que estamos aquí, podemos verlo todo. Vengan.

Entró, rápida y pizpireta. Gladys intercambió una mirada con el señor Black.

—Así es Sarah —le dijo. Él no pudo por menos que sonreír.

—Me parece encantadora.

Ella le devolvió la sonrisa, aliviada. No se había dado cuenta de lo mucho que le importaba que Sarah le gustase, como quería que le gustase todo lo que implicaba su mundo.

—Me alegro. La quiero mucho. Venga, veamos la casa.

Heatherfield Manor era una mansión impresionante, aunque estuviera lejos de la grandeza de la Heatherfield House de Londres. Pero era elegante, bonita y muy luminosa. Sarah les explicó que llevaba cincuenta años vacía, desde el día en que, tras el juicio, el asunto de lady Pamela se dio por concluido, y sir Francis decidió que no podría seguir viviendo allí, percibiendo a cada momento su ausencia.

Nadie la habitaba; primero, por expreso deseo de sir Francis; y luego, por pura costumbre. La mantenían en perfectas condiciones unos guardeses, un matrimonio con tres hijos que vivían en una casita cercana y que iban cada día a atender sus necesidades.

Lo cierto era que hacían un buen trabajo. La casa estaba impecable, ya desde los jardines, cuidadosamente atendidos, la fachada o los tejados, que tenían un aspecto perfecto. Y el interior… De no ser por los lienzos que cubrían los muebles, por las ventanas cerradas y por la falta de cortinas, se hubiera pensado que estaba habitada en esos momentos, de tan limpios tenía suelos y ventanas, o lámparas.

La señorita Holmes había abierto algunas ventanas, para disponer de luz natural, y los condujo por las distintas habitaciones, explicándoles lo que sabía al respecto, aunque Gladys tuvo que morderse un par de veces la lengua cuando se daba cuenta de que mezclaba realidad con la fantasía de sus propios relatos de misterio.

Total, ¿qué más daba? El señor Black se iría y ya no volvería nunca a esa casa. No importaba si Sarah insertaba un poco de ficción en su historia.

Los llevó al despacho del baronet, donde, bien situado para ser contemplado desde detrás del escritorio, podía verse un cuadro de buenas dimensiones.

—Le presento a lady Pamela Heatherfield, señor Black —le dijo Sarah, con solemnidad, aunque fuera fingida. También añadió algo sobre que los dejaba solos, que iba a mirar algo, pero Gladys ya no le estaba haciendo caso.

Solo tenía ojos para Edward Black.

Y Edward Black solo tenía ojos para lady Pamela.

En el retrato podía verse una joven muy bella, de tez fina y gesto elegante, que miraba al espectador desde un pasillo de paredes de piedra cubiertas de hiedra. Al fondo, a su espalda, la estructura formaba un arco —quizá una ventana— abierto a un luminoso exterior, que lo inundaba todo de luz.

Lady Pamela llevaba el cabello suelto sobre los hombros, en una melena densa, de gruesos rizos oscuros, pero de tal modo que su rostro quedaba bien despejado. Sus ojos, grandes y claros, miraban al frente con fijeza y determinación, y sus labios no llegaban a sonreír, aunque tampoco resultaban severos.

Era como si estuviera decidiendo si decir algo o no.

—Es como si estuviera decidiendo si decir algo o no, ¿no cree? —preguntó de pronto el señor Black, sorprendiéndola.

—Eh... Sí, cierto. Así lo creo.

Él asintió.

—Así que así era lady Pamela —continuó, en un murmullo. —¡Por Dios, qué belleza! Esta fue la mujer que estuvo sentada en la ladera de la suave colina, contemplando el pueblo mientras su marido, a su espalda, la pintaba. —Tendió una mano al frente. —Tengo la impresión de que, si extiendo la mano, podría romper las barreras del tiempo y llegar a ella, tocarla, percibir su risa y la tersura y el calor de su piel.

—Veo que le gusta —replicó ella, en el mismo tono y sintiéndose terriblemente celosa.

—Mucho. Es bellísima. —Se volvió hacia ella. —Gracias. Se ha desvelado un antiguo misterio. El sueño de un chiquillo romántico.

Gladys se forzó a sonreír.

—¿Es como la imaginaba?

—Si le digo la verdad, no. —Gladys vio que sus pupilas se movían, se estaban deslizando por sus propios rizos. —Por alguna razón, pensaba que era rubia.

Ella parpadeó.

—¿Ah, sí? —Él asintió. —¿Y se siente decepcionado?

—En absoluto. Es solo un retrato. Prefiero lo real.

¡Qué alivio inmenso! Allí había estado compitiendo con un fantasma por el corazón de otro fantasma. Y, por poco que valiera todo aquello, por sus circunstancias, el hecho de haber salido ganadora, de sentir que el interés del señor Black se centraba por completo en ella, la

llenaba de felicidad. Se sonrieron.

De nuevo, allí estaba aquella atracción entre ellos, algo que hacía crepitar el aire, que les provocaba una agitación en el corazón. Vio que se inclinaba hacia ella, esta vez dispuesto a todo, decidido a besarla, y más cuando vio que Gladys no se apartaba, que estaba preparada para corresponder, que estaba preparada para tomar la iniciativa si finalmente él no lo hacía, y...

Entonces se oyó un fuerte golpe y el grito de la señorita Holmes.

—¡Sarah! —exclamó Gladys, apartando el rostro con el sobresalto. El beso del señor Black quedó flotando en el aire y se perdió en la nada. Seguro que si finalmente lady Pamela se decidía a sonreír, lo haría divertida.

Pero Gladys se olvidó de todo aquello, pensando en qué le habría pasado a su amiga. Salió corriendo del despacho, sin hacer caso de la maldición que llegó a oír antes de que los pasos del señor Black la siguieran de cerca.

—¡Sarah! ¡Sarah! —gritó. Nada, ninguna respuesta. ¿Se habría abierto la cabeza mientras fisgoneaba por ahí? Subió las escaleras más rápido de lo que lo había hecho nunca, procurando recoger el ruedo de su vestido, recorrió la zona mirando por cuanta puerta abierta encontró en el camino y se alarmó al ver a su amiga en el suelo. Cerca, tiradas por ahí, había un par de sombrereras y una caja de madera tallada, cuyo contenido se había desparramado por todas partes. Básicamente, eran papeles, aunque también había un pañuelo, lazos y flores secas. —Pero ¿qué...?

—Oh... —Sarah se incorporó, y Gladys estuvo a punto de desmayarse de alivio. Corrió hacia ella y la ayudó a levantarse. —No es nada, de verdad —protestó, pero se apretaba una mano contra la frente. Gladys logró ver que tenía la zona enrojecida.

—Te has dado un buen golpe, Sarah —replicó. —Tenemos que llevarte al médico.

—¿Qué dices? Ni hablar. El doctor Watson me reñirá y luego se lo contará a mi padre. Y él dirá que qué estaba haciendo aquí y me dará un coscorrón mayor.

El señor Black la miró asombrado.

—¿No le ha pedido la llave?

Sarah puso cara de circunstancias.

—No exactamente...

—¡Sarah! —exclamó Gladys, horrorizada.

—¡No he podido! ¡No estaba! ¡Desde que el señor Walker se tomó unos días, no hay manera de que se quede quieto en ninguna parte!

—¡Sarah! —volvió a exclamar Gladys, como si con eso solucionase algo. No se le ocurría qué otra cosa hacer.

—¿Qué? —Hizo un gesto hacia el señor Black. —Preguntarle solo era

una formalidad, a él se la hubiese dejado. Le llegó el otro día una carta del impresent... de sir Walter, diciendo que si el señor Black quería ver el cuadro, lo dejara entrar. Y que si no quería verlo, lo mandara a Londres, que él también tenía curiosidad por verle la cara a su abuela. Tal cual lo decía, ya ves. Así que yo me he limitado a cumplir instrucciones.

—Oh, Dios mío. Eres terrible.

—Bueno, no pasa nada —intentó contemporizar el señor Black. —Por suerte, sí que soy amigo de sir Walter, y no un astuto ladrón de arte. Lo importante es que le miren ese golpe. Creo que podemos confiar en que el doctor Watson tenga piedad de usted.

Gladys agitó la cabeza, dándose por vencida. Bien sabía que no tenía sentido reñir a Sarah, era como era. Y bendita fuese, su mayor virtud era que lo llenaba todo de alegría.

—¿Puedes levantarte? —le dijo a su amiga.

—Sí. Pero no quiero. —Sarah se rio, al ver la cara que le puso. —Es verdad, Glad, no quiero. Antes preferiría comprobar qué son esos papeles y por qué los tenía escondidos ahí, al fondo del armario, ocultos entre las malditas sombrereras. —Volvió a frotarse la frente, donde había una marca roja. —Al intentar moverlas, se me ha venido todo encima. Y la endemoniada caja de madera era bien recia.

—¿Y por qué quería mover las sombrereras? —le preguntó el señor Black, atónito.

—Oh, por si escondían algo, estaba registrando la habitación a fondo. ¡Y tenía razón, como puede ver!

—Eso no puede negarse, señorita Holmes. —Gladys lo vio echar un vistazo a su alrededor, y supuso las conclusiones a las que estaba llegando. El dormitorio en el que se encontraban era amplio y se percibía muy bonito, pese a tener todos los muebles amortajados con sábanas, y a que las contraventanas entrecerradas dejaban entrar poca luz. —¿Esta era la habitación de lady Pamela?

—Sí. Pensé que podía aprovechar para revisar un poco. Mi padre nunca me deja hacerlo cuando vengo con él. Y me parece absurdo, habría que mirar aquí, es la habitación de la víctima de un crimen.

—En realidad, tal como se cuenta la historia, no tendría mucho sentido —razonó el señor Black. —Lady Pamela era una mujer felizmente casada a la que asesinó un admirador frustrado. Por lo que entendí, encontraron arsénico en el tónico que le había mandado el médico. No necesitaban más pruebas.

—Cierto. Pero él afirmaba que se amaban, que se iban a ir juntos. ¿Qué sentido tendría asesinarla, entonces? ¿Y no habría que comprobar de algún modo si eso era verdad, antes de condenarlo?

El señor Black titubeó.

—Supongo que sí. No soy investigador, pero parece lógico. —Avanzó

hacia el montón de papeles, se acuclilló y los recogió. —Son cartas. —Giró una entre los dedos. Luego otra, y otra. —Parece que todas son de John Sinclair.

—¡El médico! —La señorita Holmes finalmente decidió levantarse, y lo hizo de un salto. Se acercó al señor Black y casi le arrancó una de las cartas. Leyó el nombre. —Y, díganme, ¿por qué guardaría ella sus cartas? ¿Eh? ¿Por qué?

—Porque estaba enamorada de él —susurró Gladys. Los otros dos la miraron. —Es la única razón que se me ocurre para conservar algo así.

—Cierto —estuvo de acuerdo el señor Black. Recogió con cuidado las flores secas y los lazos y los colocó de nuevo en la caja. —Y sospecho que esto son recuerdos de distintos momentos vividos.

—Exacto. —Sarah agitó la carta que tenía en la mano. —¿Y qué nos indica eso?

—Que había una relación entre ellos.

—Sí, bueno, claro. Pero ¿qué más? —Al ver que los otros dos la miraban desconcertados, bufó—: ¡Es tan elemental! Significa, señorita y caballero, que hay un pobre hombre en la cárcel desde hace cincuenta años, pagando por un crimen que quizá no cometió. Si es que no ha muerto aún el pobrecillo, claro. Y, más allá, significa que...

—Que hay un criminal que nunca fue condenado —completó el señor Black, pálido. —Un criminal que continúa libre y que puede ponerse nervioso si se descubriese esto. —Titubeó, al caer en la cuenta de algo. —O quizá ya lo está. Ha habido un crimen sin sentido recientemente, y que yo recuerde, la anciana quería confesar algo. ¿No dijo eso, señorita Strade?

—Sí, cierto. Habló de una gran culpa. Quería hablar con sir Walter y también que avisase a un párroco de su fe.

—Exacto. ¿Por qué iba a querer hablar con sir Walter, de no estar relacionado con su familia? —Hubo un momento de silencio profundo, mientras los tres pensaban en ello. —¿Saben si había alguna relación entre la señora Perkins y todo esto?

—No, la verdad... —reconoció Sarah.

—Yo sí —dijo Gladys, y sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral. —La señora Perkins trabajó de criada en casa del doctor Sinclair.

Capítulo 11

¡Menos mal que ha salvado el té!

Los días siguientes estuvieron supeditados a las sucesivas llamadas del capitán Miles, quien, sorprendido con el descubrimiento de aquellas cartas, había enviado aviso a Portsmouth y estaban a la espera de si se reabría o no una investigación. Edward tenía pocas esperanzas de lograr algo. No solo era un asunto muy antiguo, sino que pocos querrían reconocer que no se habían hecho las cosas debidamente en el pasado.

De lo que sí llegaron a enterarse fue de que John Sinclair seguía con vida. Estaba en la prisión de Kingston, en Portsmouth, donde había sido trasladado tras su construcción, en 1877. El hecho de que fuera médico le había dado la oportunidad de ayudar en la enfermería, lo que le había procurado siempre una situación más cómoda dentro del mundo de los presos. Era ya muy anciano, había cumplido los setenta y cinco años, pero conservaba una salud aceptable.

Edward estuvo valorando la idea de solicitar una entrevista. Sabía que, si se presentaba a las autoridades con su nombre, no tardarían en concederle el permiso. Pero eso implicaba delatarse ya definitivamente, algo a lo que todavía no se había decidido. Por eso, fue dejando pasar los días, disfrutando simplemente del momento.

Una tarde, la señorita Strade lo sorprendió al aparecer con una cesta de mimbre cubierta por un mantelito de cuadros. Retiró una de las esquinas y pudo ver que estaba llena de canapés, pastas, mantequilla y mermeladas, y unos frascos, el más grande lleno de té.

—Ya sé que ha tomado el té con su hermana, y yo con mis padres, pero pensé que podríamos tomarlo otra vez junto a la cascada —le dijo, con una sonrisa. —¡Si es que nos queda algo de hambre!

—¿Cascada?

Ella rio de aquella forma encantadora que le provocaba una vibración en el pecho. Ese ligero temblor que se empeñaba en ignorar.

—Venga conmigo.

Caminaron alrededor de diez minutos en dirección norte, atravesando lo más denso del bosque, mientras comentaban lo que habían hecho durante el día, desde que se separaron la noche anterior. Él, poca cosa, al margen de morderse la lengua para no discutir con Martha; ella apenas había parado un momento desde el lejano desayuno.

—Siempre hay mucho que hacer —le iba contando, mientras se movían entre la espesura. Él usaba el bastón para apartar ramas o zarzas que pudieran amenazarla en su avance. —Tenga en cuenta que, aparte de ensayar con el órgano, preparar los oficios, atender la casa y el huerto o ir al mercado, hemos de cocinar para los niños de la escuela, que acogemos cada día en nuestro comedor social.

—¿Eso hacen? —La miró sorprendido. —Podrían comer en sus casas, supongo.

—Sí, desde luego. Pero, de esta forma, sus padres pueden trabajar con libertad. Es bueno para todos.

—Pero serán muchas bocas.

—Así es. Aunque nos ayuda el Ayuntamiento, no crea, además de aportaciones de distintas personas de la localidad, y de una cantidad donada cada año por el baronet. —«¿En serio?», pensó Edward. Walter no le había hablado nunca de aquello. ¡Pequeño fanfarrón, siempre intentado parecer el más cínico e indiferente de todos!. —Por ejemplo, el señor Mallows, dueño de la lechería más grande de los alrededores, nos provee de leche, sin cobrarnos nada, bendito sea.

—Son grandes gestos, sí.

—Ya lo creo. Nosotros solos no podríamos afrontar todo lo que cuesta mantener algo así. Ahora mismo tenemos cuarenta y dos niños. Almuerzan con nosotros y también toman el té, antes de volver a sus hogares. Así, allí solo tienen que ocuparse de darles un desayuno y la cena. Fue una idea de mi padre —añadió, con aquel entusiasmo que arrancaba destellos de sus ojos azules.

Él sonrió.

—Lo admira usted mucho.

—Porque es alguien admirable. —Se notó el amor en su tono. —Y mi madre, no crea. Hace una labor social maravillosa también, pero es que ella, además, se esfuerza por conseguir patrocinadores. Dueños de almacenes, proveedores, granjeros... Cualquiera que pueda aportar para mantener a los niños bien alimentados. ¡Incluso nobles de los alrededores, señoras de la alta sociedad de Portsmouth y gentes con grandes fortunas! Y le aseguro que tratar con esas personas tan poco... —buscó la palabra— preocupadas por los demás requiere mucha mano izquierda y buenas dosis de diplomacia.

—¿En serio?

—Por completo. —Le lanzó una mirada de soslayo. —Me temo que los privilegiados del mundo no viven en nuestra propia realidad, ni sienten como nosotros.

Edward también la miró de reojo. No podía negar que por lo general era cierto, él mismo no había pensado en esos temas mientras iba de fiesta en fiesta por Londres, pero sospechaba que las palabras de la señorita Strade tenían ese día una segunda intención.

¿Acaso buscaba acicatearlo? Esa impresión daba.

En alguna que otra ocasión, la muchacha se había referido a Martha como «una dama muy elegante», insinuando que se daba perfecta cuenta de que su hermana tenía un cierto rango, que era una persona de calidad, educada en un ambiente muy selecto. Él no había dicho nada, como en ese momento, pero estaba claro que iba a insistir.

Sí, seguro que quería verlo saltar, defenderse y traicionarse, porque entonces tendría claro dónde debía catalogarlo.

Estaba tan concentrado en sus pensamientos que casi no reaccionó cuando ella tropezó y se tambaleó. Por suerte, actuó de un modo instintivo: soltó el bastón, la sujetó por la cintura y tomó la cesta justo a tiempo de evitar que se derramase el contenido. Con el movimiento brusco, perdió el sombrero.

Todavía en un equilibrio precario, se miraron, sus rostros muy cerca, más de lo que habían estado nunca. Edward era dolorosamente consciente de ello, porque su cuerpo había empezado a arder en el punto en que estaba en contacto con el de la joven, y se sintió envuelto por su aroma. Violetas. Ya lo sabía. Se había fijado la tarde en la que la conoció y aquel perfume lo perseguía incluso en sueños.

Quería besarla. Deseaba besarla. *Podía* besarla. Seguro que la señorita Strade no se negaría a ello, porque sus hermosos ojos azules mostraban una clara invitación, como el día en que fueron a Heatherfield Manor. Pero si lo hacía, si unía sus labios con los de esa mujer, quedaría definitivamente atado a ella. Edward lo sentía con tanta certeza, con tanta seguridad, como sentía el sol sobre su piel en esos momentos, o la suave brisa de la tarde jugando con su cabello.

Maldición. Si seguía por ese camino, nunca podría irse de Little Lake, porque demasiadas cosas lo iban encadenando a aquel sitio.

El momento pasó, y ella forcejeó ligeramente para soltarse.

—Gracias, señor Black. Qué torpeza la mía —musitó, en tono de disculpa. Y añadió, intentando bromear—: ¡Menos mal que ha salvado el té!

—No se preocupe, no ha sido nada. ¿Se encuentra bien?

—Sí, desde luego. Como bien dice, no ha sido nada. —El tono seguía siendo ligero, pero rehuyó sus pupilas. Dejó la cesta en sus manos y se arregló la ropa y la posición del sombrerito. También él recuperó el suyo y se lo encasquetó en la cabeza antes de buscar el bastón.

—¿Seguimos?
—Cuando quiera, por supuesto. —La muchacha fue a tomar la cesta, pero Edward la alejó de su alcance. —Si no le importa, yo la llevaré. —La movió con cuidado, para valorar el contenido. —Pesa lo suyo. Debió decírmelo.
—Soy una mujer fuerte.
—Y yo un caballero.
Ella sonrió apenas.
—Gracias.
Continuaron avanzando por el bosque, pero esta vez sumidos en un silencio que llegó a hacerse incómodo. Por primera vez en el tiempo que llevaban viéndose a diario, en el que habían charlado con soltura de toda clase de temas, Edward no sabía qué hacer. Se devanaba los sesos buscando algo que decir, lo que fuera que pudiera romper aquel hielo repentino que había surgido entre ambos. Pero todo le parecía superficial y dudaba de que la joven lo recibiera de buen grado.
La miró de reojo. El rostro de la señorita Strade carecía de expresión, mas estaba lleno de sombras. ¿Estaba molesta porque no la había besado? Juraría que sí. Molesta o turbada, no estaba seguro. Qué tonto, debería haberlo hecho. ¡No! Pero ¿se había vuelto loco? No podría hacer algo así, jamás...
Iba a irse de Little Lake. No podría dejarla así.
No podría dejarla rota...
—Es aquí —dijo entonces ella, y Edward salió del caos de sus pensamientos y dirigió las pupilas hacia el frente.
Se encontraban en un claro del bosque, presidido por una zona de peñas grises cubierta de zarzas y musgo, bastante alta, desde la que se precipitaba una cascada hasta una laguna de cosa de cinco metros de diámetro, rodeada de una explanada de hierba cubierta de margaritas. El sonido del agua resultaba relajante, musical.
Todo era color. Todo era quietud.
—Es precioso —susurró Edward, con una sensación casi reverente. Ella sonrió. Caminaron hasta la orilla. El agua parecía de cristal, limpia y transparente. Lamentó que todavía no hiciera bastante calor como para darse un baño.
La señorita Strade tendió la mano en dirección a la cesta y esta vez sí que se la entregó. La muchacha la dejó en el suelo, tomó el mantelito de cuadros y lo extendió sobre la hierba.
—La gente de Little Lake suele venir aquí en el buen tiempo, a tomar el té —le dijo. Se arrodilló a un lado del mantel y estiró bien la tela.
—Es un rincón muy agradable.
—Sí que lo es —convino ella, mientras le pedía con un gesto que se acomodase también. En lugar de colocarse donde le estaba indicando, justo al otro lado del mantel, Edward se dejó llevar por un impulso y

se sentó en uno de los ángulos cercanos a ella. La muchacha lo miró con algo de sorpresa, pero no dijo nada al respecto. Quizá pensaba que intentaba jugar con ella, ya que lo mismo se acercaba como tomaba distancia. Si terminaba por reprochárselo no podría culparla. Él mismo se estaba volviendo loco.

La señorita Strade fue sacando los paquetitos de canapés y pastas, los tarros de mermelada y la bandejita con la mantequilla y dispuso todo entre ellos con eficiencia. Casi sin dilación, sirvió el té en dos tacitas. Habría quien pensase que, en esa ceremonia, no alcanzaba la elegancia de las jóvenes de su entorno, entrenadas para hacer eso mismo desde el momento en que se disponían a ser presentadas en sociedad, pero en su opinión no tenía nada que envidiarles.

El líquido ambarino, muy aromático, se había conservado caliente en su nido de servilletas, y también la jarrita de leche que había estado al lado, aunque se había derramado parte con el pequeño accidente sufrido. Por suerte, él declinó cualquier añadido, el té le gustaba totalmente solo.

Bebieron un par de sorbos y luego ella lo miró, por encima de su taza, de un modo que le dio a entender que se había decidido a dar un paso importante.

—Su padre, ¿a qué se dedica, señor Black? —preguntó, casi provocando que se atragantase. —Si no le parece mal que le pregunte...

«A pasar el día buscando entretenimientos, como un buen marqués», pensó él. Pero, claro, no podía decirle eso, tanto porque no quería exponerse más como porque, de pronto, se sintió algo avergonzado. ¿Cómo comparar profesiones paternas cuando ella contaba con el amable párroco de Little Lake, que lo poco que tenía para sí lo daba con tanta generosidad?

Carraspeó, incómodo.

—Me resultaría difícil responder a eso, dado que quedamos en no mentirnos —dijo. Ella le lanzó una mirada intensa y asintió.

—Cierto. Solo que pensé que ya podríamos considerarnos lo suficientemente amigos como para compartir algunos secretos más.

—Dudo mucho de que usted tenga secretos, señorita Strade.

—No me subestime.

—No lo hago. Nunca lo haría. Lo sabe. —Sus pupilas se quedaron prendidas. Ella tardó un segundo de más en conseguir liberarse y las apartó inquieta. —No puedo contestarle, Gladys.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila. Ella se dio cuenta, y quizá hasta valoró la propuesta de paz, pero no le pareció suficiente.

—No me parece justo, Edward —replicó, sin embargo, aceptando ese ligero acercamiento. —Pasan los días y a cada momento usted me

conoce más y más, pero para mí sigue siendo un completo desconocido.

—Eso no es cierto. Ahora sabe que tomo el té solo, sin leche ni azúcar, y que prefiero los canapés de pepino a lo dulce. También sabe qué opino de muchos temas relacionados con la política o la historia —añadió, rápido, al ver que Gladys estaba frunciendo el ceño por sus bromas. —Qué pintores prefiero y la música que más me agrada. Todo eso son detalles que me conforman.

—Pero no son usted. No sé ni su apellido real. —Edward apretó los labios y ella negó con la cabeza. —A veces tengo la sensación de estar hablando con un fantasma.

—¿Un fantasma?

—En eso se convertirá usted en el futuro, estoy segura, porque un día desaparecerá de pronto, quizá incluso sin despedirse. Se irá con su hermana y ya no sabré más de ustedes.

Él se sorprendió por el dolor punzante que le provocó la idea.

—No, eso no ocurrirá.

—¿Y qué lo podría impedir? No me valora lo bastante como para dejarme entrar en su vida. —Hubo mucha amargura en aquel tono. —Estoy segura de que no lamentará demasiado dejarme atrás y olvidarme.

—Gladys... —Edward se inclinó sobre el mantel casi sin darse cuenta, y vio su mano sobre la de ella. ¿Cómo demonios había llegado hasta allí? No era nada apropiado. Pero, en lugar de retirarla, le oprimió los dedos con suavidad. —Créame que desearía no irme nunca. Desearía...

«¡Oh, al infierno!». Un ligero impulso más y sus labios se unieron. Ella no se apartó, aunque abrió los ojos como platos.

Edward había besado muchas bocas, pero en ese momento tuvo la impresión de estar descubriendo algo nuevo. Aquella, en concreto, sabía a brisa fresca, a té con limón, y era suave como ninguna otra. Su lengua acarició suavemente los labios de la muchacha, tanteando el camino con la habilidad de un experto, pero también con el miedo de alguien que se adentra en terreno desconocido y no sabe si todo lo que ha aprendido en el pasado le servirá de mucho.

La señorita Strade suspiró y él aprovechó ese mínimo espacio para abrirse paso a la busca de algo que no se atrevía ni a imaginar.

Calor. Deseo... El aire crepitaba entre ellos, a su alrededor...

La sintió gemir, y Edward se movió decidido para cogerla entre sus brazos y estrecharla contra su cuerpo, pero ella alzó una mano y la apoyó en su pecho.

—¿Quién es usted, señor Black?

—No puedo decírselo. Ahora no, al menos. —¿Y cuándo iba a ser eso? Nunca. Hacer algo así no tendría sentido jamás. Aquella

muchacha no formaba parte de su mundo. ¿Y qué demonios estaba haciendo, entonces? Empezó a apartarse. —Perdóneme... Perdóneme, Gladys, pero no puedo. Y por eso mismo, no debería comprometerla de este modo...

—No. —La misma mano que lo detuvo antes lo retuvo ahora. —Algún día, usted será ese fantasma en mis recuerdos, señor Black. Alguien borroso entre las sombras del pasado del que no podré contar gran cosa a nadie. —Se encogió ligeramente de hombros. —No importa, ¿sabe? Nunca esperé más, alguien como yo no puede aspirar a alguien como usted. Pero sí me gustaría guardar en mi corazón el calor de este beso y la luz de este día.

—Gladys... —susurró él. Pero no pudo añadir nada más porque esta vez fue ella la que unió sus labios. A diferencia del suyo, el beso de la señorita Strade no fue suave, ni siquiera al principio. De tener que aplicarle un adjetivo, Edward hubiese elegido «ardiente». Estaba lleno de vida, de calor y de unas emociones tan intensas que lo recorrieron por completo y lo excitaron como nunca había estado.

La enlazó por la cintura y la estrechó con fuerza. Sus manos cobraron vida propia mientras ascendían por su talle hasta cubrir sus pechos y acariciarlos. Empezó a tenderla sobre la hierba. Tenía que tomarla allí mismo, tenía que ser suya de inmediato. Tenía que...

Una sombra lo sacó de aquel embeleso.

Edward miró hacia allí y vio un grupo de dos mujeres y un hombre. ¡Freddy Dalton! El desconcierto dio paso rápidamente a la indignación, por el modo fijo, absolutamente descarado, con que les estaban observando. Al demonio con todos ellos. Se incorporó y les frunció el ceño, retándolos con la mirada.

Gladys, por su parte, también se percató del escrutinio y, al verlos, lo apartó de un empujón.

—¡Gladys Strade, no creo que a tu padre le agrade saber en qué empleas tu tiempo, y no dudes de que se va a enterar de inmediato! —exclamó la mujer mayor, llena de rabia. —¡Él y todo Little Lake! ¡Qué vergüenza!

La muchacha, su hija seguramente, la agarró por un brazo.

—Vamos, madre. Vayámonos de aquí. —Empezó a tirar de ella, de vuelta hacia el bosque, pero se detuvo un último momento, para llamar a Dalton, que no se había movido. —¿Freddy? ¡Freddy, ven!

Él la ignoró todavía un momento, los ojos fijos en la señorita Strade, con aire muy enojado. Luego les dio lentamente la espalda y se fue con sus dos acompañantes.

—Oh, Dios mío... —musitó Gladys, pálida. —Oh, Dios mío...

—Ignore a Dalton, está celoso. —Edward chasqueó la lengua contra los dientes. —¿Quiénes eran las mujeres?

—Su madre y su hermana.

Edward hizo una mueca.

—Pues vaya… Sepa que hizo bien rechazando a Dalton. Le aseguro que no es el hombre que le conviene.

—¿Cómo lo sabe? Apenas lo conoce.

Tenía razón, claro. Conocía poco al tal Dalton, y casi todos sus encuentros habían sido por cuestiones relacionadas con la investigación del crimen de la señora Perkins o los últimos hallazgos respecto al de lady Pamela. Pero nunca le había gustado nada en absoluto. Era por algo que había captado siempre en sus ojos, aunque no se veía capaz de concretarlo.

—Solo hay que fijarse en su mirada, Gladys —se limitó a decir.

—No sea injusto. Está enfadado.

—¿Enfadado? Que yo sepa, no tiene ningún derecho a estarlo.

—No, pero… ¡Oh, Dios mío! ¡Es el fin! ¡Les contarán a todos lo que han visto! —Se cubrió las mejillas ruborizadas con las manos. —¿Qué dirá mi padre?

La vio tan apurada que intentó tranquilizarla un poco.

—Pero, Gladys, esto no ha sido nada…

¡Qué mala elección de palabras! Se dio cuenta según surgían de su boca.

—¿No? —Lo miró con horror y se puso en pie, casi de un salto. —¿Nada? ¿De verdad?

—Perdone. No he querido decir eso —se apresuró a rectificar él, levantándose también. —Me refiero a que…

—Quizá para un hombre que no quiere revelar ni su nombre y que ha venido a saber de dónde, acostumbrado a una vida… *distinta*, esto no haya sido nada. Una fruslería romántica en un largo camino sembrado de conquistas olvidables. Disculpe si, para mí, nuestro beso ha supuesto todo un mundo.

«Y para mí», pensó él, aturdido. Besarla había significado tanto, tanto, que no sabía ni por dónde empezar. ¿Pero qué sentido tenía decírselo? Sobre todo cuando ni siquiera sabía si deseaba hacerlo. Debía afrontar aquel asunto con cabeza y sensatez, y la pregunta más importante de todas cuantas debía hacerse era: ¿sobreviviría aquel encanto natural de la señorita Gladys Strade a un cambio de ambiente a Londres, tan afectado y lleno de dobleces?

Porque no debía olvidar, ni por un momento, que él estaba destinado a ser el marqués de Northway, un hombre que podría estar más o menos ocioso en su día a día, pero que siempre se vería sujeto a exigencias y grandes responsabilidades frente a los suyos. ¿La hija de un triste párroco de pueblo estaría a la altura de tal compromiso? ¿Y podría soportar el desdén con el que la recibirían?

Sí, eso ocurriría, sin duda. La mirarían con curiosidad y los más osados le dejarían claro su profundo desprecio. Se diría por salones,

exposiciones y parques que el hermoso Sackville se había vuelto completamente loco. ¿Qué otra cosa podría justificar que hubiese elegido como esposa a una muchachita de campo sin una gota de sangre noble en sus venas? ¿Alguien que, en circunstancias normales, solo hubiese entrado en su casa de fregona o doncella, como mucho?

¿Creía que iban a ser crueles en el pequeño paraíso de Little Lake por lo que pudieran contar por ahí ese tal Dalton o sus mujeres? No, ella no sabía cómo era la auténtica presión social, la que te aplastaba con saña hasta convertirte en parte del barro que pisaban unos y otros.

—Señorita Strade, de verdad, no he querido molestarla —empezó, decidido a explicarse. —Al contrario, usted sabe que la aprecio sinceramente, que... bueno, que en otras circunstancias quizá hubiese llegado a plantearme con usted algo que, por desgracia, en nuestra situación no es posible.

Ella estaba tan pálida que parecía de cera.

—Cállese...

—No, no. Espere. —Alzó una mano para calmarla. —Debo seguir por el bien de ambos, porque tengo que disculparme por muchas cosas. Por no ser sincero con usted, para empezar. Por comprometerla sabiendo que no tenemos futuro, por... por crear día tras día unas ilusiones falsas para ambos...

Ella retrocedió, cada vez más espantada.

—Por favor. No quiero que siga.

—Total, para nada. O para dejar un fantasma en su pasado, como bien dice. —Ella parpadeó, inmensamente dolida, los ojos llenos de lágrimas. —Quizá estas reuniones han sido un error y nunca debieron empezar, pero no me sentía capaz de evitarlo, de parar, y... —De pronto, la muchacha dio media vuelta y salió corriendo. Edward apenas tuvo tiempo de hacer amago de seguirla. —¡Gladys! ¡Gladys!

No hizo caso y él no se vio con fuerzas para ir tras ella. ¿Para qué, para seguir estropeándolo todo, como un auténtico mentecato? Se quedó allí, clavado sobre la hierba, contemplando cómo la señorita Strade se alejaba hacia los árboles, ligera, veloz, más rápido de lo que hubiese creído posible, sin importarle dejar allí su chaqueta y la cesta con su contenido extendido.

Parecía tener prisa por convertirse en un fantasma en su propio pasado.

Capítulo 12

Menuda locura, Sackville

La señorita Strade no acudió a su siguiente cita, ni a las sucesivas, a lo largo de varios días. Edward fue al pueblo un par de veces, pero no la vio por ninguna parte, y no se atrevió a acercarse a la casa parroquial. Sobre todo cuando, en la taberna, oyó rumores sobre lo ocurrido en la cascada. A punto estuvo de partirles la cara a unos idiotas que se acercaron a preguntar a qué sabía la que denominaron «una de las tres flores doradas de Little Lake».

Pobre Gladys, qué infierno estaría viviendo. Edward se quedó en el *cottage* y trató de entretenerse cortando leña, jugando al ajedrez con Tee y discutiendo con Martha, pero cada noche, al quedar a oscuras, volvía a verla, alejándose hacia el bosque.

No podía ser. No podía vivir así.

El domingo por la mañana, nada más abrir los ojos en la cama, Edward tomó una decisión trascendental: iba a acompañar a Martha a la iglesia.

No se consideraba un hombre religioso, no había pisado una iglesia desde que era un crío, excepto para algún evento especial que no podía eludir, pero ese día quería estar allí. Quería demostrar a todos que no tenía nada que ocultar, y también ver la iglesia en la que había crecido Gladys Strade. Quería escuchar qué tenía que decir en el sermón ese padre que tanto admiraba y, sobre todo, quería oírla tocar el órgano y cantar sus canciones, como parte de sus deberes en el oficio religioso.

Llevaba días sin verla. Se moría por verla…

«Menuda locura, Sackville», se decía, pero no era capaz de contenerse.

Su presencia en el pueblo siempre provocaba reacciones, pero cuando lo vieron bajar del coche frente a la iglesia, levantó una expectación nunca vista en aquel lugar. Si la salvación de las almas de los habitantes del pueblo hubiese dependido de escuchar el sermón de ese día, todos se hubiesen perdido por siempre entre las llamas del

infierno.

Intentaron disimular, por supuesto, y aparentar que solo prestaban atención a sus cosas, pero nadie atendía a las palabras del reverendo Strade, y no hubo una sola cabeza que no girase más de una vez en su dirección.

¡El famoso señor Black, del que muchos decían que no era más que una invención de las chismosas! ¡Era real, allí estaba, había entrado en la iglesia del brazo de la señorita Brown como si nada, el muy pecador, cuando todo el mundo sabía que había robado la virtud de la hija del reverendo Strade! ¿Acaso iba por ahí seduciendo jovencitas? ¡Pero qué desfachatez!

¡Y no había estallado en llamas! ¿Cómo era posible?

Edward, más que acostumbrado a moverse en el teatro social, hizo caso omiso de todos aquellos reproches. Por lo demás, la ceremonia resultó más tolerable de lo que recordaba, incluso bonita, en una iglesia decorada con flores colocadas con muy buen gusto. El reverendo Strade tuvo comentarios más que acertados sobre la naturaleza humana, y el deber de todos de ayudarse unos a otros, y la música de Gladys sonaba maravillosa, reverberando entre los haces de luz que formaban las vidrieras.

Y su voz…

No era una voz admirable, no hubiera destacado en un teatro, pero era dulce y melodiosa, como la que hubiera podido imaginarse en un bosque mágico, un lugar de ensueño poblado por ninfas. Escuchándola, se le llenaron los ojos de lágrimas porque recordó la sonrisa Sackville y todo lo que ocultaba, y se dio cuenta de que las veces que había sonreído en Little Lake, lo había hecho de un modo muy distinto, uno que surgía del corazón.

Y lo había perdido. Lo estaba perdiendo todo porque no conseguía descubrir cómo conjugar sus dos mundos. Si continuaba así, terminaría destrozado.

Notó la mano de Martha en la suya. Apretaron sus dedos, dándose fuerza el uno al otro.

—Perdóname, Eddie —le susurró. —Hoy lo sabrás todo.

Su hermana debía haber pensado que estaba triste por ella, por su situación, y era cierto. Pero también estaba feliz, simplemente porque de pronto estaba rodeado de paz. «¿Paz?», se preguntó, recordando que en aquel lugar había un asesino. Miró alrededor, a los feligreses de Little Lake, sobre todo a los más ancianos. Tan normales, tan encantadores. Tan capaces de lo mejor y de lo peor.

Como todo ser humano, supuso.

Sus ojos se toparon con los de un hombre que lo estaba mirando. El agente Freddy Dalton estaba en una de las filas, con su madre y su hermana. Al verse descubierto, no apartó la vista de inmediato.

Primero le hizo saber cuánta hostilidad sentía por él, lo mucho que lo odiaba y lo mucho que debía temerlo.

Luego, sí, luego volvió la vista hacia el órgano, donde Gladys estaba concluyendo su canción. Edward apretó los labios y terminó por centrarse en el altar, donde el reverendo Strade, con los brazos en alto, acompañaba el canto con su voz de barítono.

Si Dalton quería guerra, la tendría. Vaya que sí. No estaba dispuesto a permitir que lo amenazaran y, desde luego, no estaba dispuesto a permitir que usara aquello para presionar a Gladys. O mucho se equivocaba, o lo haría. Jugaría la baza de salvador de la mujer caída para intentar casarse con ella y luego poder recordarle, todo el resto de su vida, que tuvo la osadía de empezar rechazándolo. Maldito cabrón...

A la salida, el párroco y su esposa se situaron junto a la puerta y fueron despidiendo a todos. Gladys también estaba allí, pero un poco apartada, hablando con sus amigas. Una era Sarah Holmes. La otra llevaba gafas, algo muy inusual en jovencitas casaderas, y supuso que debía ser Helen Watson, la hija del médico. La que también quería ser médico, de hecho, según le había contado Gladys. Se preguntó dónde estaría el doctor Doyle hasta que recordó que era católico y que, de seguro, asistiría al oficio religioso de su fe en Portsmouth.

—Señorita Brown, señor Black. Señora White —saludó el reverendo Strade, sin inmutarse. A su lado, su esposa les lanzó una mirada inteligente. No se creía ni uno de los tres apellidos, por supuesto.

—Reverendo Strade, ha sido un sermón precioso —le dijo Martha, amable. —Muy inspirador.

—Me alegra que le haya gustado. ¿Y a usted, señor Black?

—¿Eh? —preguntó él, que había estado intentando infructuosamente que Gladys le devolviera la mirada y se había despistado. —Sí, yo también lo creo... —Se dio cuenta enseguida de que había errado en la respuesta. —Perdón, estaba...

—No se preocupe.

—Entonces ¿nos veremos luego? —preguntó de pronto Martha, y eso sí que lo oyó. El reverendo y su esposa sonrieron.

—Por supuesto, querida —dijo la señora Strade. —Allí estaremos, puntuales. Y permita que le diga que no ha podido elegir mejor.

Martha sonrió.

—Gracias, señora Strade.

—¿Se puede saber qué andas organizando? —le preguntó Edward, ya en el coche, una vez se puso en marcha. Martha y la señora Wilson intercambiaron una mirada.

—Tú también deberás estar. Espero que no tuvieras ninguna cita. —Lo miró con intención. —Aunque últimamente no has vuelto a salir. Algo te habrá pasado.

Edward apretó los dientes. Sí, le había ocurrido, y allí estaba, perdiendo el tiempo. Se había arriesgado a ir a misa, ¿para qué? ¿Para oír el sermón? ¿Para que Dalton lo mirase con desprecio? No, no podía dejar así las cosas.

Sacó la cabeza por la ventanilla y la buscó, entre el grupo de parroquianos. Gladys estaba cerca de la entrada de la iglesia, enfilando hacia el camino mientras hablaba con sus amigas, pero se dio cuenta de su escrutinio y se ruborizó de una forma encantadora.

Edward golpeó el techo del coche y el vehículo se detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó Martha, sorprendida.

—Creo que he olvidado... mi pañuelo, en la iglesia. —Abrió la puerta, saltó fuera y se recompuso la capa que lucía ese día sobre el traje. Luego, se colocó bien el sombrero de copa. —Seguid sin mí, iré andando, quiero dar un paseo. ¡Sigue, Tee! —avisó al cochero, que asintió y reanudó camino.

—¿El pañ...? ¡Edward!

No hizo caso. Dio la espalda al coche y caminó de vuelta, cruzándose con otros feligreses. Siempre saludaba en respuesta, aunque apenas se centró en nadie. Tenía los ojos fijos en las tres muchachas que iban hacia él, dos cuchicheando y riendo y la otra con la cabeza baja por la timidez. Pasó por su lado saludándolas con una mano en el sombrero.

«Pero ¿qué hago?», se preguntó. «Además del ridículo, claro». No tenía sentido bajar del coche para luego no atreverse a hablar con ella. Pero hacerlo, allí en público, implicaba una contención que no podría asumir. Y más sabiendo que todos los que miraban se estaban preguntando cuántas veces habrían fornicado en el bosque.

Por suerte, siempre había sido bueno improvisando. Edward se detuvo en seco y se dio la vuelta.

—¡Señorita Strade! —llamó. Ella se detuvo, como sus amigas, que lo estudiaron divertidas. —Señorita Strade, ¿tiene un minuto?

—¿Sí, señor Black?

—Siento molestarla, pero ¿podría ayudarme, por favor? Mi hermana se ha dejado el... el pañuelo, en la iglesia, creemos.

—Oh, sí, claro. Entre y cójalo, señor Black. La casa de Dios es su casa.

«Muy graciosa», rabió él. Lo estaba haciendo sufrir, y no podía por menos de aceptar que algo de razón tenía. Pero era un hombre presa de sus pasiones.

—Eh... No sé si sabré... ¿Podría ayudarme? — La miró con intención. —¿Por favor?

—Está bien. Lo acompaño —claudicó ella. Se volvió hacia sus amigas para añadir. —Esperad un momento, ahora vuelvo.

—No hay prisa —dijo la señorita Holmes. La señorita Watson se limitó a asentir, algo apurada. ¿Y quería ser médico? Pobre niña. La

imaginó en Londres, intentando entrar con su maletín, su rostro dulce y sus gafitas en el territorio de caza de los grandes dragones médicos. Se la comerían sin darse ni cuenta de que tenían algo entre los dientes.

Y qué decir de los enfermos. O lo estaban de verdad, y tan desesperados que les daría lo mismo una cosa que otra, o se negarían a que una niña insensata jugara a ser médico con ellos. Poco importaría el hecho de que los veteranos hicieran sangrías y otras barbaridades. Una mujer siempre suscitaría desconfianza porque se presuponía que la mejor de ellas jamás estaría a la altura del peor de los hombres. Y si encima era una niña apocada, poco se podía esperar.

Quizá él pudiera ayudarla algún día, si se decidía a estudiar en serio para conseguir el título. Lo haría por Gladys, pero lo haría encantado. ¡Seguro que estaría feliz de ver a su amiga contenta! Disfrutó con la idea mientras la señorita Strade se reunía con él y luego caminaron juntos hacia la iglesia.

Por suerte, el reverendo y su esposa ya no estaban en la puerta. Hablaban con unos vecinos, comentando algo sobre uno de los grandes rosales que crecían cerca, y no los vieron pasar.

—¿Un pañuelo? —preguntó Gladys. —No lo veo...

Se dirigió hacia donde Martha y él habían estado sentados, en un extremo de la segunda fila de bancos. De modo que se había fijado. Eso le hizo sentir una satisfacción absurda. Comprobó que no había nadie más allí dentro y admitió:

—No hay tal pañuelo, discúlpeme. Tenía que avisarla de que hoy no sé cuándo podré llegar a nuestra cita. Ni siquiera sé si podré ir.

Ella lo miró impasible.

—Sabe que no pensaba ir, señor Black. Hace días que no voy.

Edward apretó el sombrero entre las manos.

—Pero ¿por qué? ¿No podemos ser amigos mientras esté aquí?

—¿Usted quiere ser mi amigo?

—¡Sí!

—Entonces, déjeme en paz. —Fue a salir, pero él la interceptó. —Señor Black...

—Por favor, Gladys, yo... Dígame que no quiere verme, y me iré.

Ella parpadeó.

—No quiero verlo.

Edward entrecerró los ojos.

—Creí que odiaba usted la mentira.

Ella lo miró con reproche.

—No haga que me arrepienta de haber venido. Da igual si quiero o no, lo que no quiero es lo que usted pretende ofrecerme. Y, antes de que siga, sepa usted que estamos en boca de todos. Reteniéndome aquí me está perjudicando más todavía.

—¡Estamos en una maldita iglesia!

—Cuide su lenguaje, por favor. —Agitó la cabeza. —¿Por qué ha venido? Ya estaba todo bastante caldeado. ¡Ha revolucionado a todo el pueblo!

«Porque no pude evitarlo», pensó él. Y había sido una buena decisión. Entrar en Saint George fue como entrar en el mundo de Gladys. Sereno, lleno de paz y de amor, casi sagrado.

—No debería reprocharme que quisiera llegar a Dios —replicó, con tono ligero. Ella agitó la cabeza.

—No se burle. Todo, todo lo que lo rodea, señor Black, son mentiras. La señorita Brown, para empezar. No entiendo por qué no dicen, sin más, que son hermanos.

—A estas alturas, le aseguro que no me importaría. Pero sería un poco complicado explicar lo de los apellidos.

—Sí, bueno… ¿Por qué montó todo ese lío?

—Fue cosa de mi hermana, que no pensó que fuera a venir yo. Se suponía que debía creer, como el resto de la familia, que estaba en Francia. Pero Walter, sir Walter, estaba preocupado por ella y consideró que debía ponerme al tanto de la situación. Y yo no esperaba… no esperaba estar aquí tanto tiempo. En mis planes iniciales no entraba ni siquiera el hecho de que me viera nadie por aquí, más allá del señor Holmes. Pensaba convencer a mi hermana, hacerla entrar en razón y volvernos de inmediato, sin más.

—¿Y por qué se ha quedado tanto tiempo? —Edward no contestó, se limitó a mirarla, y Gladys se ruborizó. No tardó en apartar la vista y cambiar de conversación. Ella carraspeó. —En fin, supongo que está todo dicho.

—Por todos los demonios, no se vaya —pidió, volviendo a interceptarla. —Me ha costado Dios y ayuda estar a solas con usted.

—¡Cómo le gusta burlarse de mí!

—Jamás haría tal cosa.

—Yo… —Se interrumpió cuando entró una mujer, la señora Strade. Pasó la vista de su hija hacia él.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó.

—No, madre. —Qué apurada parecía. Edward se sintió avergonzado de haberla puesto en esa situación. —El señor Black… La señorita Brown ha perdido el pañuelo. Mirábamos por si estaba aquí. Pero no es así.

—Lo habrá perdido en otro sitio —terció él, por ayudarla.

—Seguro que sí —convino la señora Strade. No parecía molesta, al contrario. Por alguna razón, Edward tuvo la impresión de que estaba divertida, y ligeramente preocupada. —Lo siento, señor Black. Espero que no fuera un recuerdo muy querido.

—No, en absoluto.

—De todos modos, si aparece por aquí o me lo traen, tenga por

seguro que se lo haré saber.

—Muchas gracias, señora Strade.

—De nada. —Sonrió. —¿Salimos? Debo cerrar la iglesia.

—Oh, sí, por supuesto. —Fue a obedecer, pero se detuvo. —Tengo entendido que hay muchos rumores, señora Strade, pero quiero que sepa que entre su hija y yo no ha ocurrido nada impropio.

La señora Strade lo estudió pensativa. Asintió.

—Lo sé, señor Black. Conozco a mi hija.

«Y, con eso, ¿qué te ha querido decir?», se preguntó Edward. Como no supo qué responder, asintió, se despidió con un gesto de ambas mujeres y salió de la iglesia.

Volvió andando al *cottage*, leyó un poco unas páginas que luego fue incapaz de recordar, almorzó con Martha y luego se echó una siesta en la que le gritaba a Gladys que la amaba, y ella se reía y se perdía entre los árboles.

Entonces lo despertó el sonido de carruajes acercándose por el estrecho camino del bosque.

Capítulo 13

Es una realidad terrible a la que seguramente estará acostumbrado

—Haz el favor de poner buena cara, Glad —le dijo su madre, sentada a su lado en el coche de su padre, un landó pequeño que aprovechaba para transportes de todo tipo.

Gladys suspiró.

—No quería venir. No quiero verlo, madre.

—Ssh, calla. —Hizo un gesto hacia su padre, sentado en el pescante. —Ya está bastante disgustado.

—Lo sé.

Desde lo ocurrido en la cascada, toda la maldita familia Dalton se estaba esmerando por convertir su vida en un auténtico infierno. Era la forma que tenían de vengarse por el rechazo a la propuesta matrimonial de Freddy. La señora Dalton en particular jamás se lo había perdonado, lo consideraba una afrenta hacia su precioso hijo, por eso se mostraba tan indignada y exigía que el párroco censurase desde el púlpito el comportamiento de su hija.

Por culpa de las habladurías que aquellos tres habían ido propagando, las gentes de Little Lake le reprochaban su comportamiento con miradas llenas de censura. No era raro que oyera susurros en el mercado, o que tropezase una y otra vez con conversaciones que, cuando se acercaba, se interrumpían bruscamente. Nunca le había pasado algo así. De sentirse siempre querida, había pasado a comprobar cómo era ser el objeto del desprecio común.

Los más conocidos la saludaban con frialdad, y aquellos con los que no había tenido tanto trato le daban directamente la espalda. Las únicas que siguieron a su lado, por completo incondicionales, fueron Helen, Sarah y Touie. ¡Benditas fueran!

No podía evitar sentirse avergonzada por todo aquello, pero sobre

todo estaba enfadada. Enfadada con los Dalton, por su vileza; enfadada con el pueblo, por condenarla de tal modo; enfadada consigo misma, por haber dado pie a semejante situación.

Enfadada con el señor Black, quien, en todos esos días, no había aparecido en la puerta de la casa parroquial con un ramo de flores. No había hincado una rodilla en tierra y no le había declarado su amor ante todos, retractándose de ese modo por todo lo dicho y hecho. ¡Qué tonta! Como si algo así fuera a ocurrir nunca.

No, estaba condenada a sufrir el desprecio a solas. A vivir sola, puesto que ya no recibiría fácilmente propuestas matrimoniales. Y tendría que hacerlo en casa ajena o quizá irse a Portsmouth, o a la capital, a buscar trabajo en una fábrica. Y nada de eso le hubiera importado de no ser por la pena que sentía al haber puesto también a sus padres en esa terrible situación. Daba igual todo el bien que hubiesen hecho, también ellos sufrieron desprecios y comentarios, y Gladys no podía sentirse más culpable.

Por suerte, su padre la llamó una mañana a su despacho, donde la invitó a una copita y escuchó sus explicaciones. Luego se limitó a abrazarla y a decirle:

—No te preocupes. Lo superaremos juntos, Glad. Y, algún día, hasta nos reiremos de lo ocurrido y daremos gracias a Dios por todo ello.

Gladys arqueó ambas cejas.

—La verdad, no sé cómo podría llegar a ocurrir algo así.

—Es normal, ahora estás muy afectada. Pero, si lo piensas bien, toda nueva experiencia, todo conocimiento debería hacernos felices, por dura que haya sido la lección. —Le pasó una mano por el pelo, como cuando era pequeña. —La vida tendría que ser siempre eso, un continuo aprender con alegría.

Ella lanzó un suspiro.

—Creo que me he enamorado, padre —murmuró, torturada por el intenso dolor que sentía en el pecho.

El reverendo Strade la miró con tristeza.

—Cariño, yo sé que te has enamorado. Lo sé sin atisbo de duda. Lo sabía antes, cuando te ibas a escondidas y llegabas tarde a la cena diciendo que dabas paseos sola y que te olvidabas del tiempo. Era evidente, Glad. Entonces tus ojos brillaban de ilusión, como brillan ahora por las lágrimas.

Ella tragó saliva, intentando contenerse.

—Es tan... difícil.

—Lo sé. —Le acarició una mejilla. —Es duro para un padre no poder ayudar a una hija que sufre, ojalá pudiera cambiar el mundo para hacerte muy feliz. Pero, tal y como están las cosas, solo puedo aconsejarte que disfrutes de ese sentimiento, cariño. Piensa que eres afortunada. El amor es una cuestión de oportunidad y suerte: te

aseguro que no todos llegan a sentirlo, y pasar por el mundo sin experimentarlo es como atravesar un desierto sin encontrarse jamás con la belleza de un oasis.

Aquella noche sí pudo llorar, y luego retomó su rutina, seria y taciturna. Procuraba no mirar a nadie a la cara, a excepción de sus amigas. Solo había transgredido esa norma esa misma mañana, en misa, y únicamente porque se sintió observada y giró el rostro de un modo automático, para encontrarse con la mirada del señor Black.

¿Qué había pasado por su mente para presentarse allí? Era lo que le faltaba. Y luego aquel ardid tonto del pañuelo. Aunque, a decir verdad, aquello le había provocado más ternura que otra cosa. Solo a él se le ocurriría algo tan tonto.

No podía soportar la idea de estar con él y ya no sentir aquella cercanía, aquella complicidad que había ido forjándose entre ellos, con el paso de los días.

—De verdad, mamá, no me necesitáis. ¿Por qué no dejas que me vaya?

—Porque nunca te he enseñado a esconderte, cariño. No debes hacerlo, no tienes por qué. Eres una mujer fuerte, Glad, y sabes enfrentarte a todo.

—No estés tan segura.

Dejaron de hablar al ver el *cottage*, con tres coches desconocidos en la puerta, todos muy elegantes. El reverendo detuvo su carrito, tan humilde en comparación, y ayudó a bajar a sus mujeres. Nada más llamar a la puerta, les abrieron.

—Bienvenido, reverendo Strade —dijo la señora White, con calidez, cediéndoles el paso. —Señora Strade, señorita Strade...

—Señora White... Bueno, perdone, señora Wilson. —Ambas mujeres sonrieron. Gladys parpadeó, tomando nota. Sus padres sabían los nombres auténticos de aquellas personas. Aunque, por lo que dijo a continuación su madre, ella al menos acababa de conocerlos. —Me va a resultar difícil cambiar la costumbre.

—No se preocupe. Poco a poco...

—Ese es siempre un buen consejo. —Su padre sonrió, mirando a su alrededor. —Esto está muy bonito.

—Gracias. Por favor, pasen al salón. Ya están todos esperando.

La siguieron hasta el lugar indicado, donde había un buen número de personas, todas de aspecto distinguido, muy distintas a la estampa que daban sus padres o ella misma, siempre pulcros y bien arreglados, pero también siempre humildes.

Solo conocía a tres de los allí reunidos. Aparte del señor Black y la señorita Brown, pudo ver a Henry Mallows, un propietario local. Tenía unas tierras al sur del pueblo, donde trabajaba algunos cultivos, aunque la mayor parte de sus ganancias le llegaban de la vaquería

familiar. No sabía cuántos años tenía, pero no tantos como indicaba su gesto, siempre adusto. ¿Unos treinta? Quizá ni eso. Claro que pocas alegrías había tenido en la vida, cuidando antes de sus padres, ambos enfermos desde muy jóvenes, y luego luchando a brazo partido por conseguir pagar las deudas originadas por sus tratamientos.

Mallows no acudía a misa —cuando, en cierta ocasión, el reverendo Strade lo visitó para preguntarle al respecto, dijo que no creía en Dios y que, de existir un ser así, no podría estar más enfadado con él, —pero siempre estaba para ayudar en casos de necesidad. Era uno de los proveedores del comedor social. Los niños tenían toda la leche que pudieran beber, totalmente gratis. Los Strade no podían estarle más agradecidos.

A las demás personas presentes, Gladys no las había visto nunca. La pareja de mediana edad debían ser gentes de importancia, a decir de sus ropas de viaje y los diamantes que adornaban los lóbulos de la oreja de la mujer, que por lo demás procuraba no ser ostentosa. Ambos tenían el cabello gris y la mirada directa. Además, su gesto era amable, a Gladys le cayeron simpáticos enseguida.

La mujer estaba sentada en el sofá, con la señorita Brown al lado, sujetando su mano.

¿Era la señorita Brown, seguro? Claro que sí. Pero en vez de un vestido sencillo como los que le había visto en esos meses, esa tarde llevaba uno de seda, de tonos rosas con detalles castaños, muy suaves, que combinaban bien con su piel pálida y su cabello del color de la corteza de los robles.

El hombre estaba en uno de los sillones, perfecto en su traje de viaje, con una pipa sujeta entre los dientes. Su cabello canoso estaba bien peinado, incluso las grandes patillas que adornaban sus mejillas. Cerca, de pie, estaba el señor Black, pálido y con expresión atormentada. Gladys se dio cuenta de que, tras un primer vistazo, rehuía su mirada. Qué mala señal...

Con él estaba otro hombre, también sumamente elegante. Un auténtico dandi, en su caso. Su cabello, de un rubio oscuro como el bronce, formaba unos rizos perfectos sobre la frente. Al ver que lo miraba desconcertada, y con una pizca de admiración, él le clavó unas pupilas calculadoras y arqueó una ceja. Apenas sonrió, pero el modo en que se fruncieron las comisuras de sus labios fue de lo más insinuante.

Gladys apartó la vista con un sobresalto, sabiendo que se encontraba ante un auténtico depredador, en cuestiones románticas.

—Pasen, por favor —pidió la señorita Brown. —Reverendo Strade, señora Strade, señorita Strade... Permitan que les presente a mi padre, el marqués de Northway. —Señaló al caballero de las patillas, que hizo un gesto cordial con la cabeza. —Mi madre, lady Beatrice. —

Entonces, su mano se dirigió hacia el señor Black. —A mi hermano ya lo conocen, es lord Edward Barrows, conde de Sackville.

—Lord Sackville... —saludó la señora Strade, con mirada inteligente. —No puedo decir que sea una sorpresa. Imaginaba algo así.

—Reverendo, señora... Gladys —terminó, y entonces, sí, entonces la miró a los ojos y ella fue consciente de la tormenta que se fraguaba tras sus pupilas. De las distancias, los abismos enormes que los separaban. —Lamento haberme presentado con una identidad falsa. Era prioritario que la situación de mi hermana no se hiciera *vox populi*.

Sus padres aseguraron que lo entendían, pero ella solo era capaz de mirarlo horrorizada, sintiendo que la sangre abandonaba su cuerpo. Si antes había tenido dudas sobre la posibilidad de su relación, allí habían quedado por completo confirmadas.

¡Un conde! ¡Un futuro marqués! «Qué ilusa has sido, Gladys Strade», le dijo una vocecita desde el fondo de su mente. «Qué tonta, tonta, tonta e ilusa...».

Ajena a la hecatombe que había provocado con sus palabras, la señorita Brown terminó de señalar al último caballero:

—Y él es el baronet sir Walter Heatherfield. El señor de estas tierras.

—¡Ha venido! —exclamó la señora Strade, encantada. Sir Walter sonrió.

—Sí, señora Strade. —Tenía una voz muy bonita, varonil, acorde con su aspecto. —Al final, aquí estoy. Dispuesto a romper las costumbres familiares, como siempre.

Lady Martha agitó la cabeza.

—Y, como ya sabe el reverendo —añadió, para concluir las presentaciones, —no sé si lo habrá compartido con ustedes, yo soy lady Martha Barrows, hija menor del marqués de Northway. —Sonrió a su madre y la miró a ella, quizá con intención. —Estoy encantada de poder conocerlas por fin.

—Lo mismo digo, milady —replicó la señora Strade. Hizo un gesto a su hija, que reaccionó por fin y realizó con ella una inclinación. —Mi marido ha sido muy reservado con todo esto. Pero como necesita nuestra ayuda para organizar la ceremonia, ha considerado oportuno traernos.

—¿Ceremonia? —preguntó el señor Black. Bueno, no, el conde de Sackville.

—Así es —fue lady Martha la que respondió. —Querías una solución, Eddie, y yo la he buscado. Voy a casarme.

—¿Casarte? —Pasó la vista de sir William a Mallows. Era un hombre inteligente. De no ser el novio en cuestión, Mallows no tendría nada que hacer en semejante reunión. —Te has vuelto loca. No tengo nada contra usted, señor Mallows. De hecho, opino que su vaquería es un negocio estupendo y bien llevado, lo he visto en mis paseos. —El otro

asintió como agradecimiento. —Además, la señorita Strade me ha contado que tiene un corazón generoso. Pero debe entender que todo eso no es suficiente. Mi hermana no lo conoce, no sabe nada de usted.

—No tienes ni idea. —Lady Martha le frunció el ceño. —*Tú* no lo conoces, yo sí. El señor Mallows y yo somos amigos. Él sabe que estoy encinta. —Todos los varones presentes hicieron alguna que otra mueca de espanto o incomodidad en respuesta a la palabra, excepto precisamente Mallows. —Formaremos un buen matrimonio de conveniencia.

—No será verdad —dijo lord Sackville.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no querías que me casase?

—Sí, claro que sí. Pero con... ¡con alguien conveniente!

—Con alguien elegido por ti, quieres decir.

—¡No! ¿Qué dices? No soy tan mezquino. —Hizo una mueca. —Aunque, ya que lo mencionas, sí, me hubiera gustado que, tras todos mis desvelos, hubieras tenido el detalle, el pequeño detalle, de comentarlo todo conmigo, antes de plantearlo ante todos como una decisión definitiva.

Ella lo miró reflexiva.

—Quizá, precisamente, quería distanciarme de ti. Quería... quería solucionarlo por mí misma. ¿No puedes entenderlo?

Lord Sackville titubeó.

—Claro que sí. Claro que sí, Marthy. Te conozco y sé que tomar tus propias decisiones es importante para ti. Pero pienso que te estás precipitando mucho. No es necesario que te sacrifiques así. ¿No lo entiendes? Quiero... lo que más quiero en este asunto es que seas feliz, pese a todo, me da igual lo demás, y eso pasa por una buena elección de marido. Es verdad que, estos días, yo he pensado en candidatos realmente... —Ahogó una risa seca al recordar algo. —Bueno, algunos inaceptables, de todo punto de vista.

—Espero que eso no vaya por mí —dijo sir Walter, con ligereza.

—No, amigo mío. Tú eras la única alternativa realmente válida.

—Y Martha sabe que puede contar conmigo —replicó el otro. —Supongo que no es necesario que lo diga.

Martha sonrió.

—Te quiero, Walter, lo sabes, y quiero seguir queriéndote.

—¿Y ese trabalenguas significa...?

—Que no eres la clase de hombre con la que yo quiera casarme. Ya que estamos siendo sinceros, no eres la clase de hombre con la que ninguna mujer quiera casarse, en realidad. Y yo no tengo tiempo ni me siento inclinada a mostrarte el camino.

Algo brilló en las pupilas de sir Walter.

—¿Sabes que a veces eres brutalmente sincera, querida?

—Ay, Walter. —Lady Martha se mostró arrepentida. —Perdóname.

De verdad que te quiero.
—Lo sé.
—Esto es un desastre. Yo quería un matrimonio para ti, pero uno con posibilidades de felicidad. Pero ¿dónde queda el amor en este acuerdo vuestro? ¿Dónde la complicidad de los gustos compartidos? —Lord Sackville hizo un gesto hacia el señor Mallows. —A mi hermana le apasionan los filósofos griegos, señor Mallows. Los historiadores romanos. ¿Y a usted? —Mallows, efectivamente, se había ruborizado. Gladys no lo conocía lo bastante como para asegurar nada, pero dudaba de que supiera siquiera leer. Quizá, firmar con su nombre... Pero poco más. —Perdone, pero lo dudo mucho.
—Bueno, si vamos a eso, yo la verdad... mucha pasión por los romanos, no tengo —adujo sir Walter, arqueando una ceja.
—Pero la conoces de toda la vida, la quieres ya, y te quiere, pese a sus reticencias porque eres un juerguista. —El otro hizo un gesto de circunstancias. —Sin embargo, con él... —añadió, de nuevo centrado en su hermana. —No tenéis nada en común, Marthy, nada, y dudo que pueda surgir la chispa del amor en ese matrimonio. Y yo siempre buscaba algo, esa conexión, para dejar abiertas las puertas de que pudieras llegar a sentirlo.
Lady Martha lo miró con fijeza.
—El amor no está en ningún lado, por supuesto. Ni siquiera he pensado en él. El amor estuvo, y me dejó destrozada. No quiero volver a saber nada de...
—¡No! ¡Ahí está el problema! Eso lo dices ahora, porque estás dolida y rota. Pero dentro de cinco años, de diez, serás una mujer joven y hermosa y te lamentarás por no sentir en tu corazón el calor de esa chispa, por no verte absolutamente envuelta, arrebatada por su brillo cegador. O, peor, por notarlo, pero verte atada por siempre a un hombre que no te hace sentir nada. Como le ocurrió a lady Pamela.
—¿Eso pasó? —preguntó sorprendido sir Walter. —¿Su matrimonio con sir Francis no era feliz?
—Por la correspondencia encontrada, cartas de John Sinclair y alguna de ella sin terminar, se sabe que no. Cuando llegaron, eran bastante felices, pero no estaba enamorada. Fue algo que supo luego, cuando realmente se enamoró, cuando surgió en su corazón una pasión más que inoportuna que posiblemente desencadenó toda la tragedia. No quiero eso para Martha.
—No te imaginé nunca tan romántico, Sackville —afirmó sir Walter. Agitó la cabeza. —¿Qué te ha pasado en Little Lake? Te veo cambiado.
—Han pasado muchas cosas. —Gladys sintió que la miraba de reojo, con disimulo. —Pero no es de mí de quien hay que hablar hoy. —Al ver que su hermana seguía terca, se volvió hacia los marqueses. —Padre, madre, ¿lo vais a permitir sin saber siquiera quién es este

hombre?

Su padre arqueó una ceja.

—Hijo mío, yo ya solo puedo confiar en que hagáis buen uso de lo que os enseñamos tu madre y yo. Pero ya que está aquí el reverendo Strade, puede darnos referencias.

—Yo preferiría que fuese al continente —admitió la marquesa, con ojos tristes. —Lo digo con todo el dolor de mi corazón, pero precisamente por intentar preservar ese futuro feliz del que hablas. A mí, ahora mismo, solo me importa que Martha pueda tener una vida plena, sin cargas... inaceptables. O sin compromisos arriesgados para poder sobrellevarlas.

—Madre, no —replicó, rotunda, Martha. —Tú no lo hubieses hecho, nunca.

—No. Nunca. Lo que no significa que no siga pensando que, quizá, fuese lo mejor para todos, ahora mismo. Para ti, para el niño... El matrimonio es la trampa definitiva para la mujer, Martha. Tu padre y yo hemos sido felices juntos, pero ¿qué hubiese pasado de verme atada a un hombre que no hubiese logrado conquistar mi corazón? O que no me hubiese permitido desenvolverme como persona. Soy escritora —explicó a los Strade. —Escribo novelas, con seudónimo y sin él. Mi marido nunca se ha opuesto, al contrario. Es un hombre de mente abierta, un erudito. Como familia, somos peculiares, en Londres se nos considera excéntricos, sobre todo por la libertad con la que nos tratamos y con la que hemos criado a nuestros hijos. Por eso no estamos ahora chillando y reprochando. Estamos mirando por el bien de nuestra hija, siempre lo haremos.

—Me parece admirable —dijo el reverendo Strade. Intercambió una mirada con su esposa. —Créanme, los entendemos perfectamente. Y les puedo asegurar que, al margen de ese destello de amor inicial que hubiese resultado deseable, el señor Mallows es una elección excelente.

—¡Pero no podemos tomar decisiones tan importantes de semejante forma! —siguió protestando lord Sackville. —No dudo de su opinión, reverendo Strade, digo que deberíamos comprobar por nosotros mismos si...

—El señor Mallows es un hombre excelente —fue Gladys la que habló. —Ha dedicado su vida a cuidar de los suyos y ahora trabaja duro para salir adelante. No es rico; aun así, como le dije, toda la leche que toman nuestros niños en el comedor social la aporta él, sin pedir nada a cambio, ni siquiera agradecimiento. —Se volvió hacia Martha. —Yo estoy segura de que no va a encontrar mejor marido, milady. Cuidó durante muchos años de sus padres cuando podría haberse ido. Y luego podría haberlo vendido todo y dedicarse a la vida disipada de la que disfrutan tantos otros en Londres. —Ese comentario

iba para lord Sackville y sir Walter, pero solo el segundo sonrió, divertido. —Pero no lo hizo. Se está labrando duramente un futuro. ¿Acaso todo eso no describe un hombre al que cualquier mujer podría llegar a amar?

Lord Sackville la miró con amargura.

—Supongo que no todos podemos ser perfectos.

—Es una realidad terrible a la que seguramente estará acostumbrado. —Él se ruborizó. —A veces nos complicamos mucho la vida decidiendo qué es amor y qué requisitos se debe tener para ser amado. Y, simplemente, es algo que surge en el día a día, si sabes cuidarlo.

—¿Y qué hay de la chispa devastadora? —siguió protestando lord Sackville. —¿Qué hay de ese sentimiento inmenso que puede sobrecogerte al conocer a alguien, que te nubla la mente y te acelera la sangre? Sabe bien a cuál me refiero, señorita Strade —le soltó, ya sin ambages. Todos los miraron con curiosidad, percibiendo que allí, en el fondo, había algo que se les escapaba. —¿Debe Martha renunciar a algo así?

—No, no debería. —Antes de que él pudiera exponer su júbilo por ganar la contienda, siguió—: Pero esa chispa de nada sirve si no se cuida para crear una llama que dé auténtico calor a la vida, lord Sackville. Más vale llegar a un fuego estable, sin prisas, con alguien que sí que está dispuesto a alimentarlo con el cuidado que requiere, que consumirse en esa… esa llamarada que usted plantea. Que está bien sentirla, no lo niego. Pero, ya ve, hay gente que la siente, pero que considera que otras cosas tienen mayor importancia, como la posición social o la riqueza, y se aparta y lo olvida sin mayor problema. Lo que indica que de poco vale. Es nada.

Él apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Quizá no lo hagan sin mayor problema —dijo, por fin. —Quizá sea un peso terrible tomar esa decisión.

—Ah, pero lo hacen, la toman. Si amaran de verdad, jamás se lo plantearían. Con lo cual, esa chispa y el amor no tienen por qué estar relacionados, lord Sackville. Como sin duda sabe. —Él guardó silencio, clavándole sus ojos azules, dolidos y llenos de sentimiento. Gladys recordó de pronto dónde estaba. Todos la miraban sorprendidos. —Perdonen, no debí hablar.

—No pasa nada —aseguró lady Martha. —De hecho, le agradezco su aporte. Sé que mi hermano quiere para mí lo mejor. En otras épocas, hubiera sido más práctico en sus apreciaciones. Algo en Little Lake lo ha vuelto más… romántico. —Sonrió al percibir la turbación de Gladys. —En todo caso, está decidido. El señor Mallows y yo vamos a casarnos mañana.

—¿Mañana? —Lord Sackville abrió mucho los ojos. —Pero ¿no

requiere un tiempo, con amonestaciones y demás?

—Yo me he ocupado de toda la documentación necesaria, milord —explicó el reverendo Strade. —Ha llevado unas semanas, tiene usted razón. Por eso he ido tantas veces a Portsmouth, a tratarlo con mis superiores. Dada la situación, que requiere discreción y premura, están concedidos todos los permisos.

—Ah, entiendo. —La miró a ella. ¿Pensaba acaso que también lo sabía? Seguramente. «¡No!», quiso decirle, pero no estuvo segura de si llegó a leerlo en su rostro. —¿Y dónde va a tener lugar tan feliz evento, si puede saberse? ¿En Saint George, con todo el pueblo presente, para que se pregunten qué demonios ha propiciado semejante matrimonio?

—No. En la capilla de Heatherfield —le contestó sir Walter. —Poca gente lo sabrá, Mimi ha venido con nosotros, y su hijo y ella ya están abriendo la casa. Pueden ir cuando quieran, señora Strade. Hemos traído una plantación enorme de flores, para que elijan cómo adornar la ceremonia.

—No me lo puedo creer. —Lord Sackville miró enfadado a su amigo. —Tú lo sabías. ¿Cómo has podido ocultármelo?

—Era asunto de Marthy, y ella me lo pidió.

—Te dije que también era amigo mío —terció su hermana. —No del todo, porque te contó que estaba aquí, pero al menos sí se ha portado bien luego.

—Se lo debía —admitió sir Walter.

—Debiste decirme...

—Oh, demonios. —El baronet dio un golpe con el bastón en el suelo. —Me tenéis harto, los dos. La Biblia estaba equivocada, porque los hermanos Barrows deben haber sido, con toda probabilidad, una de las peores plagas de Egipto, y ni siquiera se os menciona.

—Alabado sea Dios. —Rio el reverendo Strade. —Dejen al pobre sir Walter en paz. Por lo que puedo ver, lo único que ha intentado, todo el tiempo, ha sido ayudarlos.

Aquello puso punto final a la discusión, aunque lord Sackville —qué difícil le resultaba referirse así a él, pero se obligaba a hacerlo— mantuvo el gesto adusto todo el tiempo. Tomaron un té tardío servido por la señora Wilson, mientras los marqueses trataban de conocer un poco al que iba a ser su yerno.

Mallows intentó mostrarse conversador, pero se notaba que no estaba acostumbrado a muchas palabras, y que para él suponía un gran esfuerzo. Lo que sí dejó claro era que trataría de cuidar de lady Martha y que haría cuanto ellos considerasen oportuno para que estuviesen tranquilos al respecto.

Cuando se fueron, lord Sackville no intentó retenerla ni hablar con ella. Se despidió en general, manteniendo los ojos lejos de Gladys, y se

dirigió a la chimenea, simulando estar enfrascado en el movimiento de las llamas. Se sintió tan dolida...

Al día siguiente, Gladys estaba terminando de colocar uno de los grandes jarrones con flores que adornaban las enormes puertas, poco antes del inicio de la ceremonia, cuando vio que el coche de lord Sackville se detenía en la rotonda de entrada. Llevada por un impulso, se ocultó detrás, entre margaritas, lirios y jazmines. No tuvo claro por qué, solo sabía que el corazón le latía a toda velocidad. Si pasaba por su lado sin más, con un escueto saludo de compromiso, no podría soportarlo.

Él no la vio, porque su atención estaba centrada en su madre, que justo salía en esos momentos. La marquesa sonrió, nerviosa.

—Creí que no venías.

—No sabía si venir —replicó él. ¡Qué guapo estaba! De etiqueta, perfecto. —Pero es una tontería, Martha tiene razón: está en su derecho de decidir; y si es un error, solo podemos estar ahí para ayudarla. Es lo que nos habéis enseñado.

Su madre agitó la cabeza. Apoyó una mano en su mejilla.

—Martha cometió un error de criterio, pero no tiene por qué confundirse siempre.

—De hecho, si te digo la verdad, Mallows me cae simpático. Parece un buen hombre.

—Así es.

—Y te reconozco que, cuando me enteré de la situación, en pleno ataque de pánico, hasta consideré la posibilidad de que se casase con Tee. Lo tenía aquí, a mano.

La marquesa lanzó una carcajada.

—Bueno, supongo que todos nos hemos puesto nerviosos con este asunto. Dime, Eddie, ¿hay algo entre la señorita Strade y tú?

Él tardó unos segundos en contestar. Cuando lo hizo, sonó enfadado.

—Prefiero no hablar de eso.

—Oh, Eddie... —Sonrió, lo besó en la mejilla y lo cogió del brazo. —A veces, hijo mío, eres casi tan terco como tu hermana. Casi.

Entraron, y Gladys se quedó allí un buen rato, con los ojos llenos de lágrimas. Solo reaccionó cuando la llamó su madre, y tuvo que hacer un esfuerzo para sentarse ante el órgano y empezar a tocar una marcha nupcial, cuando solo quería llorar.

La ceremonia fue breve, pero encantadora. Al final, los nuevos esposos se dieron un beso recatado en la mejilla, que todos vitorearon, incitados por sir Walter. Hubo un breve convite en la propia mansión y los Strade se marcharon.

Una vez más, lord Sackville no hizo nada por intentar hablar con ella. Ni siquiera eso.

Debía aceptar de una vez que esa parte de su vida había

desaparecido con el señor Black.

Capítulo 14

La quiero a usted, Gladys, sabe que siempre la he querido

—Glad, cariño, tienes visita —le dijo su madre un mes después, entrando en el despacho de la vicaría con una curiosa expresión entre amable y severa.

Gladys alzó el rostro, odiándose al notar otra vez aquel latido de anhelo en el corazón. ¿Cuántas veces lo había sentido en los últimos tiempos? Pero no, claro, no podía ser lord Sackville —su añorado señor Black, —desaparecido por completo de Little Lake desde el día de la boda de su hermana.

No quería pensar en él.

Su madre trataba de animarla, y de simular que su vida proseguía sin mayores cambios, pero ambas sabían que había estropeado por completo cualquier posibilidad de contraer matrimonio en el pueblo.

O quizá no... Para su desdicha, quien entró fue Freddy Dalton, vestido con su mejor traje, el que usaba para ir a misa los domingos. No estaba bien planchado y a la chaqueta le faltaba un botón de los que adornaban los puños, pero por lo demás se notaba que tenía cierta calidad. Debía haberlo hecho un buen sastre de Portsmouth, aunque no sabía que el sueldo de un agente de policía rural diera para algo así.

Claro que, a eso, debía añadirse lo que ganaba en la herrería familiar, que ahora regentaba su tío, y en la que invertía varias horas cada día, fines de semana incluidos. Gladys sabía que Freddy Dalton era uno de los mejores partidos de Little Lake y que muchas jóvenes la habían considerado una loca y una tonta por despreciarlo.

Su madre los miró alternativamente y suspiró.

—Los dejaré a solas para que hablen. Esperaré fuera —añadió, mientras salía, dejando la puerta entreabierta aposta. Le lanzó una mirada llena de intención por el hueco. —Seguro que lo entiende,

señor Dalton. No me gustaría que corriesen más chismes infames sobre mi hija.

Freddy se puso rojo hasta las orejas. Gladys no dijo nada, se limitó a mirar al hombre con animadversión. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Solo con recordar los rumores que él y su familia habían extendido por todas partes, tenía que contenerse para no echarlo a patadas. Bueno, no, algo así no hubiese sido propio de ella, no era dada a la violencia. Pero sí quería alejarlo lo más posible.

—Lamento interrumpirla —dijo Freddy Dalton, sacándola de sus pensamientos. Hizo un gesto nervioso hacia los papeles de la mesa, con la mano en la que llevaba el sombrero. —La veo ocupada.

—No se preocupe —replicó, aunque ni siquiera soltó la pluma, para indicarle que esperaba que fuese breve. —¿En qué puedo ayudarlo?

—Creo que debemos hablar.

—¿Eso piensa? —Arqueó una ceja. —¿En serio?

Él tragó saliva.

—Sí, yo... Lo que ocurrió... fue muy desagradable. —Durante un momento, pensó que se iba a disculpar, pero no. —No esperaba un comportamiento así por su parte. —Gladys se ruborizó a su pesar. Ella tampoco hubiese pensado nunca que iba a proceder así, de un modo tan irresponsable. —Mi madre me aconseja que pida relaciones a otra joven, quizá a la señorita Watson, pese a sus gafas, aunque no me gusta eso de que quiera estudiar. No quiero una esposa sabidilla.

—Ella no...

Iba a decirle que Helen jamás lo aceptaría tampoco, pero el joven la interrumpió, algo ansioso.

—No, da igual. No es a ella a quien quiero. La quiero a usted, Gladys, sabe que siempre la he querido. —Gladys hizo una mueca. La noticia no la tomaba por sorpresa, pero tampoco le hacía especial ilusión. Y no era porque no le resultara atractivo. Simplemente había algo oscuro en él, algo que no acababa de agradarle. —Por eso deseo que sepa que, si usted está de acuerdo, podemos retomar nuestra relación justo donde la dejamos.

—¿Cómo dice? —repuso. Eso sí que no se lo esperaba.

—La perdono. —Gladys apretó ligeramente los labios. —Casémonos, de inmediato. Estoy dispuesto a afrontar la vergüenza pública, a perdonarla y a olvidar lo ocurrido.

Sus ojos oscuros estaban ligeramente turbios. Ella recordó lo que había dicho el señor Black —en su mente siempre surgía espontáneamente con ese nombre— sobre la mirada de Freddy Dalton. No, aquel hombre no olvidaría, claro que no, ni mucho menos superaría bien las mofas y befas a las que tendría que someterse en el futuro por aquel suceso, si se convertía en su marido.

Lo sucedido en la cascada sería algo a reprochar durante el resto de

su vida, y, algún día, lleno de rencor y desamor, le gritaría que tenía que estarle agradecida por haberse casado con ella, una mujer perdida y sin futuro.

Dejó con cuidado la pluma sobre la mesa.

—Se lo agradezco mucho, señor Dalton. Sé que tiene buena intención, que cree de verdad que un matrimonio entre usted y yo podría funcionar. Pero me temo que no estoy de acuerdo en absoluto. Gracias, pero no.

—¿Por qué no? Mis superiores dicen que tengo un futuro en la policía, es muy posible que me trasladen en un par de años a Portsmouth, donde me pagarán más. Podré mantenerla bien, tendrá usted una criada. Dos, si lo desea. Y mi madre y mi hermana la ayudarán en casa.

Imaginarse viviendo con aquellas dos, sobre todo con una suegra semejante, casi le provocó un mareo. Esa sí que no la perdonaría nunca. Se lo restregaría por siempre mientras peleaba por ser quien mandaba en la casa. Ni loca se pondría en una situación así.

—¿De verdad piensa que voy a convivir con dos mujeres que me odian y que se han dedicado a arrastrar mi nombre por todo Little Lake? Y usted lo permitió —lo acusó, ya sin disimular su enfado. —Tanto que dice que me quiere, y lo permitió.

Él apretó los puños, arrugando sin darse cuenta el sombrero que sostenía entre las manos.

—No me culpe de lo ocurrido —le advirtió con voz tensa. —Fue usted la que estaba retozando en la cascada con ese petimetre de ciudad, como una cualquiera.

Gladys frunció el ceño.

—No pensaba recriminarle los rumores que ha extendido su familia, pero sí lo culpo de esto. No me ha gustado nada su comentario. Le ruego que se vaya y que no vuelva a acercarse a mí, jamás.

En lugar de alejarse hacia la puerta, Freddy Dalton dio dos pasos al frente y se inclinó para apoyar ambas manos en el escritorio.

—Le aconsejo que lo reconsidere, Gladys. Soy su única alternativa al matrimonio en Little Lake. Yo lo sé y usted lo sabe. Esas son sus opciones: o yo, o quedarse soltera, y con la fama que se ha ganado.

—No voy a...

—¡Yo sí que no voy a...!

—¡Señor Dalton! —exclamó la madre de Gladys entrando bruscamente en el despacho. Tal como había advertido, había estado escuchando tras la puerta, y aunque sonreía, Gladys la conocía lo bastante como para saber que la integridad física de aquel hombre estaba en peligro. —Qué maleducada soy, se me ha olvidado preguntarle si quería tomar algo.

El joven, que se había apartado de la mesa con un brinco, la miró

con expresión tensa.

—No, gracias, señora Strade. Debo… debo volver al puesto de policía.

—Oh, ¡por supuesto! Adelante, vaya, vaya. No lo demore por nosotras. —Puso esa voz con la que repetía las citas bíblicas de su marido. —«¡Dichoso serás, y te irá bien, cuando te alimentes del fruto de tu trabajo!». —Casi lo empujó hacia la puerta, con entusiasmo. —No se olvide de saludar a su señora madre de mi parte. Ella sabe bien cuánto la aprecio. ¡El Señor nos ha bendecido a ambas con hijas en este mundo tan difícil para las mujeres! Qué frágil es la reputación de una muchacha, ¿verdad? ¡Mi marido lo tiene siempre muy en cuenta cada vez que prepara lo que va a decir en el púlpito! —Freddy Dalton abrió mucho los ojos y palideció, pero ella no le dio tiempo a reaccionar. Abrió y gritó hacia el pasillo. —¡Kathy! —llamó a la criada, que debía estar cerca, porque añadió, bajando repentinamente la voz—: Kathy, por favor, acompaña al señor Dalton a la puerta. ¡Adiós, adiós!

Cerró de golpe, en cuanto le fue posible, y se volvió hacia Gladys con una sonrisa. Su hija la miraba atónita.

—¿Lo has amenazado?

—Por supuesto. ¿Qué se han pensado?

—Pero… sabes perfectamente que padre jamás hablaría mal de una muchacha en sus sermones. Ni aunque tuviera razón para ello.

—Ya lo sé. Pero la gente rastrera como los Dalton piensa que los demás somos capaces de sus mismas ruindades. ¡Ja! Te aseguro que a partir de ahora tendrán más cuidado en qué dicen de ti y dónde. —Su expresión se tornó preocupada. —¿Tienes pensado aceptar su propuesta?

—¡No! No, madre, en absoluto.

—Ah, bien. Me alegro. Porque jamás les perdonaré haber extendido esas habladurías. Además, la señora Dalton siempre me ha caído especialmente antipática. —Gladys le sonrió. Su madre avanzó hacia ella y le recogió un rizo tras la oreja. —Glad, nosotros solo queremos que estés bien, aunque eso suponga separarnos un tiempo, algo que aceptaría, por poco que me gustase. Por eso, si esto se te hace muy cuesta arriba, podrías volver con tu tía, unos meses al menos. Quizá en York, algún muchacho…

—No, no quiero irme. No sé qué haré, madre, pero irme no entra en mis planes. Necesito… —Se le quebró la voz. —No sé lo que necesito.

—Cariño… Quizá un cambio de aires… —Gladys negó con la cabeza. Fuera, se oyó el sonido de un vehículo, quizá un carro, y el relincho de un caballo. ¿Irse? No. No podría. Lo poco que le quedaba del señor Black estaba allí, en aquel paisaje. —Vale, pero ¿por qué no hablas conmigo? ¡Creo que sabes que puedes confiar en mí!

—Lo sé. Es solo que… ahora mismo no puedo.

—Es por él, ¿verdad? Por ese hombre. —Como ella no replicó nada, insistió—: Te conozco, Glad. Si lo besaste, si dejaste que te besara, es porque se convirtió en alguien importante para ti. — Parpadeó. —Sé que se lo has contado a tu padre, ¿por qué no a mí?

La vio tan herida que se sintió culpable.

—Me cuesta hablar de ello, eso es todo. Pero tienes razón, madre. —Inspiró hondo, dispuesta a compartir con ella aquella herida. Seguro que con su ayuda, sanaba antes. —Verás, se presentó aquí bajo el nombre falso de John Black, pero luego me reconoció que se llamaba Edward y…

—¡Señora! ¡Señora! —Se oyó de pronto la voz de Kathy. Madre e hija intercambiaron una mirada de sobresalto.

—Espero que este alboroto no tenga que ver con el odioso señor Dalton —dijo su madre, dirigiéndose hacia la puerta. —No estoy de humor para inventar más amenazas. —No llegó a abrir, fue la propia Kathy la que lo hizo sin llamar, algo insólito en esa casa.

—¡Señora! ¡Hay una gente muy encopetada en la puerta!

—¿Qué? —Se llevó las manos al recogido de su cabello, apurada. —¡Oh, Señor! ¡Debe tratarse de la señora Delaware! ¡Iba a convencer a lady Careth de que colabore en el comedor social, pero me dijo que no podrían venir hasta la semana que viene, como poco! Oh, Dios, seguro que son ellas. ¡Y la casa está hecha un desastre!

Gladys agitó la cabeza, divertida a su pesar por la preocupación de su madre. La casa estaba impecable, como siempre, y seguro que la señora Delaware, lady Careth y ella no tardarían en estar tomando un agradable té en la salita de recibir. Supuso que tendría que reunirse con ellas en algún momento de su visita, y pasar unos minutos en su compañía, con lo poco que le apetecía ver a nadie…

—¡Glad! ¡Gladys! —Oyó, entonces, la voz de su madre. La sintió detrás, por la ventana. De hecho cuando se giró hacia allí, la vio aparecer por la izquierda, que era donde estaba la entrada delantera de la casa. La señora Strade golpeó el cristal con los dedos, como llamando, pese a que la vio mirar. —¡Gladys, hija, sal! ¡Ven un momento, por favor!

«Oh, no…». Seguro que tanto la señora Delaware como lady Careth habían preguntado por ella. Al fin y al cabo era el entretenimiento del momento en Little Lake. Pensó en poner una excusa. ¿Jaqueca? Hizo una mueca. No, resultaba poco contundente. ¿Tifus? ¿Malaria? ¿Peste negra? En otros tiempos, esos pensamientos tontos le hubieran provocado una sonrisa. Pero no tenía ninguna gana de reír.

«En serio, tienes que pensar algo». Una cosa era reunirse con ellas para tomar una tacita de té rápida y otra tener que estar en su compañía durante toda la reunión. Pero supuso que, tras el apoyo

recibido de su madre en el asunto de Freddy Dalton, lo menos que podía hacer era complacerla en eso. Bien sabía el Cielo que el comedor social necesitaba las posibles aportaciones de aquellas mujeres, sobre todo cuando estaban considerando ampliarlo a ancianos y hasta a cualquier persona pobre que pudiera necesitarlo, en general.

Se levantó, abandonó el despacho, cruzó el vestíbulo, pensativa, mientras, a imitación de su madre, retocaba un poco su peinado, y salió al exterior. Allí, tras bizquear un segundo, deslumbrada por la intensa luz del sol, contempló con admiración el carruaje que esperaba junto a la cancela de la valla blanca que rodeaba el jardín de la casa parroquial.

¡Caramba con lady Careth! Su lujoso carruaje contaba con cuatro caballos preciosos, un cochero con levita en el pescante y un lacayo igual de elegante, que mantenía abierta la puerta adornada con un blasón que le resultó desconocido.

Su padre, el reverendo Strade, que debía haber sido sorprendido por la llegada del coche a su propio regreso del paseo matutino, observaba la escena perplejo, Biblia en mano. Y, junto a él, su madre y Kathy no dejaban de hacerle reverencias al señor Black, que había cruzado la entrada y estaba en el caminito hacia las escaleras del porche.

El señor Black...

¿Qué demonios hacía allí? ¿Significaba eso que había ido a buscarla a ella? No, no podía ser. Se trataba de un error, o quizá de una casualidad. Y ya estaba cansada de hacerse ilusiones para que luego todo quedase en nada.

Pero, tal como la miró al advertir que aparecía en el patio, le resultó evidente que sabía que se encontraba en la casa, que estaba allí por ella y que se sentía feliz de verla.

Gladys trastabilló mientras el corazón le daba un vuelco en el pecho y hasta temió desmayarse, caer fulminada en el sitio. La sensación de mareo debió ser evidente, porque él se apresuró a recorrer la distancia que los separaba y la sujetó por un brazo, con delicadeza.

—Gladys, ¿se encuentra usted bien?

—Sí, yo... ¿Qué... qué significa esto? ¿Qué está ocurriendo aquí?

Él sonrió.

—Que a veces los fantasmas reúnen las fuerzas suficientes y vuelven del pasado para recuperar un puesto entre los vivos, querida mía. Perdón. Perdón por tardar tanto, perdón por mi comportamiento distante, por mi soberbia y mi orgullo fuera de lugar. Sepa que lo he sufrido tanto como imagino que lo ha sufrido usted. Me ha costado entenderlo, pero le aseguro que, finalmente, he aprendido la lección. No podía hacer como si todo ese tiempo juntos nunca hubiese existido. —Tomó sus manos, y ella sintió la chispa, aquel destello de

amor arrebatado que tanto había luchado por conseguir para su hermana. —Lo cambió todo. Lo cambió de tal forma que yo ya no era el mismo, ni tampoco el mundo que me rodea. Y para que mi nueva existencia tuviera sentido, debía estar usted en ella.

—Oh, señor Black… digo, lord Sackville…

—No, me temo que no soy el señor Black, aunque más de una vez deseé haberlo sido, porque eso hubiera hecho las cosas más sencillas entre nosotros. —Sonrió. —Usted siempre lo supo, es una mujer perspicaz.

—Y usted un caballero elegante, llegado de Londres. Lo tuve fácil. —Él rio y se inclinó en una reverencia que seguro que había realizado más de una vez ante la reina. Gladys se fijó entonces en la plaza, a rebosar de gente mirando. Se pasó la mano por la falda del vestido, en un intento absurdo de borrar alguna arruga inexistente. Lo llevaba impecable, pero no dejaba de ser sencillo, y estaba ya muy usado. Parecían la Cenicienta y el príncipe. —Dios mío… —murmuró. —Y yo así. Voy a matarlo.

Edward se echó a reír.

—No se preocupe. Está perfecta. —Se inclinó para besar su mano de un modo que le provocó un escalofrío de anhelo. —Es usted perfecta, Glad.

¿Lo era? ¿Sin la pasión por una meta como la que tenía Helen, o la fuerza vital de Sarah? Supuso que sí. Supuso que, al fin y al cabo, él había tenido razón, y cada cual sentía en su naturaleza aquello a lo que deseaba aspirar, daba igual que fuera ambicioso o pequeño. La grandeza estaba en luchar por aquello que se quería hacer, incluso contra las opiniones de los demás. Y ella había luchado siempre, a cada paso, por el bienestar de los suyos.

A su manera, era una guerrera.

Podía ver cómo se iban hacinando en las cercanías los vecinos del pueblo, observando asombrados la escena. Entre ellos estaba Freddy Dalton, que debía haberse quedado rondando por allí, quizá calibrando la posibilidad de volver a intentarlo. Cuando sus ojos se cruzaron, vio que la miraba serio y rabioso.

Gladys no le concedió más atención. Sus ojos se desviaron hacia Helen, Sarah y Touie, situadas junto al gran manzano cercano a la entrada. Las tres iban con sus sombreritos de paseo y sus sombrillas, y seguro que se habían dirigido allí para visitarla y tratar de sacarla a dar una vuelta, como hacían prácticamente cada mañana. Todas miraban perplejas la escena. Como el resto de los habitantes de Little Lake, a fin de cuentas.

¿Quedaba de verdad alguien que no se hubiese reunido allí? Lo dudaba.

—Por favor, qué vergüenza… —musitó Gladys, con horror.

Él rio.

—Pues esto no ha hecho más que empezar, amor mío. —Y añadió, en voz más alta y clara, para que lo oyeran todos—: Señorita Strade, mi querida Gladys, he venido hasta aquí traqueteando por los horribles caminos que nos separan de Londres para hacerle una sola pregunta, en presencia de todo este pueblo encantador. —Ante su espanto, el conde de Sackville hincó una rodilla en tierra. Con una mano sostuvo la suya; la otra, se la llevó al corazón. —¿Quiere hacerme el honor de convertirse en mi esposa?

—¡Oh, Señor! —Oyó exclamar a su madre, emocionada, al borde del desmayo. Su padre la contemplaba con ojos brillantes. Estaba feliz por ella, porque sabía lo mucho que lo amaba. —¿No es maravilloso?

—¡Oh, lo es, señora! —convino Kathy, arrebolada. Empezó a darse aire con el delantal. —¡Qué emoción!

Atónita, Gladys carraspeó.

—Por favor, levántese —le pidió a Edward.

—Solo si me acepta, señorita Strade.

—Le digo que se levante. Por favor, se lo ruego. —Él obedeció, aunque parecía divertido por su apuro. —No puedo responder sin hacerle una pregunta por mi parte: ¿está seguro? ¿Seguro de verdad?

—Jamás lo he estado tanto de nada, en toda mi vida. De otro modo, no hubiese vuelto de Londres. Allí he estado intentando retomar mi vida, una y otra vez, pero ha resultado inútil.

—¿Y sus padres?

—Están de acuerdo, como puede imaginar. Usted los conoció. Solo desean nuestra felicidad, y a usted la conocíamos todos más que a Mallows. —Se echó a reír. —Oh, Gladys. Están encantados con la idea de que nos casemos... aunque me temo que necesitará usted de su mejor disposición para convertirse en la marquesa que esperan. Las clases de protocolo le van a parecer desesperantes.

Lo miró con horror.

—¿Marquesa, yo?

Él volvió a reír y ella pensó en lo mucho que había echado de menos verlo así, feliz.

—Claro. Algún día seremos marqueses, mi esposa y yo. Y cuento con que usted... Maldita sea, ¿no deberíamos tutearnos ya? —Sonrió. —Con que tú estés a mi lado en esa aventura, amor mío.

Ella tragó saliva. Tenía muchos miedos, muchos; pero pensó en el oasis del desierto del que había hablado su padre, y decidió que sería maravilloso poder quedarse en él por siempre.

—Será un placer —contestó.

Capítulo 15

A nadie le importa lo más mínimo la muerte de la señora Perkins

—No deberíamos estar aquí —protestó otra vez Helen Watson. Estaba apoyada en una de las paredes de la cabaña de la señora Perkins, cruzada de brazos y ceñuda, mientras su amiga Sarah Holmes registraba el sitio con su habitual esmero. —¡Hasta puede que estés perjudicando la investigación!

—¿Qué investigación? —replicó la otra, sacando la cabeza de un armario para mirarla. —¿Qué investigación, dime? El capitán Miles es el único que tiene un poco de buena voluntad en todo este asunto, y el doctor Doyle, que poco acceso tiene a nada, pero lo cierto es que a nadie le importa lo más mínimo la muerte de la señora Perkins. Y tratar de relacionarla con el crimen de lady Pamela va a ser difícil. ¡Tenemos que ayudar!

—¿Nosotras?

—Claro. Tú, como médico. Yo, como detective.

—¡Ja! ¡Sarah! Yo no soy médico. Y tú no eres detective.

—Es una cuestión temporal. Serás médico. Y yo escribiré historias de misterio, así que debo resolver crímenes. Por tanto, sería algo parecido a un detective.

—Ya... Lo lamento, pero no tengo mucha cabeza para tus tonterías. —Helen se miró las palmas de las manos. —¿Sabes que va a venir un médico ayudante, para trabajar en la consulta de mi padre?

—¿Eh? —Eso, por fin, centró su atención en ella. Helen parecía triste y deprimida. —¿De verdad?
—Claro. De hecho, se lo ha recomendado el doctor Doyle. Por lo que parece, se trata de uno de sus compañeros de universidad, que estaba buscando trabajo.
—Oh. Entonces, seguramente será alguien agradable. —Helen agitó la cabeza, contrita. Sarah se acercó a ella y la abrazó. —Vamos, no te preocupes. Da lo mismo. Lo vas a conseguir, vas a ser lo que quieras. ¿Médico? Pues médico.
—No lo entiendes. Si congenian, le dará la consulta a él. Y yo tendré que conformarme con ser su enfermera, en la mejor de las circunstancias.
—No, Helen. Yo te ayudaré.
—¿A qué?
—Pues no sé… Haremos que se vaya, ¿qué te parece? Haremos que le resulte tan desagradable estar aquí, que tenga que irse de vuelta a… a donde sea que esté ahora, antes de venir.
—A nadie le resulta desagradable Little Lake. Está bien, está bien —aceptó, cuando la otra lanzó un bufido impaciente. Sarah nunca había congeniado bien con el victimismo. —Haremos que se vaya. Quiero echarlo, Sarah. Quiero que…
Oyeron pasos que se acercaban. Por puro instinto, ambas se agacharon, fueron hacia la parte del dormitorio y se metieron bajo la cama.
—¿Por qué nos escondemos? —preguntó Helen, aturdida.
—No sé… —replicó Sarah. —¡Por si es el asesino!
La otra la miró asustada.
La puerta se abrió.
—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, alegre, la voz de Gladys. Pues no, no era el asesino. Era su amiga, que estaba muy contenta porque iba a casarse, y con un futuro marqués. ¡Como para no estar entusiasmada! Helen estuvo a punto de salir, pero Sarah la sujetó por un brazo y le indicó que se estuviese quieta y callada.
—Quería enseñarte algo, y tenía que ser a esta hora —contestó el señor Black. O el conde de Sackville, por lo que parecía. —Mira, aquí. Por esta ventana.
—Oh, sí. Es precioso. —Helen sabía lo que estaban viendo. La puesta de sol era bellísima desde allí, convertía en fuego las aguas del lago. —Pero ya lo había visto alguna que otra vez. Nací en este pueblo, ¿sabes?
Él rio.
—Y sé que lo adoras.
—Sí. Mucho.
—Por eso he comprado este terreno.

Un momento de silencio. Helen y Sarah se miraron divertidas, bajo la cama, poniendo caras tontas. Estaban muy contentas por lo feliz que era su amiga en esos días. Habían esperado el regreso de los marqueses, los padres de lord Sackville, para celebrar una pequeña ceremonia en Saint George, que tendría lugar al día siguiente, y luego Gladys se macharía a Londres con su nueva familia política, la única sombra en todo aquel asunto, porque iban a echarla mucho de menos.

Ellas también irían, y sus padres, y los Strade. Estaban todos invitados a la boda, aunque iba a ser un infierno, porque el profesor de protocolo de Gladys quería darles unas indicaciones previas, y para eso iban a necesitar toda una semana, varias horas al día. ¡No podía necesitarse tanto para saber qué cubierto debía usarse con el pescado!

Pobre Gladys. Ellas se volverían a Little Lake, pero ella se quedaría allí, con todo aquel circo social. Pero se había enamorado y estaba claro que no podía desaprovechar la oportunidad de ser feliz. Se convertiría en la condesa de Sackville hasta que, en un futuro, llegara a ser la marquesa de Northway. Y seguro que sería la mejor que nunca hubiera habido en ninguna parte.

—¿Qué? —La oyeron decir, aturdida.

—Que lo he comprado, amor mío. El terreno y la cabaña, aunque la vamos a derribar. Vamos a construir aquí nuestra propia casa. Será una mansión que hará sombra a Heatherfield Manor desde aquí. O al menos lo intentará. ¡Será un castillo de mil pisos!

Ella rio con ganas.

—No puedes ser tan malo. El baronet es la máxima autoridad aquí. No puedes levantar un castillo a su lado, y que parezca pequeñito.

—Vale, no. Pero solo porque no me apetece subir mil pisos cuando nos vayamos a dormir. —Risas, y luego sonido de besos. —Pero será una bonita mansión familiar a la que podremos venir a pasar los veranos con nuestros hijos.

—Oh, Eddie, gracias. —Gladys sonó realmente emocionada. —Sería maravilloso. Gracias, gracias...

—Me alegra que te guste la idea. —Más sonido de besos. —Mmm... Gladys...

—¿Qué?

—Para, amor. No podemos...

—Pero si nunca viene nadie por aquí. No lo sabrán. Y hay un dormitorio...

—¿En la cama en la que fue asesinada la señora Perkins? No quiero eso para tu primera vez. Hazme caso. —Más besos. —Cariño, por favor. No voy a poder resistirme si insistes.

—Oh, está bien... Creo que me voy a morir, pero está bien.

Lord Sackville rio divertido.

—Vamos, bajemos la colina. No sé tú, pero yo voy a tirarme de

cabeza a las aguas del lago.

—¿Qué? ¡No! ¡Edward!

Pasos a la carrera alejándose. Risas. Helen y Sarah volvieron a mirarse.

—Menos mal. Hubiera sido... perturbador —dijo Sarah.

—No hubiera sido nada —replicó Helen. —Si se llegaban a acercar a la cama, habría chillado. Con todas mis fuerzas.

—Pues habrían corrido más rápido aún, pensando que era el fantasma de la señora Perkins. —Ambas rieron con ganas. Mientras salían, Sarah vio algo, encajado entre las tablas del suelo. —¿Qué es esto?

—¿El qué?

—Espera. —Buscó alrededor, pero terminó quitándose una horquilla para ayudarse a hacer palanca y sacar el objeto. Era negro, circular. Lo contempló sobre la palma de su mano. —Un botón...

—Sería de la señora Perkins.

—Quizá. Pero ha sido encontrado en el lugar del crimen. —Lo metió en un bolsillo de su falda. —Creo que bien podemos considerarlo una prueba a estudiar.

—Sí, lo que quieras, pero ahora vámonos. —Helen se dirigió a buen paso hacia la puerta. —¡Tengo que volver a casa antes de que llegue mi padre, para preparar el té! ¡Ven, si quieres, y nos lo tomamos en probetas sin que nos vea!

Sarah lanzó una carcajada al recordar una anécdota de cuando tenían diez años.

—¡Vale! ¡Me apunto!

Salió corriendo feliz tras su amiga, a la maravillosa tarde de verano.

Epílogo

—¿Creéis que es la primera vez que bailan juntos? —preguntó Helen, viendo cómo el doctor Doyle giraba al ritmo del vals con Touie. La orquesta, situada en una tarima, era una de las mejores de Portsmouth. Lo cierto era que tocaban divinamente.

Las tres estaban sentadas en una de las mesas principales de las diez dispuestas por la plaza de Little Lake. Gladys había invitado a todos sus conocidos —no faltaban ni los Dalton, aunque Freddy se había pasado el tiempo sentado y bebiendo— a una gran celebración: comida con baile en la plaza central del pueblo, tras la pequeña ceremonia oficiada por el reverendo Strade.

No había sido una boda propiamente dicha, porque los marqueses deseaban que esa se llevase a cabo en la capital, pero tampoco habían podido negarse a los deseos del padre de la novia, que había querido bendecirlos personalmente en su iglesia.

Las nupcias tendrían lugar en un mes, en uno de los grandes templos de Londres, con la asistencia de todos los que eran alguien en la ciudad. Así se lo había dicho Edward, para espanto de Gladys, que llevaba pocos días recibiendo clases de protocolo a cargo de un experto, el señor Johnson, y de la propia marquesa. ¡Tenía tanto que aprender! ¿Acaso no veían que iba a hacer el más espantoso de los ridículos?

Pero todos reían y se empeñaban en insistir en que estaría preparada, llegado el momento, porque tenía una elegancia natural envidiable.

Por suerte, también iban a estar sus amigas en la boda. Y pensaba verlas a menudo, entre el tiempo que iba a pasar ella en Little Lake y el que iban a pasar ellas visitándola en Londres. Se querían mucho y lucharía por mantener ese cariño.

—No, no —respondió Sarah, a su lado. —Ya lo hicieron en el baile de primavera.

—Ah, es verdad. —Helen la miró a ella. —Estás muy callada. ¿En qué piensas, Glad?

Gladys sonrió.

—En que voy a echar mucho de menos todo esto.

—Vas a ser marquesa —declaró Helen. —Y Londres está lejos. En cuanto te asientes allí dejarás de invitarnos y nos olvidarás enseguida.

—¿Qué dices? —protestó Sarah. —No. Iremos aunque no nos invite y volverá cada verano a su casa de la colina y… —Se dio cuenta de que había metido la pata. —Y todo eso…

¿Su casa de la colina? Gladys la miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Eh… —Sarah y Helen intercambiaron una mirada. ¿Qué tramaban aquellas dos?. —Era una broma. No me digas que he acertado.

—Pues sí. Eddie ha comprado el terreno de la señora Perkins y vamos a construir allí una mansión de veraneo. —No lo dijo con afectación, pero las otras dos empezaron a poner muecas petulantes, dándose importancia. —Eh, malditas plebeyas, no seáis tontas. Un respeto a la realeza. —Las tres estallaron en risas. Gladys las abrazó. —Os advierto que no vendré solo en vacaciones, pienso volver cada poco. Antes de que empecéis a echarme de menos, estaré por aquí de vuelta.

Sus amigas rieron, aunque tenían miradas graves.

—Ojalá —dijo Helen.

—Sí, ojalá. —Sarah sonrió. —¿Eres feliz?

—Mucho —admitió Gladys. —Aunque también estoy aterrada.

—Normal. Pero lo harás muy bien. —Gladys suspiró. Otra que confiaba de más en su capacidad de no tropezarse en medio de un salón de baile por los puros nervios, o decir alguna inconveniencia ante un duque. —No sé si…

—¿Me concede este baile, señorita Holmes?

Las tres miraron atónitas hacia la izquierda. Sir Walter Heatherfield, que había llegado a la fiesta tarde y algo bebido, y que se había pasado todo el tiempo persiguiendo a Molly, la camarera de la posada, se había plantado a su lado, elegante y tentador como un demonio.

—¿Cómo sabe que la señorita Holmes soy yo? —preguntó Sarah, genuinamente sorprendida. —Y que no es ella, o ella —añadió, señalando a sus amigas.

Sir Walter parpadeó.

—Bueno, el señor Holmes me dijo que estaba aquí y a ella la conozco y sé que es la señorita Strade —dijo, indicando a Gladys. —Aunque reconozco que me cuesta mucho distinguir entre rubias.

Se echó a reír con ganas, como si hubiese dicho algo muy ingenioso. Las tres jóvenes lo miraron con cara de circunstancias.

—Ella es la señorita Holmes —dijo Helen, señalando a Sarah.

—Traidora… —masculló la mencionada. Sir Walter sonrió.

—Lo que yo decía. Pues sepa, señorita Holmes, que suelo bailar con las hijas de todos los hombres que trabajan para mí. En el sentido

literal, claro —añadió, algo confuso. —Eso no sonó del todo bien.

Sarah carraspeó.

—Depende de lo que tenga en mente.

—Yo tengo muchas cosas en mente. Aunque no suelo pensar mucho en ellas. —Le tendió la mano. —¿Bailamos, mi encantadora damita?

Sarah compuso expresión de lástima.

—Lo siento, sir Walter, no puedo. Creí que se lo habían dicho.

Él arqueó una ceja.

—¿El qué?

Sarah levantó apenas el ruedo de la falda, lo bastante para mostrar el pie derecho. El otro lo tenía recogido para que no se viera.

—Que solo tengo un pie. Una desgracia de nacimiento. No puedo bailar.

Él se quedó perplejo. Quizá, de estar sobrio, hubiese reaccionado rápido, pero se encontraba demasiado bebido.

—Oh, lo siento, lo siento, claro. Perdone.

Se alejó trastabillando un poco. Las tres amigas estallaron en carcajadas.

—A él también le faltan pies para huir —dijo Helen.

—Se lo merece —declaró Sarah, mirando al baronet con animadversión. —Es un impresentable. Guapo, pero impresentable.

Gladys también rio, aunque supuso que luego debería pedirle disculpas a Walter. Todavía lo conocía poco, pero ya sabía que era un hombre más amable de lo que se permitía mostrar por lo general. Y Edward lo quería como a un hermano. «Hablando de Edward...». ¿Dónde estaba su novio? Echó un vistazo alrededor, buscándolo.

No lo vio, pero sí a su futura cuñada.

—Mirad, lady Martha...

Las tres observaron en silencio a la joven. La hermana de Edward estaba sentada en un extremo de la mesa principal, junto a su marido y su madre, mirando con tristeza al frente. La noticia de la boda inesperada del señor Mallows había sacudido Little Lake en su momento. La sorpresa general habría durado más, de no ser por la llegada del conde de Sackville y la petición de mano a Gladys.

Helen agitó la cabeza.

—Pobrecilla. No creo que quiera al señor Mallows.

Gladys apretó los labios, recordando la fervorosa defensa que hizo en su nombre. Esperaba no haberse equivocado.

—Ya... Pero es un buen hombre. Con suerte, llegará a quererlo. —A eso, todas asintieron. —Espero que cuidéis de ella.

—Lo haremos, descuida —la tranquilizó Sarah. Gladys sonrió y se lo iba a agradecer, pero Edward se acercó a ellas.

—Buenas tardes, señoritas. ¿Puedo bailar con mi futura esposa?

—No puede, solo tiene un pie —replicó Sarah. Cuando las tres se

echaron a reír, Edward las miró tan confuso como sonriente.

—¿Perdón?

—No les hagas caso —replicó ella. —Por supuesto que bailaré contigo.

Besó a sus amigas y salió con él de la zona de mesas, pero en lugar de llevarla hacia el resto de los bailarines, Edward la condujo hacia un lateral. Cuando estuvo seguro de que nadie los miraba, tiró de ella hacia el otro lado de una tapia cubierta de enredaderas. Gladys se echó a reír.

—¿Se puede saber qué haces?

—Intento robarte unos besos sin que nadie se dé cuenta. No me delates.

Ella lanzó otra carcajada. ¿Se podía ser más feliz? Lo dudaba.

—Guardaré tu secreto para siempre. —Sonrió, mirándolo con fijeza. —Tengo la sensación de estar viviendo un sueño del que voy a despertar en cualquier momento.

—Lo dudo mucho, amor mío. —Él acarició su mejilla. ¡Era tan amable, tan cariñoso!. —En todo caso, si despiertas, me encontrarás aquí, a tu lado.

—No acabo de acostumbrarme a todo lo que está pasando. Ni a la idea de que vayas a ser marqués. Creo que para mí no lo serás nunca.

Edward rio.

—¿Y quién seré? Ya no puedes contestar que «un fantasma».

—No, claro que no. Pero para mí siempre serás el misterioso amante de la señorita Brown. —Gladys le rodeó el cuello con los brazos, dispuesta a besarlo durante el resto de su vida. —Y eres todo mío.

Nota de la autora

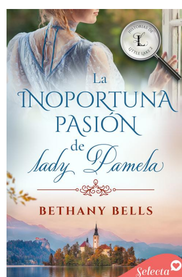
Efectivamente, querida lectora, los apellidos de las jóvenes de Little Lake corresponden a los grandiosos personajes creados por sir Arthur Conan Doyle. Todos ellos, puesto que Strade viene de Lestrade, el policía que colabora de forma habitual con Sherlock Holmes, como quizá también habrás adivinado.

En los relatos de Sherlock Holmes no se menciona nunca su nombre de pila, pero sí que su inicial era G, de ahí que yo eligiera el bonito nombre de Gladys.

Todo ello responde a un simple juego que, como autora, me pareció divertido. El doctor Doyle estuvo en Portsmouth en la época en que he situado mi historia. Tenía veintitrés años cuando llegó, en 1882, y allí conoció, efectivamente, a Louisa Hawkins, a la que llamaban Touie, con la que terminó casándose en primeras nupcias en 1885. He jugado con la idea de que las jóvenes de mi pueblo ficticio eran amigas de la señorita Hawkins, conocieron bien a Doyle y, a cambio de su amistad y apoyo, él usó sus apellidos para sus famosos personajes.

El resto de nombres, hechos o relaciones son por completo ficticios, fruto de mi imaginación. Espero que con todo ello, haya logrado provocarte algún que otro suspiro. De ser así, ojalá te unas a mí en la siguiente historia de Little Lake: *La inconveniente pasión de lady Pamela*.

Próximamente



La inoportuna pasión de lady Pamela

¿Puede ser el amor un precio justo por renunciar a otros sueños?

La señorita Helen Watson siempre ha querido ejercer la profesión de su padre y convertirse en médico, pero es algo que teme que nunca pase de ser un sueño. Vivir en el bonito pueblo de Little Lake es maravilloso, pero también origina grandes limitaciones, por lo que, una joven como ella, solo puede aspirar a casarse con peor o mejor fortuna.

Pero, lo que no está dispuesta a permitir, es que su padre busque dirigir su vida escogiendo un ayudante al que, en un futuro, legará la consulta con una única condición: que se case con su hija.

David Keller, de origen humilde, ha tenido que luchar mucho por conseguir unos estudios de medicina. Hijo de un simple criado, ascendió a lacayo gracias a su apostura, y el interés que suscitó en su señora, la marquesa viuda de Whitewall, le procuró los medios necesarios como para poder ir a la universidad.

Pero, una vez terminados los estudios, su deseo de romper con esa mujer dominante y posesiva para iniciar una nueva vida, se volvió por completo imposible. Despechada, la marquesa utilizó sus contactos y le cerró toda posibilidad de medrar en Londres, por lo que tuvo que aceptar la propuesta que le llegó a través de un amigo y colega, el

doctor Doyle, médico en Portsmouth.

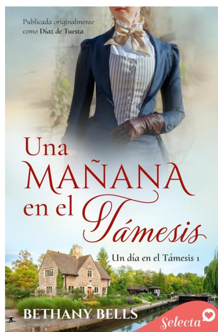
Convertirse en médico rural ya le parece suficiente castigo, pero saber que, además, debe seguir contentando a una mujer para poder ejercer la medicina, no le hace feliz, precisamente.

Ambos sienten una misma vocación, y ambos son el obstáculo del otro, por conseguirla. ¿Podrá el amor encontrar un camino por el que puedan avanzar de la mano, hacia una vida en común?

Si te ha gustado

El misterioso amante de la señorita Brown

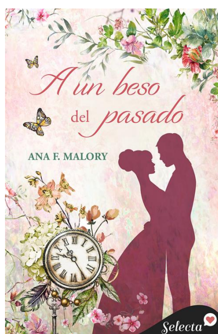
puedes disfrutar de estas

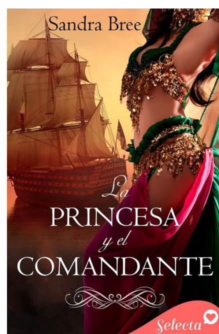













ENTRE EL
CIELO
Y EL
MAR
CORAZÓN PIRATA 1
CHRISTINE
CROSS
Selecta

DESPRESTIGIADAS I
La deseable viuda
del duque de Norfolk
MAR POLDARK
Selecta

Bethany Bells es uno de los seudónimos utilizados por la escritora Díaz de Tuesta. (*Trazos secretos, El mal causado, En aguas extrañas, La noche abierta,* la serie de regencia *Un día en el Támesis,* la serie de terror y romance *Signos para la noche*, y otras, todas ellas con Selecta/ Penguin Random House).


Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: diciembre de 2023

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

ISBN: 9788419117809

Conversión digital: leerendigital.com Facebook: penguinebooks Facebook: SomosSelecta Twitter: penguinlibros Instagram: somosselecta Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin Random House Grupo Editorial

 Penguinlibros